LUNARIO SENTIMENTAL

LEOPOLDO LUGONES



LUNARIO SENTIMENTAL



BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN Y HERMANO, EDITORES
FLORIDA, 323

1909

DEL MISMO AUTOR

Las Montañas del Oro, (versos).
La Reforma Educacional, (polémica).
El Imperio Jesuítico.
Los Crepúsculos del Jardín, (versos).
La Guerra Gaucha.
Las Fuerzas Extrañas.

PRÓXIMO

Filosofícula.

EN PREPARACIÓN

Didáctica.
Las Limaduras de Hephaistos.
Poemas Solariegos.

Imp. de la Casa Editorial Sopena —BARCELONA.

PROLOGO

Va pasando, por fortuna, el tiempo en que era necesario pedir perdón á la gente práctica para escribir versos.

Tantos hemos escrito, que al fin la mencionada gente ha decidido tolerar nuestro capricho.

Pero esta graciosa concesión, nos anima á intentar algo más necesario, si bien más difícil: demostrar á la misma práctica gente la utilidad del verso en el cultivo de los idiomas; pues por mínima importancia que se conceda á estos organismos, nadie desconocerá la ventaja de hablar clara y brevemente, desde que todos necesitamos hablar.

El verso es conciso de suyo, en la forzosa limitación impuesta por la medida, y tiene que ser claro para ser agradable. Condición asaz importante esta última, puesto que su fin supremo es agradar.

Siendo conciso y claro, tiende á ser definitivo, agregando á la lengua una nueva expresión proverbial ó frase hecha que ahorra tiempo y es-

fuerzo: cualidad preciosa para la gente práctica. Basta ver la estructura octosílaba, de casi todos los adagios.

Andando el tiempo, esto degenera en lugar común, sin que la gente práctica lo advierta; pero la enmienda de tal vicio consiste en que como el verso vive de la metáfora, es decir, de la analogía pintoresca de las cosas entre sí, necesita frases nuevas para exponer dichas analogías, si es original como debe.

Por otra parte, el lenguaje es un conjunto de imágenes, comportando, si bien se mira, una metáfora cada vocablo; de manera que, hallar imágenes nuevas y hermosas, expresándolas con claridad y concisión, es enriquecer el idioma, renovándolo á la vez. Los encargados de esta obra, tan honorable, por lo menos, como la de refinar los ganados ó administrar la renta pública, puesto que se trata de una función social, son los poetas. El idioma es un bien social, y hasta el elemento más sólido de las nacionalidades.

El lugar común es malo, á causa de que acaba perdiendo toda significación expresiva por exceso de uso; y la originalidad remedia este inconveniente, pensando conceptos nuevos que requieren expresiones nuevas. Así, el verso acuña la expresión útil por ser la más concisa y clara, renovándola en las mismas condiciones cuando depura un lugar común.

Además, el verso es una de las bellas artes, y ya se sabe que el cultivo de éstas civiliza á los

pueblos. La gente práctica cuenta esta verdad entre sus nociones fundamentales.

Cuando una persona que se tiene por culta, dice no percibir el encanto del verso, revela una relativa incultura sin perjudicar al verso, desde luego. Homero, Dante, Hugo, serán siempre más grandes que esa persona, sólo por haber hecho versos ; y es seguro que ella desearía hallarse en su lugar.

Desdeñar el verso, es como despreciar la pintura ó la música. Un fenómeno característico de incultura.

También constituye un error creer que el verso es poco práctico.

Lo es, por el contrario, tanto como cualquier obra de lujo ; y quien se costea una elegante sala, ó un abono en la ópera, ó un hermoso sepulcro, ó una bella mansión, paga el mismo tributo á las bellas artes que cuando adquiere un libro de buenos versos. Se llama lujo, á la posesión comprada de las obras producidas por las bellas artes.

No hay más diferencia que la baratura del libro, respecto al salón ó al palco ; pero la gente práctica no ignora ya, que hacer cuestión de precio en las bellas artes es una grosería, así como las rinde el culto de su lujo en arquitectura, pintura, escultura y música.

¿Por qué no había de ser la Poesía la Cenicienta entre ellas, cuando en su poder se halla, precisamente, el escarpín de cristal?...

Adviert o, por lo demás, que me considero un

hombre práctico. Tengo treinta y cuatro años... y he vivido.

Debo también una palabra á los literatos, con motivo del verso libre que uso aquí en abundancia.

El verso libre quiere decir, como su nombre lo indica, una cosa sencilla y grande: la conquista de una libertad.

La prosa la ha alcanzado plenamente, aunque sus párrafos siguen un ritmo determinado como las estrofas.

Hubo un tiempo, sin embargo, y éste fué el gran tiempo de Cicerón, en que la oratoria latina usaba de las famosas cláusulas métricas para halagar el oído del oyente, componiendo los finales de proposiciones y frases, en sucesiones rítmicas de pies. Estos tenían precisamente por objeto, evitar en los finales el ritmo de los versos comunes, como los hexámetros, los pentámetros, los dáctilos; si bien llegó á adoptarse otros en sustitución, como los *créticos* ó *anfímacros* mencionados por el orador sublime. (1)

El auditorio exigía la observancia de dichas cláusulas métricas, reglamentadas desde el período ciceroniano; y Plinio asegura que hasta se las verificaba midiéndolas por el ritmo del pulso: tal se hallaba de hecho el oído á percibirlas. Verdad es que, en latín, la índole de la

---

(1) Cicerón, *De Oratore*, lib. III. En el *Orator* amplifica y formula preceptivamente la estética del ritmo oratorio.

lengua produce las cláusulas métricas de por sí en la mitad de las frases.

De esta misma índole dependen, como es natural los versos y las estrofas cuyo éxito ó triunfo selectivo, no puede significar, de ningún modo, exclusivismo.

Pero las formas triunfantes suelen ser excluyentes ; y así, para libertar á la prosa latina de las antedichas cláusulas ciceronianas, fué necesario que se sublevase el mismo César, libertador de tantas cosas, como lo hicieron también Varron y Cornelio Nepos.

Nuestros versos clásicos, antes de serlo, debieron luchar en su medio como todos los organismos que han de subsistir. Lo que sucedió con el endecasílabo, recordado por Jaimes Freyre en su excelente estudio sobre el verso castellano, es una prueba. Muchos literatos españoles no lo aceptaron cuando fué introducido de Italia, declarando no percibir su armonía. El mismo octosílabo, tan natural al parecer, vacila y tropieza en los primeros romances...

El verso al cual denominamos libre, y que desde luego no es el *blanco* ó sin rima, llamado tal por los retóricos españoles, atiende principalmente al conjunto armónico de la estrofa, subordinándole el ritmo de cada miembro, y pretendiendo que así resulta aquélla más variada.

Añade que, de tal modo, sale también más unida, contribuyendo á ello la rima y el ritmo ; cuando en la estrofa clásica, la estructura depen-

de solamente de la rima, al conservar cada uno de los miembros el ritmo individualmente.

Esto contribuye, asimismo, á la mayor riqueza de la rima, elemento esencial en el verso moderno que con él reemplazó el ritmo estricto del verso antiguo (1); así como aumenta la variedad rítmica, al diferenciar cada estrofa en el tono general de la composición.

Por una adaptación análoga á la que convirtió la melopea de los coros trágicos en el canto de nuestros coros de ópera, pues el progreso de la melodía hacia la armonía caracteriza la evolución de toda la música occidental (y el verso es música) la estrofa clásica se convierte en la estrofa moderna de miembros desiguales combinados á voluntad del poeta, y sujetos á la suprema sanción del gusto, como todo en las bellas artes.

---

(1) Conocida es la estructura de éste, determinada por la *cantidad* prosódica de cada sílaba ó pie: la combinación de largos y breves, producía una verdadera música. Posteriormente, no se tuvo ya en cuenta la cantidad, sino en dos ó tres sílabas, entonándose el verso por su acentuación, como hacemos ahora. Entonces la rima sustituyó con uno más complejo el perdido efecto musical. De aquí que la rima sea esencial para el verso moderno. Los pretendidos versos sin rima, llamados *libres* por los retóricos españoles, no son, pues, tales versos; y esto es, sobre todo, una ley para el endecasílabo, el más usado como tal, sin embargo; pues ninguno se aparta tanto como él de las leyes prosódicas del verso antiguo. Semejante libertad es un recurso de la impotencia, porque lo difícil en el verso es la rima, elemento esencial, como ya dije, de la estrofa moderna. Richter en sus teorías estéticas, § 5.°, ha enunciado esta gran verdad: «El poeta debe renunciar á todo lo fácil, si no tiene explí»cación satisfactoria; porque semejante facilidad, es la facilidad »de la prosa.» La rima numerosa y variada, determina asimismo nuevos modos de expresión, enriqueciendo el idioma.

Las combinaciones clásicas son muy respetables, al constituir organismos triunfantes en el proceso selectivo ya enunciado ; pero repito que no pueden pretender la exclusividad, sin dar contra el fundamento mismo de la evolución que las creara.

Por esto, la justificación de todo ensayo de verso libre, está en el buen manejo de excelentes versos clásicos cuyo dominio comporte el derecho á efectuar innovaciones. Este es un caso de honradez elemental.

Además de por su mérito intrínseco, las formas clásicas resisten en virtud de la ley del menor esfuerzo. El oído á ellas habituado, exige, desde luego, su imperio. Pero este fenómeno puede ser, si se lo extrema, el triunfo del lugar común, ó sea el envilecimiento del idioma.

Hay que realzar, entonces, con méritos positivos, el verso libre, para darle, entre los otros, ciudadanía natural ; y nada tan eficaz á este fin, como la rima variada y hermosa.

Queda dicho en la nota de la pág. 10, que la rima es el elemento esencial del verso moderno. Nuestro idioma posee, á este respecto, una gran riqueza. En italiano se cita como caso singular al Petrarca, que usó quinientas once rimas distintas. Nosotros tenemos más de seiscientas utilizables.

Y ahora, dos palabras de índole personal.

Tres años ha, dije, anunciando el proyecto de este libro : «... Un libro entero dedicado á la lu»na. Especie de venganza con que sueño casi

»desde la niñez, siempre que me veo acometido »por la vida.»

¿Habría podido hacerlo mejor, que manando de mí mismo la fuerza obscura de la lucha, asi exteriorizada en producto excelente, como la pena sombría y noble sale por los ojos aclarada en cristal de llanto?

¿Existía en el mundo empresa más pura y ardua que la de cantar á la luna por venganza de la vida?

Digna sea ella, entonces, de mi maestro Don Quijote, que tiene al astro entre sus preseas, por haber vencido en combate singular al Caballero de la Blanca Luna...

«Antiguamente decían»
«A los Lugones, Lunones;»
«Por venir estos varones»
«Del Gran Castillo y traían»
«De Luna los sus blasones.»

—

«Un escudo cuarteado,»
«Cuatro lunas blanqueadas»
«En campo azul dibujadas,»
«Con veros al otro lado,»
«De azul y blanco esmaltado.»

TIRSO DE AVILÉS

(Blasones de Asturias).

A MIS CRETINOS

Che cotesta cortese opinïone
Ti fia chiavata in mezzo della testa.

DANTE. *Purgatorio*, VIII.

I

Señores míos, sea
La luna perentoria,
De esta dedicatoria
Timbre, blasón y oblea.



De ella toma, en efecto,
Con exclusivo modo,
Tema, sanción y todo
Mi lírico proyecto.



A ella da en obra pingüe
Poéticos tributos,
Por sus dobles cañutos
Mi zampoña bilingüe.



Hada fiel que mi dicha
Con sus hechizos forja,
Es moneda en mi alforja
Y en mi ruleta es ficha.



Astronómica dama,
Ó íntima planchadora
Que en milagro á deshora
Plancha en blanco mi cama.



Oca entre sus pichones,
Con las estrellas; joya
Del azar; claraboya
De mis puras visiones.



En mi senda rehacia,
Filosofal borrica;
Ó bien *pilula mica*
Panis de mi farmacia.

II

Dando en tropo más justo
Mi poético exceso,
Naturalmente es queso
Para vuestro buen gusto.



Como deidad ovípara,
Por manjar dulce y nuevo,
Su luminoso huevo
Nos dará en cena opípara.



Echaos á comerla,
Y así mi estro os consagre;
Ó bebedla en vinagre
Cual Cleopatra á su perla.



Mas con mueca importuna
No desdeñéis el plato,
Porque mi estro y mi gato
Tienen muy mala luna.



Si lo hacéis, por remedio
De tan tosca dispepsia,
Os pongo en catalepsia
Durante siglo y medio.



Vuestra paz escultórica,
Dará, en rasgo específico,
Un silencio magnífico
De academia y retórica.



Y la luna en enaguas,
Como propicia náyade
Me besará, cuando haya de
Abrevarme en sus aguas.

III

¿Qué tal? ¿La hipermetría
Precedente os sulfura?
Os la doy limpia y pura.
Pulverizadla. Es mía...



Yo lo aprendí en el Dante,
Abuelo arduo y conciso,
Por cuyo Paraíso
Jamás pasó un pedante.



Sé que vuestro exorcismo
Me imputará por culpa,
Algo que vuestra pulpa
Define en sinapismo.



Me probaréis que, esclavo
De mi propia cuarteta,
No fuí ni soy poeta,
Ni lo seré. ¡Bien! ¡Bravo!



Inventando un proverbio
Sutil, en bello cuadro,
Demostraréis que ladro
Á la luna. ¡Soberbio!



Para que no me mime
La gente que me odia,
Haréis de mi prosodia
Mi Calvario. ¡Sublime!



Mas, en verdad os digo,
Que, líricos doctores,
Están los ruiseñores
Con la luna y conmigo.

IV

Para la controversia
Que me ofertáis adversos,
Os tenderé mis versos
Como un tapiz de Persia.



Pero sabed que tildo
Con alegre modestia,
De *vero mala bestia*
Vuestro grave cabildo.



(Con vuestro beneplácito,
Bien que no sea el uso,
Me decido á este abuso
De latín y de Tácito.)



No obstante, mi estro arbitra
Que la luna descienda
Á vuestra reverenda
Virtud, como una mitra.



Y ante el solemne rubro
Que vuestra *Nada* oculta,
Entre la turbamulta
Me inclino y me descubro.



Si á mi débil arcilla,
Vuestra sacra instituta,
Impone la cicuta
Docente, de Hermosilla ;

Con arroz y con apio
(Más próvidos que el griego)
Cazuelà haremos luego
Del gallo de Esculapio.

V

Largamente vibradas
Por sus rayos de estrellas,
Cantan mis noches bellas
Como liras sagradas.



Pero trae el encanto
Lunar que las dilata,
Un silencio de plata
Más lírico que el canto.



Y en mi triste persona,
Palpita, grave y tierno,
El himno del eterno
Ruiseñor de Verona.



Él tiene en su riqueza
De musical estuche,
Lleno de luna el buche
Como yo la cabeza.



Así, en astral fortuna,
Por mayor regocijo,
Para mi pena elijo
Como celda, la luna.



Allá, en vida rechoncha
Y á vuestros dogmas sordo,
Lo pasaré cual gordo
Caracol en su concha.



Y agriando los reproches
De vuestro real concilio,
Os doy por domicilio
La luna.

Buenas noches

L5

A RUBEN DARIO

Y

OTROS CÓMPLICES

Aut insanit homo, aut versus facit.
Hor. Sat. VII, *lib.* II.

Habéis de saber
Que en cuitas de amor,
Por una mujer
Padezco dolor.



Esa mujer es la luna,
Que en azar de amable guerra,
Va arrastrando por la tierra
Mi esperanza y mi fortuna.



La novia eterna y lejana
Á cuya nívea belleza
Mi enamorada cabeza
Va blanqueando cana á cana.



Lunar blancura que opreso
Me tiene en dulce coyunda,
Y si á mi alma vagabunda
La consume beso á beso,



Á noble cisne la iguala,
Ungiéndola su ternura
Con toda aquella blancura
Que se le convierte en ala.



En cárcel de tul,
Su excelsa beldad
Captó el ave azul
De mi libertad.



Á su amante espectativa
Ofrece en claustral encanto,
Su agua triste como el llanto
La fuente consecutiva.



Brilla en lo hondo, entre el murmurio,
Como un infusorio abstracto,
Que mi más leve contacto
Dispersa en fútil mercurio.



Á ella va, fugaz sardina,
Mi copla en su devaneo,
Frita en el chisporroteo
De agridulce mandolina.



Y mi alma, ante el flébil cauce,
Con la líquida cadena,

Deja cautivar su pena
Por la dríada del sauce.



Su plata sutil
Me dió la pasión
De un dardo febril
En el corazón.



Las guías de mi mostacho
Trazan su curva; en mi yelmo,
Brilla el fuego de San Telmo
Que me erige por penacho.



Su creciente está en el puño
De mi tizona, en que riela
La calidad paralela
De algún ínclito don Nuño.



Desde el azul, su poesía
Me da en frialdad abstrusa,
Como la neutra reclusa
De una pálida abadía.



Y más y más me aquerencio
Con su luz remota y lenta,
Que las noches transparenta
Como un alma del silencio.



Habéis de saber
Que en cuitas de amor,
Padezco dolor
Por esa mujer.

2 9

HIMNO A LA LUNA

Luna, quiero cantarte
(Oh ilustre anciana de las mitologías)
Con todas las fuerzas de mi arte.

Deidad que en los antiguos días
Imprimiste en nuestro polvo tu sandalia,
No alabaré el litúrgico furor de tus orgías
Ni su erótica didascalia,
Para que alumbres sin mayores ironías,
Al políglota elogio de las Guías,
Noches sentimentales de *mises* en Italia.

Aumenta el almizcle de los gatos de algalia;
Exaspera con letárgico veneno
Á las rosas ebrias de etileno
Como cortesanas modernas;
Y que á tu influjo activo,
La sangre de las vírgenes tiernas
Corra en misterio significativo.

Yo te hablaré con maneras corteses
Aunque sé que sólo eres un esqueleto,
Y guardaré tu secreto
Propicio á las cabelleras y á las mieses.

Te amo porque eres generosa y buena.
(Cuánto, cuánto albayalde

Llevas gastado en balde
Para adornar á tu hermana morena!

El mismo Polo recibe tu consuelo;
Y la Osa estelar desde su cielo,
Cuando huye entre glaciales moles
La luz que tu veste orla,
Gime de verse encadenada por la
Gravitación de sus siete soles.
Sobre el inquebrantable banco
Que en pliegues rígidos se deprime y se esponja,
Pasas como púdica monja
Que cuida un hospital todo de blanco.

Eres bella y caritativa:
El lunático que por ti alimenta
Una pasión nada lasciva,
Entre sus quiméricas novias te cuenta.
¡Oh astronómica siempreviva!
Y al asomar la frente
Tras de las chimeneas, poco á poco,
Haces reir á mi primo loco
Interminablemente.

En las piscinas,
Los sauces, con poéticos desmayos,
Echan sus anzuelos de seda negra á tus rayos
Convertidos en relumbrantes sardinas.

Sobre la diplomática blancura
De tu faz, interpreta
Sus sueños el poeta,
Sus cuitas la romántica criatura
Que suspira algún trágico evento;
El mago del Cabul ó la Nigricia,
Su conjuro que brota en plegaria propicia:
«¡Oh tú, ombligo del firmamento!»
Mi ojo científico y atento
Su pesimismo lleno de pericia.

Como la lenteja de un péndulo inmenso,
Regla su transcurso la dulce hora
Del amante indefenso
Que por fugaz la llora,
Implorando con flébiles querellas
Su impavidez monárquica de astro;
Ó bien semeja ampolla de alabastro
Que cuenta el tiempo en arena de estrellas.

Mientras redondea su ampo
En monótono viaje,
El Sol, como un faisán crisolampo,
La empolla con ardor siempre nuevo.
¿Qué olímpico linaje
Brotará de ese luminoso huevo?

Milagrosamente blanca,
Satina morbideces de *cold-cream* y de histeria:
Carnes de espárrago que en linfática miseria,
La tenaza brutal de la tos arranca.

¡Con qué serenidad sobre los luengos
Siglos, nieva tu luz sus tibios copos,
Implacable ovillo en que la vieja Atropos
Trunca tantos ilustres abolengos!

Ondina de las estelas,
Hada de las lentejuelas.

Entre nubes al bromuro,
Encalla como un témpano prematuro,
Haciendo relumbrar, en fractura de estrella,
Sobre el solariego muro
Los cascos de botella.
Por el confín obscuro,
Con narcótico balanceo de cuna,
Las olas se aterciopelan de luna;
Y abren á la luz su tesoro
En una dehiscencia de valvas de oro.

Flotan sobre lustres escurridizos
De alquitrán, prolongando oleosas listas,
Guillotinadas por el nivel entre rizos
Arabescos, cabezas de escuálidas bañistas.
Charco de mercurio es en la rada
Que con veneciano cariz alegra,
Ó acaso comulgada
Por el agua negra
De la esclusa del molino,
Sucumbe con trance aciago
En el trago
De algún sediento pollino.
Ó entra con rayo certero
Al pozo donde remeda
Una moneda
Escamoteada en un sombrero.

Bajo su lene seda,
Duerme el paciente febrífugo sueño,
Cuando en grata penumbra,
Sobre la selva que el Otoño herrumbra
Surge su cara sin ceño;
Su azufrado rostro sin orejas
Que sugiere la faz lampiña
De un mandarín de afeitadas cejas;
Ó en congestiones bermejas
Como si saliera de una riña,
Sobre confusos arrabales
Finge la lóbrega linterna,
De algún semáforo de Juicios Finales
Que los tremendos trenes de Sabaoth interna.

Solemne como un globo sobre una
Multitud, llega al cénit la luna.

Clarificando al acuarela el ambiente,
En aridez fulgorosa de talco
Transforma al feraz Continente—
Lámpara de alcanfor sobre un catafalco.

Custodia que en Corpus sin campanas
Muestra su excelsitud al mundo sabio,
Reviviendo efemérides lejanas
Con un ărcaismo de astrolabio;
Inexpresable cero en el infinito,
Postigo de los eclipses,
Trompo que en el hilo de las elipses
Baila eternamente su baile de San Vito;
Hipnótica prisionera
Que concibe á los malignos hados
En su estéril insomnio de soltera;
Verónica de los desterrados;
Girasol que circundan con intrépidas alas
Los bólidos, cual vastos colibríes,
En conflagración de supremas bengalas;
Ofelia de los alelíes
Demacrada por improbables desprecios;
Candela de las fobias,
Suspiráculo de las novias,
Pan ázimo de los necios.

Al resplandor turbio
De una luna con ojeras,
Los organillos del suburbio
Se carian las teclas moliendo habaneras.

Como una dama de senos yertos
Clavada de sien á sien por la neuralgia,
Cruza sobre los desiertos
Llena de más allá y de nostalgia
Aquella luna de los muertos.
Aquella luna deslumbrante y seca—
Una luna de la Meca...

Tu fauna dominadora de los climas,
Hace desbordar en cascadas
El gárrulo caudal de mis rimas.

Desde sus islas moscadas,
Misántropos orangutanes
Guiñan á tu faz absorta;
Bajo sus anómalos afanes
Una frecuente humanidad aborta.
Y expresando en coreográfica demencia
Quién sabe qué liturgias serviles,
Con sautores y rombos de magros perniles
Te ofrecen, Quijotes, su cortés penitencia.

El vate que en una endecha á la Hermosura,
Sueña beldades de raso altanero,
Y adorna á su modista, en fraudes de joyero,
Con una pompa anárquica y futura,
¡Oh Blanca Dama! es tu faldero;
Pues no hay tristura
Rimada, ó metonimia en quejumbre,
Que no implore tu lumbre
Como el Opodeldoch de la Ventura.

El hipocondríaco que moja
Su pan de amor en mundanas hieles,
Y, abstruso célibe, deshoja
Su corazón impar ante los carteles,
Donde aéreas coquetas
De piernas internacionales,
Pregonan entre cromos rivales
Lociones y bicicletas.

El gendarme con su paso
De pendular mesura;
El transeunte que taconea un caso
Quirúrgico, en la acera obscura,
Trabucando el nombre poco usual
De un hemostático puerperal.

Los jamelgos endebles
Que arrastran como aparatos de Sinagoga
Carros de lúgubres muebles.
El ahorcado que templa en *do*, *re*, *mi*, su soga.

El sastre á quien expulsan de la tienda
Lumbagos insomnes,
Con pesimismo de *ab uno disce omnes*
Á tu virtud se encomienda ;
Y alzando á ti sus manos gorilas,
Te bosteza con boca y axilas.

Mientras te come un pedazo
Cierta nube que á barlovento navega,
Cándidas Bernarditas ciernen en tu cedazo
La harina flor de alguna parábola labriega.

La rentista sola
Que vive en la esquina,
Redonda como una ola,
Al amor de los céfiros sobre el balcón se inclina ;
Y del corpiño harto estrecho,
Desborda sobre el antepecho
La esférica arroba de gelatina.

Por su enorme techo,
La luna, Colombina
Cara de estearina,
Aparece no menos redonda ;
Y en una represalia de serrallo,
Con la cara reída por la pata de gallo,
Como á una cebolla Pierrot la monda.

Entre álamos que imitan con rectitud extraña,
Enjutos ujieres,
Como un ojo sin iris tras de anormal pestaña,
La luna evoca nuevos seres.

Mayando una melopea insana
Con ayes de parto y de gresca,
Gatos á la valeriana
Deslizan por mi barbacana
El suspicaz silencio de sus patas de yesca.

En una fonda tudesca,
Cierto doncel que llegó en un cisne manso,
Cisne ó ganso,
Pero, al fin, un ave gigantesca;
A la caseosa Balduina,
La moza de la cocina,
Mientras estofaba una leguminosa vaina,
Le dejó en la jofaina
La luna de propina.

Sobre la azul esfera,
Un murciélago sencillo,
Voltejea cual negro plumerillo
Que limpia una vidriera.

El can lunófilo, en pauta de maitines,
Como una damisela ante su partitura,
Llora enterneciendo á los serafines
Con el primor de su infantil dentadura.

El tiburón que anda
Veinte nudos por hora tras de los paquebotes,
Pez voraz como un lord en Irlanda,
Saborea aún los precarios jigotes
De aquel rumiante de barcarolas,
Que una noche de caviar y cerveza,
Cayó lógicamente de cabeza
Al compás del valse «Sobre las Olas».
La luna, sobre el mar pronto desierto,
Amortajó en su sábana inconsútil al muerto,
Que con pirueta coja
Hundió su excéntrico descalabro,
Como un ludión un poco macabro,
Sin dar á la hidrostática ninguna paradoja.

En la gracia declinante de tu disco
Bajas acompañada por el lucero
Hacia no sé qué conjetural aprisco,
Cual una oveja con su cordero.

Bajo tu rayo que osa
Hasta su tálamo de breña,
El león diseña
Con gesto merovingio su cara grandiosa.
Coros de leones
Saludan tu ecuatorial apogeo,
Coros que aun narran á los aquilones
Con quejas bárbaras la proeza de Orfeo.

Desde el seto de abedules,
El ruiseñor en su estrofa,
Con lírico delirio filosofa
La infinitud de los cielos azules.
Todo el billón de plata
De la luna, enriquece su serenata;
Las selvas del Paraíso
Se desgajan en coronas,
Y surgen en la atmósfera de nacarado viso
Donde flota un Beethoven indeciso—
Terueles y Veronas...

El tigre que en el ramaje atenúa
Su terciopelo negro y gualdo
Y su mirada hipócrita como una ganzúa;
El buho con sus ojos de caldo;
Los lobos de agudos rostros judiciales,
La democracia de los chacales—
Clientes son de tu luz serena.
Y no es justo olvidar á la oblicua hiena.

Los viajeros,
Que en contrabando de balsámicas valijas
Llegan de los imperios extranjeros,
Certificando latitudes con sus sortijas
Y su tez de tabaco ó de aceituna,
Qué bien cuentan en sus convincentes rodillas,
Aquellas maravillas
De elefantes budistas que adoran á la luna.

Paseando su estirpe obesa
Entre brezos extraños,
Mensuran la dehesa
Con sonámbulo andar los rebaños.

Crepitan con sonoro desasosiego
Las cigarras que tuesta el Amor en su fuego.

Las crasas ocas,
Regocijo de la granja,
Al borde de su zanja
Gritan como colegialas locas
Que ven pasar un hombre malo...
Y su anárquico laberinto,
Anuncia al Senado extinto
El ancestral espanto galo.

Luna elegante en el nocturno balcón del Este;
Luna de azúcar en la taza de luz celeste;
Luna heráldica en campo de azur ó de sinople;
Yo seré el novel paladín que acople
En tu tabla de espectación,
Las lises y quimeras de su blasón.

La joven que aguarda una cita, con mudo
Fervor, en que hay bizcos agüeros, te implora;
Y si no llora,
Es porque sus polvos no se le hagan engrudo.
Aunque el estricto canesú es buen escudo,
Desde que el novio no trepará la reja,
Su timidez de corza
Se complugo en poner bien pareja
La más íntima alforza.
Con sus ruedos apenas se atreve la brisa;
Ni el Angel de la Guarda conoce su camisa,
Y su batón de ceremonia
Cae en pliegues tan dóricos, que amonesta
Con una austeridad lacedemonia.

Ella que tan zumbona y apuesta,
Con malicias que más bien son recatos,
Luce al sol popular de los días de fiesta
El charol de sus ojos y sus zapatos;
Bajo aquel ambiguo cielo
Se abisma casi extática,
En la diafanidad demasiado aromática
De su pañuelo.

Pobre niña, víctima de la felona noche,
¡De qué le sirvió tanto pundonoroso broche!

Mientras padece en su erótico crucifijo
Hasta las heces el amor humano,
Ahoga su «ay» soprano
Un gallo anacrónico del distante cortijo.

En tanto, mi atención perseverante
Como un camino real, persigue, oh luna,
Tu teorema importante.
Y en metáfora oportuna
Eres el ebúrneo mingo,
Que busca por el cielo, mi billar del Domingo,
No sé qué carambolas de esplín y de fortuna.

Solloza el mudo de la aldea,
Y una rana burbujea
Cristalinamente en su laguna.

Para llegar á tu gélida alcoba
En mi Pegaso de alas incompletas,
Me sirvieron de estafetas
Las brujas con sus palos de escoba.

Á través de páramos sin ventura,
Paseas tu porosa estructura
De hueso fósil, y tus poros son mares
Que en la aridez de sus riberas,
Parecen maxilares
De calaveras.

Deleznada por siglos de intemperie, tu roca
Se desintegra en bloques de tapioca.
Bajo los fuegos ustorios
Del Sol que te martiriza,
Sofocados en desolada ceniza,
Playas de celuloide son tus territorios.

Vigilan tu soledad
Montes cuyo vértigo es la eternidad.

El color muere en tu absoluto albinismo;
Y á pesar de la interna carcoma
Que socava en tu seno un abismo,
Todo es en tí inmóvil como un axioma.

El residuo alcalino
De tu aire, en que en un cometa
Entró como un fósforo en una probeta
De alcohol superfino;
Carámbanos de azogue en absurdo aplomo;
Vidrios sempiternos, llagas de bromo;
Silencio inexpugnable;
Y como paradógica dendrita,
La huella de un prehistórico selenita
En un puñado de yeso estable.

Mas, ya dejan de estregar los grillos
Sus agrios esmeriles,
Y suena en los pensiles
La cristalería de los pajarillos.

Y la Luna que en su halo de ópalo se engarza,
Bajo una batería de telescopios,
Como una garza
Que escopetean cazadores impropios,
Cae al mar de cabeza
Entre su plumazón de reflejos;
Pero tan lejos,
Que no cobrarán la pieza.

INEFABLE AUSENCIA

Cuánto te quiero, Blanca, cuánto te quiero!... Si supieras cuánto te quiero!...

No acertaba á decir más, torpe como un niño, el corazón enorme de piedad y de ternura: de ternura hacia ella, de piedad por todo lo que padece en el Universo. Y en su alma, como en una agua negra de profundidad, aunque muy pura, cada estrella que nacía en el firmamento, duplicaba una estrella.

Crepúsculo lejano; arboledas en torno; claridad de excesiva palidez; fuentes que lloraban invisibles encantando el silencio de previstas glorietas. Al desfallecimiento crepuscular mezclábase un poco de luna que empezaba á desteñir la pradera inmediata. La brisa, con intermitencias de aliento, cruzó, sencillamente perfumada de heno. Todavía rojeaba sobre la profundidad de los árboles, el techo de un *chalet*.

Y el amante seguía rezando su jaculatoria de amor, monótona como un conjuro:

—¡Cuánto te quiero, Blanca!...

Blanca respondió:

—¡Te adoro, Roberto!

Sus manos, de frialdad extraña, se soldaban más en esa frialdad, como dos trozos de hielo. ¡Y qué manos! Manos de decadencia, inútiles como objetos de arte y expresivas como fisonomías; manos á las cuales parecía no tener fuerzas para llegar la sangre escasa; manos de ofrenda y de claudicación; manos extraordinarias ¡ay de mí!

Los cabellos castaños de Blanca, sueltos en cocas, alargaban quizá demasiado el óvalo del rostro. Nada notable, estoy seguro, nada notable había en éste, ni aún los ojos negros, donde ardía una fiebre arseniosa. Su trajecito claro parecía de colegiala, y grandes hebillas brillaban en sus zapatos.

El era mucho más bello. Una dulzura de niño pensativo inundaba su rostro, y como las vírgenes, tenía cuello de lirio. En la obscuridad azul de sus ojos se aterciopelaban melancolías. Sus labios, sin sombra de bozo, sugerían besos sororales. La negrura lacia de sus cabellos, tenía el atractivo de una amorosa fatalidad.

Regresaba después de una temporada asaz larga, entre parientes fastidiosos, que durante seis meses discutieron hijuelas; tan extraviado de amor, que al entrar en el salón donde Blanca lo aguardaba, se acordó inmediatamente de su madre muerta (á la cual nunca había amado en extremo) y lloró.

Niños casi, compadecíanlos con benevolencia irónica, y dejábanlos solos. Aquello era el tercer día después de su llegada.

Había sufrido, horriblemente solo. Sin un amigo en aquella finca, detestando por igual las faenas rurales y el vigor casi grosero de aquella naturaleza con su solazo y sus estímulos, cómo suspiró por la ciudad amiga donde lo esperaba el amor; aquel amor de enervamientos tan sutiles. Detestaba esa feracidad de los predios natales, esa gente, esas salvajadas con los potros y las reses. La vida nerviosa era la única intelectual, la única digna de ser vivida, si no valía más la inercia del leño que la fugacidad atormentada y gloriosa del ascua...

Suspiró quejosamente, apretando con mayor ansiedad las manos de Blanca.

Ahora la arboleda simulaba un promontorio, la pradera un lienzo amarillento, el cielo un vidrio azulino bajo el plenilunio. Pero á la distancia, más allá de la pradera, la superficie del río se azogaba inquietamente. Y el silencio era tan grande afuera, que ambos retrocedieron en el balcón.

Mas el encanto nocturno acercó sus cabezas, intimando el roce de los próximos brazos.

La magnificencia lunar se extasiaba en aquel silencio.

Entonces Roberto pensó una tristeza. Nunca la había amado como allá, á lo lejos, con una devoción tan exclusiva en el sereno delirio que

constituyó su nostalgia. Amar en el dolor, sí que era amar!...

La luna ascendía, deslíendo su luz en las aguas cuyo esplendor evocaba los pasos milagrosos de Jesús.

Y la tristeza del místico amante se acentuaba. No sólo nunca la había amado así, sino que jamás volvería amarla. La certidumbre, la materialidad del encanto que resultaba de tenerla allí tan cercana, disminuían su amor. En la distancia qué idealidad y qué pureza! No la amaba como era, mas como debía de ser, realzada por su imaginación y creada de nuevo por ella, en irrealidades de ensueño.

Ah sugestiones insensatas de la luna! Sobre el brillo insondable del piélago, se adivinaba suspensa la góndola de Dalti, caídos los remos, la cabeza del pescador rendida sobre el hombro de la romántica condesa.

(Canta, Porcia, canta tu romanza de adioses y quimeras, mientras la brevedad del minuto implica la inminencia del desengaño. Canta tu romanza de amor, tan melancólica porque la misma plenitud de la dicha que alaba es el comienzo de la presentida desventura...)

Versos románticos del Musset puro y sereno, con qué noble dolor mejoráis el alma.

Las manos de Roberto apretaron casi desesperadas las otras manos.

No, nunca volvería á amarla así, pues el acto de fe que el amor impone, sólo alcanza su per-

fección en la invisibilidad del objeto amado. Y, por otra parte, ¿dejar de verla?.. ¿Perder voluntariamente aquella esperanza que lo sostuvo durante las horas más amargas de la separación, lanzándolo, al llegar el día anhelado, como un huracán por los caminos, sintiendo vahidos de tanto devorar el horizonte con sus ojos?

¡Cómo brillaba, cuán inexorable brillaba aquella luna de la eternidad!...

No había remedio. Si quería conservar la excelencia absoluta de su amor, tendría que alimentarlo en la soledad. Y sin atreverse á confesarlo, en el desgarramiento que su convicción le producía, sollozó profundamente sobre esas manos, mártir de aquel desvarío heroico.

Cuando levantó la cabeza, Blanca lloraba también y sus ojos brillaban como el rocío. Entonces pensó en el beso de despedida. Nunca la había besado y aquella era la última vez...

Pero no; no quería llevar consigo ninguna sensación turbadora, ningún recuerdo cuyo encanto aminorara su sacrificio.

Púsose en pie, lleno de dolorosa fortaleza, y al soltar las manos adoradas, titubeó todavía ante la noche.

La luna, en el cénit ahora, no proyectaba una sombra. Reinaba la luz en su vasta pureza, y la inmensidad blanca y silenciosa producía un ligero vértigo.

Despidiéronse con el juramento acostumbrado, mirándose mucho, acariciándose las manos otra vez. Y Roberto se alejó para siempre, regre-

só á la finca odiada, buscando la ausencia donde gustaría eternamente su tortura, en holocausto incomprendido por la misma á la cual lo dedicó, con el intento de más bien amarla, anacoreta del amor perfecto que sólo vive de dolor y de imposible.

¡Ah, cómo resplandecía la luna, la luna de las romanzas, la luna de los solitarios y de los tristes!...

HOSTULUS LUNAE

JACULATORIA LUNAR

Luna, dorada luna
Del daño y del esplín,
Labre nuestra fortuna
Tu pálido florín.



Bajo el hado tremendo,
Sea nuestro solaz,
Tu cero en el minuendo
De la vida fugaz.



Cuéntanos por cofrade
De tu hermandad novel,
Turbia luna de jade,
Clara luna de miel.



Vate y filósofo, ambos
Con igual gratitud,
Entonen ditirambos
A tu fatal virtud.



Con decidido encomio,
Trovaré tu primor,
Candil del manicomio,
Candado del amor.



Reina del almanaque
Compuesto á tu merced;
Atún del badulaque
Que te pesca en su red.



Cuando estúpida y grande,
Percibiéndose va,
Tu faz de azúcar cande
Sobre el marino *allá*...



Á tu suave petróleo,
El bergantín veloz,
No se sabe si es mole ó
Fantasma precoz.



(Indefinido barco
De lúgubre perfil,
Que punza tu ojo zarco
Con su proa sutil.



Nave de nuestras penas,
Que en el lóbrego azur,
Penando cuarentenas
Corre un nefasto albur.)



Luna del oro falso,
Bola de la sandez,
Linterna del cadalso,
Comadre del mal juez;



Tarántula del diablo,
Musa del alcohol,
Maléfico vocablo,
Perla espectral del sol;



Fascina á tu clientela
Con tu encanto letal.
Ave MALIS *Stella*,
Danos tu dulce mal.

ARIA DE MEDIA NOCHE

Luna, son las doce.
Con feliz auspicio,
Deja que te goce
Mi encanto novicio.



En mi astral vigilia
Que tu amor se digne,
Darme la honra insigne
De hablarte en familia.



Permite que inciense
Tu faz de magnesia,
Mi amor ateniense
Postrado en tu iglesia.



Mi fiel sacerdocio,
Por tu azul parroquia,
Rima y soliloquia
Los versos del ocio ;



Que al pálido tedio
De tu luz inútil,
Dan por intermedio
Su música fútil.



Cuando en mi ventana
La honda madreselva
El rostro te envuelva
Como á una sultana ;



Y tu prez excelsa
Me entregues por premio,
Cual lánguida Elsa
De mi amor bohemio ;



Captaré la clave
De tu eterna magia
Que el amor presagia
Con beleño suave.



Con ojeras lilas,
Tu hondo sortilegio
Turba á las pupilas
Del casto colegio.



La precoz alumna
Que el amor desvela,
Tu disco recela
Tras de una columna.



Sé buena y otorga
Tu gracia á su empeño.
Como astral pandorga
Remonta su ensueño.



Que asaz te recuerde
Sobre el clavicordio,
En lírico exordio
Con su p[illegible]averde.



Que haciendo á tu imagen
Religiosa venia,
Sus manos se cuajen
En luna y gardenia.



Y cuando sucumba
Su virtud indemne,
La noche solemne
Cávale por tumba.



Plenitud oblonga
De deidad adulta,
Tu esplendor prolonga
Con virtud oculta .



Cuando ancha y sanguínea
Surges del abismo,
Trama un cataclismo
Tu mágica línea.



El funesto buho
Desde su ramaje,
Con lúgubre dúo
Divulga tu ultraje.



La temprana alondra,
Con pueril festejo,
En tu claro espejo
Vibra y se atolondra;



Y en el lago, donde
La cigüeña ayuna,
El cisne es *Vizconde*
De la Blanca Luna.



Tu presencia obtiene,
Deslumbrante y sola,
Como una gran bola
La risa del nene.



Vuelve el arte eximia
Su vasta liturgia
Con la noble alquimia
De tu metalurgia.



Y al mísero burgo
Con su oca y su cabra,
En jaspe lo labra
Tu oro taumaturgo.



Tu misericordia
Seráfica, absorbe
En igual concordia
Los pueblos del orbe.



Su cuño no cambia
Tu libra esterlina,
Ya sea en la China
O en la Senegambia.



Cuando en tu alta empresa
Mi orgullo se esponje,
Yo seré tu monje
Si tú mi abadesa.



Por eso ante el vulgo
Que te hace ludibrio
Tu valor promulgo
Con justo equilibrio.



Con versos sonoros
Deja, pues, que adorne,
Tu cuarto bicorne.
Tu cabal as de oros.



Luna, ya es la una,
Sopla tu candil,
Escuálida luna,
Mi luna de abril.

EL PESCADOR DE SIRENAS

Con el corazón y la cabeza
En incompatible matrimonio,
El buen pescador busca un testimonio
A sus frustrados sueños, en su propia tristeza.
Su poético desvarío,
Dos años ha que refresca
En el desamparo azul del lago frío,
El injusto fracaso de tal pesca.

Es por la noche, cuando en éxtasis de blancura
El astro nocturno desciende macilento
Como un témpano de luz por la hondura
Líquida del firmamento.

A lo lejos canta un acueducto,
En consonancia con sus penas,
Y si bien el anzuelo nunca le dá producto,
Lo cierto es que ha visto las sirenas.

Bogan muy cerca de la superficie
Blancas y fofas como enormes hongos,
O deformando en desconcertante molicie
Sus cuerpos como vagos odres oblongos.

Surgen aquí y allá, suavemente sensuales,
Un sedeño vientre, un seno brusco,

Que bien pronto disuélvense en los hondos cristales
Con fosfórica putrefacción de molusco.
Otras nadan más hondas,
En lenta congelación de camelias,
Difluyendo con vagas sutilidades blondas,
Cabelleras boreales de hipnóticas Ofelias.
Flotan en lo profundo como en una hamaca,
Y la luna les pinta con su habitual ingenio,
Bajo angustiosas órbitas de cara flaca,
Azules párpados de proscenio.
Alguna que pasa
Bajo un tembloroso suspiro de gasa,
Con repentina oferta
En breve copo su cendal anuda,
Para quedarse temblando desnuda
Y al amoroso polen de la luna, entreabierta.
Sin saberse de dónde,
Brota una gigantesca llenando el lago.
Pero, felizmente, luego se esconde
Entre lactescencias de un ópalo vago.
Colmó la esmeralda umbría
De las nocturnas aguas, su anca gorda.
¡Cómo el lago no desborda
Con tan enormes damas de la mitología!
En cambio hay más de una,
Cuya desnudez, en volátil anemia,
No es más que un poco de luna
En la curva de un cristal de Bohemia.
Y otras son finas
Como porcelanas *art nouveau* para regalo;
Con un tembloroso halo
Que bien pronto las funde en linfas opalinas.

Aunque cada noche hermosa
Las ve nadar en el agua lenta,
Con el alma sedienta
Como una arena amorosa,
El buen pescador tiene ideas bien grises,
En cuanto

A su proyecto tan próximo al desencanto;
Y como ha seguido el método de Ulises,
Nunca pudo oir el hechicero canto.

A veces bien quisiera ser su émulo
Y deleitarse con las anfibias sopranos,
Pero el terror de los antiguos arcanos
Le paraliza en un mutismo trémulo.

En tanto, ¿por qué extraña carambola,
Á pesar de tanto desvelo,
El constante anzuelo
No ha podido pescar una sola?
En vano lo pregunta al seto,
A la espuma, á las ondas tersas
(Como es de estilo) nunca sabrá que su secreto
Está ¡oh, lector! en las nubes diversas.

«Le bastaría mirar el firmamento...»
Sí, pero incurre en la pertinacia
De no mirarlo. Esta es la gracia.
Y también la razón de su descontento.
«La bola de la luna, en acto tan sencillo,»
«Fuera á su deplorable enojo»
«Como pedrada en ojo
«De boticario...» ¡Abominable chascarrillo
Que le causa grima y sonrojo!

«Las nubes se reflejan en el agua;»
«Es así que hay nubes sobre ese estanque; luego...»
Sin duda que de tal modo se fragua
Un argumento enteramente griego;
Mas, oh lector, concéntrate en ti mismo
Y juzga de esas penas con tu alma fuerte:
Si fuesen capaces del silogismo
¿Habría allá un pescador de tal suerte?...

Lo malo es que una noche de ideas más perplejas,
Se destapa de pronto las orejas.

Oye, naturalmente, el canto maldito,
Arrójase—homérida—al agua sinfónica,
Y como dirá la crónica,
Pone fin á sus días sin dejar nada escrito

Por ello, al influjo de tan triste fortuna,
Un llanto sublime sus mejillas tala.
Y su lánguido suspiro se aduna
Al simétrico rizo que resbala
Sobre el lago temblado suavemente de luna,
Como un piano de cola por una leve escala.

En hoja aparte

TABURETE PARA MASCARAS

DE LA MUSA AL ACADÉMICO

Señor Arcadio, hoy es la fiesta,
Es la fiesta del Carnaval.
Estalla al sol como una orquesta
Toda su cháchara jovial.

Lindos están el mar y el cielo;
Fermentan sátira y tonel;
La mosca azul detiene el vuelo
En tu saliva de hidromiel.

Traza mi castañuela intrusa
Un loco vals sobre el tapiz,
Y mi ligero pie de musa
Un arco bajo tu nariz.

Mi vino es pálido y valiente
Como un héroe, y está también,
El flaco pollo decadente
Frito en mi mágica sartén.

Mi sartén, reina de las ollas,
Porque es la luna—gran perol—
Donde frío como cebollas
Cráneos sabios en luz de sol.

Ven, que en la danza, las parejas
Te darán sitio principal,
Porque tus plácidas orejas
Son la mitra internacional.

AL JOROBADO

Sabio jorobado, pide á la taberna,
Comadre del diablo, su teta de loba.
El vino te enciende como una linterna
Y en *turris eburnea* trueca tu joroba,
Porque de nodriza tuviste una loba
Como los gemelos de Roma la Eterna.

Sabio jorobado, tu pálida mueca
Tiene óxidos de odio como los puñales,
Y los dados sueltos de tu risa seca
Con los cascabeles disuenan rivales.
Tu risa amenaza como los puñales,
Como un moribundo se tuerce tu mueca.

Sabio jorobado, la pálida estrella
Que tú enamorabas desde una cornisa,
Como blanca novia, como astral doncella,
Del balcón del cielo cuelga su camisa.
Un gato me ha dicho desde la cornisa,
Sabio jorobado, que duermes con ella.

Demanda á la luna tu disfraz de boda
Y en íntimo lance finge á Pulcinela.
Pulula en el río tanta lentejuela
Para esos brocatos á la última moda,
Que en su fondo debes celebrar tu boda
Tal como un lunólogo *dandy* á la alta escuela.

PLEGARIA DE CARNAVAL

Oh luna que diriges como *sportwoman* sabia
Por zodiacos y eclípticas tu lindo cabriolé:
Bajo la ardiente seda de tu cielo de Arabia,
Oh luna, buena luna, quién fuera tu Josué.

Sin cesar encantara tu blancura mi tienda,
Con desnudez tan noble que la agraviara el tul;
O extasiado en un pálido antaño de leyenda,
Tu integridad de novia perpetuara el azul.

Luna de los ensueños, sobre la tarde lila
Tu oro viejo difunde morosa enfermedad,
Cuando en un solitario confín de mar tranquila,
Sondeas como lúgubre garza la eternidad.

En tu mística nieve baña sus pies María,
Tu disco reproduce la mueca de Arlequín,
Crimen y amor componen la hez de tu poesía
Embriagadora y pálida como el vino del Rhin.

Y toda esta alta fama con que elogiando vengo
Tu faz sietemesina de bebé en alcohol,
Los siglos te la cuentan como ilustre abolengo,
Porque tú eres, oh luna, la máscara del sol.

A LAS MASCARAS

I

Máscara rosa ó crema,
De una ilusión en pos,
Que frustra una suprema
Gota de último adiós.

Máscara en verde ó rojo;
Losanges de Arlequín,
En que muequea un cojo
Con aflictivo esplín.

Máscara negra, en piélago
De furtivo crespón,
Cual tangente murciélago
De un biombo del Japón.

Angelicales tules
En capota «ideal».
Mascaritas azules
De alma sentimental.

Máscaras blancas, únicas
Joyas del dominó,
Bajo lunares túnicas
O chaponas Watteau.

II

Mimos de terciopelo,
Burlas del antifaz,
Labios de caramelo
Medianamente audaz.

Pobres Pierrots sin luna,
Que en erótico albur,
Desdeñan la fortuna
Papando un bol de azur.

Colombinas en crisis
Bajo turbio farol,
Asoleando sus tisis
Con barato arrebol.

Beso que en fútil salsa
Condimenta el desliz,
Precio de perla falsa
Por una hora feliz.

Crencha rubia ó castaña
Que malmuerde el carey,
Nucas gusto á champaña,
Senos al *new-mown-hay*.

Divergentes oboes
Sin sombra de compás;
Bizarros cacatoes
Bajo cosmos de gas.

Corazones galantes,
Que en comedia de amor
Pierden *(agítese antes
De usarse)* su candor.

Amistad espontánea
Que anticipa en el *tú*
La tierna miscelánea
De besos y ambigú...

III

Casi etéreo en su tabes
Amoris causa, un fiel,
Cata finos jarabes
«A la luna de miel.»

Berrea una comparsa
Su epilepsia común,
En primitiva farsa
De cafres de betún.

Ante su copa glauca,
Soñando el soñador,
Con triste faz embauca
Sus ensueños de amor.

Y haciendo al dulce fraude,
Prenda de intimidad,
La vieja luna aplaude
Desde la eternidad...

LA ULTIMA CARETA

La miseria se ríe. Con sórdida chuleta,
Su perro lazarillo le regala un festín.
En sus funambulescos calzones va un poeta,
Y en su casaca el huérfano que tiene por Delfín.

El hambre es su pandero, la luna su peseta
Y el tango vagabundo su padre nuestro. Crin
De león, la corona. Su baldada escopeta
De lansquenete impávido suda un fogoso hollín.

Va en dominó de harapos, zumba su copla irónica.
Por antifaz le presta su lienzo la Verónica.
Su cuerpo, de llagado, parece un huerto en flor.

Y bajo la ignominia de tan siniestra cáscara,
Cristo enseña á la noche su formidable máscara
De cabellos terribles, de sangre y de pavor.

QUIMERA LUNAR

Apaciguando el gran río
Con una gracia enfermiza,
La luna espiritualiza
Un crepúsculo de estío.

Desde el profundo diván
Gusta uno su dulce opio,
Y se despide algo propio
En las velas que se van.

Aquel cuarto de pensión
Da á un paisaje de suburbio,
Que va poniéndose turbio
A la par del corazón.

La fantasía detalla
En el ramaje más tosco,
Leves caprichos de kiosco
Bajo un cielo de pantalla.

Y en la irresoluta luz,
Bellos crisántemos dobles,
Mecen blanduras de nobles
Abanicos de avestruz;

Ocurrencia baladí
Que concibo, grave y tierno,
Hojeando un viejo cuaderno
De modas, perdido allí...

Una tristeza olvidada
Llena el personal recinto
Con el afecto distinto
De una hermana ya casada.

Dolorosamente pura,
El alma, de tal manera,
Se reduce en su quimera
Como una fuente en su hondura.

Y ante ese ilusorio abismo,
Con inclementes resabios,
La clausura de los labios
Se amarga de fatalismo.

En el rincón inmediato
Donde el bufete se esquiva,
La sombra meditativa
Tiene un silencio de gato.

Llega un lejano compás
De polka ; en el confidente,
Florece excesivamente
Todo un jardín de lampás.

En el cristal que atormenta
Su heráldica contorsión,
Moldea un áureo dragón
Mi copa más violenta.

Abajo, el ama legisla
Su honor de sartén y escoba,
Mientras defiende mi alcoba
Su soledad, como una isla.

Hay tertulia ; su rumor
Comenta el lujo mediano
De la sala ; en el piano
Recita la hija menor.

Mima su pequeño modo
Y cecea su falacia
Versos de amor, con la gracia
De fingir que ignora todo.

Muere la tarde estival,
Y entre sus dulces fatigas,
La charla de las amigas
Llega cortada y trivial.

Concíbese su semblanza,
Trazando bajo las gorras
Con remilgos de cotorras
Reglas de buena crianza.

Entre raudos delantales,
Sobre la mesa ya puesta,
Anticipará la fiesta
Sus brindis en los cristales.

Y en tanto qué placidez
En mi aislamiento profundo!
No hay quietud en este mundo
Más dulce que ella tal vez.

En el tiempo transcurrido
Silencia cada hora muerta
Su lapso, como una puerta
Que se ha cerrado sin ruido.

Tendiendo sus graves paños,
La sombra apaga el reflejo
De un melancólico espejo
Palidecido de antaños.

Y en las joyas cristalinas
Del lavabo, un pomo exótico,
Promete sutil narcótico
De ponzoñas florentinas.

Con un leve roce obscuro
De sensación indolente,
Pasa el sueño por la frente
Como un gato sobre un muro.

Entonces, brotando inciertas
En suave resurrección,
A la muda habitación
Llegan las ternuras muertas.

Criaturas del azul
Que envuelve un frágil misterio.
Tailleur, Luis XV, Imperio...
Primores de encaje y tul.

Dulcifican más la calma
Sus atónitas pupilas
Que son las gotas tranquilas
En que les desborda el alma.

Y sus besos de pasión,
Tanto corazón revelan,
Que sus labios se modelan
En forma de corazón.

Tiembla el alma en sus regazos
Como un niñito maltrecho
Que defiende mal su pecho
Cruzando sobre él los brazos.

Entre todas hay alguna
Tan leve, que es casi nada,
Enteramente flotada
En ondas de gasa y luna.

En lo irreal de su tez
Tiene su hermosura hermética
Como una noche poética
Por luna su palidez.

Y percibo que quizás
Me revela su presencia
Un amor de adolescencia
Que no definí jamás.

Pero ¿amé acaso? ¿Fuí yo
Aquel mismo?... Cuánto diera
Por averiguar siquiera
Si alguna vez existió.

Con dolorosa ventura
El corazón, á ella unido,
Sangra como un fruto herido
Que aumenta así su dulzura.

Tornándolo menos grave
En aquel absurdo amor,
El suspiro es al dolor
Lo que el vuelo para el ave.

¡Ah, quimeras del azul
En vuestro frágil misterio!
Tailleur, Luis XV, Imperio...
Primores de encaje y tul.

Así brota un ideal
En los internos jardines,
De hojear viejos figurines
Una tarde pasional.

DIVAGACION LUNAR

Si tengo la fortuna
De que con tu alma mi dolor se integre,
Te diré entre melancólico y alegre
Las singulares cosas de la luna.

Mientras el menguante exiguo
Á cuyo noble encanto ayer amaste,
Aumenta su desgaste
De sequín antiguo;
Quiero mezclar á tu champaña,
Como un buen astrónomo teórico,
Su luz, en sensación extraña
De jarabe hidroclórico.
Y cuando te envenene
La pálida mixtura,
Como á cualquier romántica Eloisa ó Irene,
Tu espíritu de amable criatura
Buscará una secreta higiene
En la pureza de mi desventura.

Amarilla y flacucha,
La luna cruza el azul pleno,
Como una trucha
Por un estanque sereno.
Y su luz ligera,

Indefiniendo asaz tristes arcanos,
Pone una mortuoria translucidez de cera
En la gemela nieve de tus manos.

Cuando aun no estaba la luna, y afuera
Como un corazón poético y sombrío
Palpitaba el cielo de primavera,
La noche, sin ti, no era
Más que un obscuro frío.
Perdida toda forma, entre tanta
Obscuridad, eras sólo un aroma ;
Y el arrullo amoroso ponía en tu garganta
Una ronca dulzura de paloma.
En una puerilidad de tactos quedos,
La mirada perdida en una estrella,
Me extravié en el roce de tus dedos.
Tu virtud fulminaba como una centella...
Mas, el conjuro de los ruegos vanos
Te llevó al lance dulcemente inicuo,
Y el coraje se te fué por las manos
Como un poco de agua por un mármol oblicuo.

La luna fraternal, con su secreta
Intimidad de encanto femenino,
Al definirte hermosa te ha vuelto coqueta.
Sutiliza tus maneras un complicado tino ;
En la lunar presencia,
No hay ya ósculo que el labio al labio suelde ;
Y sólo tu seno de audaz incipiencia,
Con generosidad rebelde
Continúa el ritmo de la dulce violencia.

Entre un recuerdo de Suiza
Y la anécdota de un oportuno primo,
Tu crueldad virginal se sutiliza ;
Y con sumisión postiza
Te acurrucas en pérfido mimo,
Como un gato que se hace una bola
En la cabal redondez de su cola.

Es tu ilusión suprema
De joven soñadora,
Ser la joven mora
De un antiguo poema.
La joven cautiva que llora
Llena de luna, de amor y de sistema.

La luna enemiga
Que te sugiere tanta mala cosa,
Y de mi brazo cordial te desliga,
Pone un detalle trágico en tu intriga
De pequeño mamífero rosa.
Mas, al amoroso reclamo
De la tentación, en tu jardín alerta,
Tu grácil juventud despierta
Golosa de caricia y de *Yoteamo*.
En el albaricoque
Un tanto marchito de tu mejilla,
Pone el amor un leve toque
De carmín, como una lucecilla.
Lucecilla que á medias con la luna
Tu rostro excava en escultura inerte,
Y con sugestión oportuna
De pronto nos advierte
No sé qué próximo estrago,
Como el rizo anacrónico de un lago
Anuncia á veces el soplo de la muerte...

EL PIERROTILLO



Hecho un primor
De harina y miel,
Ríe á la infiel
Luna, su amor.

Para muequear
A la infeliz,
Fija el pulgar
En la nariz.

Alto un talón,
Se da el tahur
Un pescozón
Que dice *abur!*

Un puntapié
Le manda allá
Y se
Va...

NOCTURNO

I

En la ribera
De la laguna,
Sale la luna
De primavera.

Derrama su orto
Sutil topacio
Por el espacio
Tibio y absorto.

Un vago cirro
De medio luto,
Le da un astuto
Ceño de esbirro.

Blancor de polo
Su disco ampara
Como una cara
Que ardió el vitriolo.

En los jirones
De la tiniebla
Traza y amuebla
Largos salones;

Donde con yerros
De vano alarde,
Hasta muy tarde
Ladran los perros.

II

En dulce anemia,
Luna de idilio,
Dame el auxilio
De tu academia.

Allá principia
Tu obra marmórea,
Una hiperbórea
Estereotipia.

Allá se yerma
La frágil Filis
Trocando en bilis
Tu luz enferma...

Una zampoña
De llanto asiduo
Gime el residuo
De tu ponzoña.

Y en dulce oprobio
Toman por deuda
Tu torta leuda
Cloe y su novio.

III

Para que ingenie
Mi arte su forma,
Virtud y norma
Da tu progenie.

En fiel deliquio,
Tu dulce vate,
Trama el debate
De un hemistiquio.

De un fauno gozas
La antigua infamia,
En poligamia
Con locas mozas.

Plan insensato
De hacerte suya,
En su aleluya
Te gime el gato.

A tu virgíneo
Rostro druída,
Clava un suicida
Su ojo sanguíneo.

Y ante un borracho
Que tu amor purga,
Te da la murga
Su mamarracho.

IV

Tu albo circuito
De disco griego,
Es reloj ciego
Del infinito.

Un solitario
De tu prosapia,
Desde una tapia
Sigue ese horario.

Sagaz cual lince,
Su insomnio espera
Que por tu esfera
Pasen las quince.

Y porque, lerda,
Frustras su arrobo,
Le llama bobo
La gente cuerda.

En un compendio
De fe sincera,
Yo compartiera
Su vilipendio.

Y en el garifo
Tic de su cara,
Le descifrara
Tu logogrifo.

CANTINELA A PIERROT

Sobre tu grácil facha,
Como afable nodriza,
La luna pulveriza
Su azúcar remolacha.



La luna en cuyo lapso
Por Europa y América,
Cobra una luz histérica
Tu espíritu relapso.



La platitud plebeya,
Con imbécil apodo,
Clasifica el gran modo
De tu prosopopeya ;



Pero á tus pies, la faja
Del arco-iris es trocha,
Y la luna es tu brocha
Y el viento tu navaja.

Por esto con la luna,
Tu faz rapada y tísica,
Un problema de física
Recreativa, aduna;



Cual si armara á tu flaco
Desgaire de palote,
Su disco mondo el bote
Que junta al mingo el taco.



Fundiendo en azabache
La fuente y el arbusto,
La luna te da un susto
Con cada cachivache;



Y como va tan alta
Por su órbita sin tregua,
Pierde la última legua
Y á la cita te falta.



Contemplas desde abajo
Su absurdo derrotero
Como mal campanero
Que no alcanza el badajo.



Codicias su dulzura,
Mas tu frágil rapiña,
Como el zorro en la viña
Jamás la ve madura.

Cuando nadie la espera,
Con caprichosa etapa,
Cae sobre la tapa
De alguna cafetera.



Mientras tu amor se arroba,
Colombina, más apta,
Parece que la capta
Si cierra bien la alcoba.



Y no bien en la jamba
Gira la puerta al rape,
Se fuga en mudo escape
Junto con su ¡caramba!



Sobre el nocturno y ancho
Piélago en que se abisma,
Tu pertinaz sofisma
Le arrojas como un gancho.



Burlando tu desvelo
Con ímprobo contraste,
Su fluídez da al traste
Con tu paciente anzuelo;



Que cuando al fin se ancla,
Creyendo darle alcance,
En clásico percance
Pesca una vieja chancla.

Que sean, pues, tus bodas
Escuálida cuaresma,
Ó escríbele una resma
De epitalamios y odas.



Quizá el lírico embuste
Con que la llames linda,
Á tus amores rinda
Doncella de tal fuste.



No hay dama á quien no abisme
Cual doméstica hidra,
La agri-risueña sidra
Del amoroso chisme.



Y para que su hermético
Mal, tus horas no acerbe,
Pon en tu rostro imberbe
Su lívido cosmético.



Mas, si con befas zurdas
Te engaña á la intemperie,
Prolongando la serie
De tus horas absurdas;



Con amor que concibe
La dulzura y la afrenta,
Espérala sedienta
Y atrápala en tu aljibe

ODELETA A COLOMBINA

I

Á tu punzante sorna
De aventurera avispa,
La luna en loca chispa
De tus ojos, se torna.



Tu gracia superfina
Da un insinuante tufo
Al cefirillo bufo
Que infla tu crinolina.



Arlequín mequetrefe,
Con mano afable y luenga,
Te subraya su arenga
Finchado como un jefe.



Pierrot borracho y sucio
De vino y de berrinche,
Ante el feliz compinche
Se araña el occipucio.

Esbozan sus afanes
Mímicas morondangas
Que amplían en sus mangas
Alados ademanes.



Su pantomima es queja
Que en necio mixtifori,
Gime, y te llama Clori
Plagiando una oda vieja.



El lúgubre jengibre
De su embriaguez acerba
Pone en su muda verba
Loas de gran calibre.



Como á hermana de Euterpe,
Por musa te idolatra;
O te sueña Cleopatra
Para tornarse sierpe.



Y su amor, poco ducho
Del poético ripio,
Se arde desde el principio
Con su último cartucho.



En tiránica sede
Frustra su ojo lascivo
Tu escarpín evasivo
Provocándole adrede.

Ó en huracán de cintas,
Súbitamente loca,
Con tu pintada boca
Los pómulos le pintas;



(Bien que en el mismo elogio
De ese fugaz almagre,
Él percibe el vinagre
De su martirologio.)



Mas ya en celosa angurria
Traba Arlequín los ojos,
Y líricos enojos
Te rasca en su bandurria.



Y el gran Polichinela,
Rojo como una antorcha,
Á tu salud descorcha
Su frasco de mistela.



Como un hechizo corre
Su erótico menjurje,
Y su joroba surge
Bella como una torre,



Que asiéndote á su cuello
Con audacias modernas,
Le oprimes con tus piernas
Como á un feliz camello.

Cuando el licor te raspe
La lengua, á tu capricho
La luna alzará un nicho
Con su pálido jaspe;



Y en amoroso indulto
Querrás *(in vino veritas)*
Que con gracias pretéritas
Pierrot te rinda culto.



Pero á tu amor, en tanto,
Polichinela inculca
Pavores de trifulca
Con celoso quebranto.



Sospechando de befa
La esclavitud que le unce,
El entrecejo frunce
Cual lóbrega cenefa;



Y Arlequín, con remedos
De militar sainete,
Para un lance á florete
Se ensortija los dedos.



Los dos gruñen tan malos,
Que quizá, en el destrozo,
Tu mudo y blanco mozo
Lleve tras cuernos palos.

Mas, tu ira les espeta
Su mortífera pulla
En el grito de grulla
Que fragua tu corneta;



Y acabando la intriga
Con amoroso ahinco,
Te escapas en un brinco
Que hace brillar tu liga.



Para un dulce misterio
De aventura española,
De capa, estoque y viola
Pierrot te aguarda en serio.



Mientras fiel al destino
Te suspiraba en vela,
Trocó á la luna en muela
Del clásico molino.

—

La noche fué la tolva,
Las estrellas el grano
Con cuya harina, ufano
De su invención, se empolva.



Con su molino espúreo,
La luna, en noble hallazgo,
Os prepara el hartazgo
De un almuerzo epicúreo.

Cuando la roa el cuarto
Menguante, en otro esfuerzo
Variaréis ese almuerzo
Con un nuevo reparto.



En la sombra infinita
Donde su luz se extingue,
La luna echará un pringue
Vivaz, de carpa frita;



Y amagará la hartura,
Cuando en torno á esa carpa,
Trinando como un arpa
Pulule la fritura.



Sólo la luna nueva
Finge á tus ambiciones
Las gratas tentaciones
Que ama toda hija de Eva.



Mientras el novilunio
La cierra como á una ostra,
Tu pobre amante arrostra
Durmiendo, su infortunio.



A los deberes sorda,
Ostenta con astucia,
Tu petulante argucia,
Tu pantorrilla gorda.

Y mientras Pierrot yace
Como un blancuzco espárrago,
Dile en risueño fárrago
Su *requiescat in pace.*



Vibren tus lentejuelas,
Vuelen tus escarpines,
En busca de Arlequines
Y de Polichinelas.



Vuelve á correr la tuna,
Déjate hacer la corte,
Y pon á tu consorte
Los cuernos... de la luna

LOS FUEGOS ARTIFICIALES

En las tinieblas que forman como un atrio
A esplendores futuros, goza la muchedumbre
Las últimas horas de su día patrio;
Esperando que el cohete de costumbre,
Con su tangente flecha
De iniciación, alumbre
El anual homenaje de la Fecha.

Bajo el rumor confuso
De la germinante batahola,
Se desgañita pisado en la cola,
Con ayes de mujer un can intruso.
Á dos comadres con el Jesús en la boca,
Una bicicleta pifia graznidos de oca;
Y en gambetas chabacanas
Precipita su fulminante polea
Por la plaza que hormiguea
De multitud, como un cubo de ranas.

Sonando por las esquinas,
Organillos de triste catadura,
Sugieren el pesar de una fractura
De estalactitas cristalinas.
Y en la luna de Otoño que se hunde con sus penas,
Tras un pavor de lejanía atlántica,
Desfallece una romántica
Palidez de Marías Magdalenas.

Entre mágicos bastidores
Que cobija un obscuro sosiego,
Se indefine sin rumores
La aún estéril selva de fuego,
Cuya sombra cual mágico talego
Se abrirá en millonario tesoro de colores

Primero, despertando arrobos
De paganismo atávico, en cursivas alertas,
Es la pura majestad de los globos
Sobre la O vocativa de las bocas abiertas.
Y tras un sobresalto de cañonazo
Que corta charlas y alientos,
La bomba sube con tremendo desembarazo
Á horadar firmamentos.

Evocando pirotécnicas Gomorras,
Ráfagas de silbidos sancionan la proeza.
Abandonan más de una cabeza
La cordura y las gorras.
El ímpetu bellaco
Encanalla acritudes de tabaco;
Y casi musical como un solfeo,
Chillan aspavientos de jóvenes criadas,
Dichosamente frotadas
Por aquel enorme escarceo.
Con su reproche más acre,
Una vieja
Se queja
Desde el fondo de su fiacre;
Cuando, á mitad del estéril soponcio,
Surge una culebra de múltiples dardos,
Crepitada en ascuas de estroncio
Sobre tres catástrofes de petardos.
Y el delirio de fuego y de oro
Estalla en química hoguera,
Cuya cimera
Exaltada á meteoro,
Es ya desaforada bandera

Que agita un bello comodoro,
Chispeando un rubí por cada poro
Y con un lampo azul por charretera.
Coloreados humos de combates navales,
Evocando la patria guerrera
Y los «oíd, mortales».

Con plenitud silenciosa
El cielo obscuro germina centellas
Y entre racimos de estrellas
Se encanta una noche rosa.

Y aquellas
Pálidas luces,
En divergente ramaje de cedro,
Van á incendiar los sordos arcabuces
De un magnífico dodecaedro.
El artificio se entiende
En una transformación de duende,
Que hecho luz bermeja
Baila su fandango,
Mientras con juego malabar, maneja
Diez cuchillos por el mango.
Hasta que en tromba
De esplendor admirable,

Le revienta en el vientre una bomba,
Y colgado de un cable,
Queda meciéndose como un crustáceo
Violáceo...
La noche sobre el mundo nuevamente se abate
Con sus cálidas sombras y su olor de combate;
Y el esquife de humo que entre dos astros surte,
Va á encallar en la luna como en lejano lurte
Que al ras de las aguas tiembla,
Con un polar reflejo de Orcada ó Nueva Zembla.
Cuando con su ascua más brava,
Una tripa de pólvora que está escupiendo lava,
Sobre el bastidor pueril y magro,

Revienta, en maravilla imprevista,
Un inmenso girasol de milagro
Deshaciéndose en polen de amatista ;
Y con su doble brillo,
Aquel meteoro impresionista
De lila sobre amarillo,
Deflagra nuevamente caudales de conquista.

Al despedirlo el eje,
Su estela es reguero de escudos
Que proyecta en los cielos mudos
El perfil anormal de un templo hereje.
Y con las lluvias luminosas
De su ascensión sonora y garifa,
Sugiere fantasías de califa
Estalladas en piedras preciosas.

Tras los cipreses
Correctos como alfiles,
En seráficos añiles
La girándula exalta gárrulos intereses.
Su centro, que es un cohete redondo,
Entre el volcán de fuego charro,
Deflagra como un cigarro
Pavesas de fuego blondo.
Y esa gloria
Giratoria,
Derrochada en vivos cromos,
Parece una noria
Que gárrulos gnomos,
Fuesen vertiendo en inmensas dosis
De apoteosis.

Y de pronto,
En torbellino de áurea polvareda,
Estalla la vertiginosa rueda
Que hace babear los éxtasis del tonto ;
Trocando absurdamente su destino
En el sautor regular de un molino.

La majestad bilateral del aspa,
Desmenuza bajo el denso toldo
De la noche, una incandescente caspa
Que es detritus de sol hecho rescoldo.
Y todo acaba allí, si no arremete
La azogada fugacidad del cohete,
Cuya cinta bizarra
Á través de la noche se desliza
Como una raya de tiza
Sobre una pizarra.
Su silbo se aguza
Con chillido de lechuza;
Y tras brusco azoramiento,
En mansa catarata,
El negro firmamento
Se pone á llover plata.

Ensueño de belleza,
Que en ese anacronico instante de aurora
Como fatuo vino te vas á la cabeza:
No olvides que la luna llora
En la acuática lejanía,
La luna, consultora
De la melancolía,
Á quien el alma implora
Con suave letanía:
—Virgo clarissima, Virgo mater—
En tanto que ultrajan su poesía
Aquellos patrióticos fuegos de cráter.

Y mientras la pobre luna cuyo martirio
Entre el agua y el fuego,
Implora con la sugestión de un ruego,
Vuelve la noche á arder con un delirio
Que exaltara los más nobles cráneos
Contemporáneos.

Al incendiario brillo
De un astro fugaz anulado en estruendos,

Combina sus carbunclos estupendos
La fantasía final del Castillo.
Una luz de luna
En fusión, llena su ámbito de pagoda,
Que mezcla con rara fortuna
La botánica china y el rococó á la moda.
¡Oh maestro, que hiciste tal maravilla
Con un poco de mixto, de noche y de mal gusto:
Deja que te aclame con un alma sencilla,
Con un alma de tribu que adora un fuego augusto!
Buen diablo entre tu flora de arsénico y de azufre,
¡Qué armonía de espíritu y materia
Tienen para el que sufre
Tus bazares de cosmos, tu astronómica feria!
¡Y con qué formidable caricatura
Tu polícroma incandescencia,
Destaca á la concurrencia
En un poema de humanidad futura!

Bajo el iris de un prisma de garrafa,
Mi musical vecina,
Hacia su mamá se inclina
Con alelado estupor de jirafa.
Su oreja se pierde
En un matiz de herrumbre verde;
Y una llama loca
Del candente aparato,
Con lúgubre sulfato
Le amorata la boca.

Á su lado el esposo, con dicha completa,
Se asa en tornasol, como una chuleta;
Y el bebé que fingía sietemesino chiche,
No es ya más que un macabro fetiche.
La nodriza, una flaca escocesa,
Va enteramente isósceles junto á la suegra obesa,
Que afronta su papel de salamandra
Con una gruesa
Inflación de escafandra,

Mientras en vaivén de zurda balandra
Goza sus fuegos la familia burguesa.

Mas, de repente,
Cambia el artificio bruscamente ;
Y bajo un nuevo iris,
El marido, en su manso porte,
Adquiere una majestad de Osiris ;
Al paso que la consorte
Se exalta con mágico transporte,
Y en igual luminosa crisis,
Naturalmente, parece una Isis.

Un señor mediocre
Que puede ser boticario ó maestro,
Bajo un lampo de ocre
Se vuelve siniestro ;
Sin que por ello se alarme
El olfato poco diestro
Del inmediato gendarme.
Y aquella fiera en ciernes,
Que así en rojo tizón su cuello tronche,
Tiene una gran cabeza de Holofernes
Ardida en llamas de ponche.

Pero el gendarme mismo
Se ha vuelto ya un cliente del abismo ;
Y la multitud entera
Se deforma en comba de cafetera.
En tanto que el artificio estalla
Con estruendos
Tremendos,
Mandando en granizo de oro su metralla.

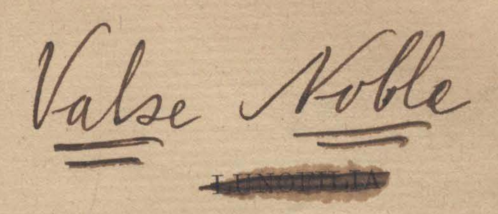
Rodea una deslumbrante zona
De vértigo solar el artificio,
Donde mi propia persona
En coloreado maleficio,
Adquiere algo de sota y de saltimbanqui
Yankee...

Con una
Descarga de estrépito salvaje,
Se hunde el castillo y acaba el homenaje:
Y ahora ya no hay pólvora ni hay luna.
Salpicada de astros escasos,
Vuelve la noche, removida de pasos
Como un lodazal; silba un pilluelo;
Arroja una bengala alguien que pasa,
Y es aquella anacrónica brasa
El último bocado de sol que engulle el cielo.

Camino de la casa,
~~Se vuelve~~ todavía la cabeza
Con el encanto de una vaga certeza.
Hasta que, de improviso,
La postrer bomba, por el ámbito sonoro,
Se abre á la inmensidad en palmas de oro
Como un árbol del Paraíso.

Volvemos

127



En la tarde suave y cálida,
Desde el diván carmesí,
Alzas fielmente hasta mí
Tus lentos ojos de pálida.



Con la espectral ilusión
De la hora que te importuna,
Un vago pavor de luna
Te acerca á mi corazón.



Por el cielo angelical
Se ahonda en místico ascenso
La soledad de un inmenso
Plenilunio inmaterial;



Que encantando los jardines
Viene casi lastimero,
Delirado en un ligero
Frenesí de violines.

En escena baladí,
Te infunde su poesía
Tan dulce melancolía,
Que quieres morir así.



Con el mimo de estar triste,
Buscas mi arrullo más blando,
Y te sorprendes llorando
Lágrimas que no sentiste.



Pides, tan sola en la vida,
Diminutivos de infancia,
Y tu tímida constancia
Quiere ser compadecida.



Con alteración ardiente,
En tu insaciable interés
De preguntarme «quién es
Tu...» (1) eternamente;



Quisieras huir conmigo
Hacia un país de quimera,
Donde no se conociera
La voz del mundo enemigo.



Algo eleva nuestro ser,
Y la calma de la luna,
Nos embarca como una
Blanca nave... á no volver.

---

(1) Aquí el lector debe poner el nombre amado.

ABUELA JULIETA

Cada vez más hundido en su misantropía, Emilio no conservaba ya más que una amistad : la de su tía la señora Olivia, vieja solterona como él, aunque veinte años mayor. Emilio tenía ya cincuenta años, lo cual quiere decir que la señora Olivia frisaba en los setenta. Ricos ambos, y un poco tímidos, no eran éstas las dos únicas condiciones que los asemejaban. Parecíanse también por sus gustos aristocráticos, por su amor á los libros de buena literatura y de viajes, por su concepto despreciativo del mundo, que era casi egoísta, por su melancolía, mutuamente oculta, sin que se supiese bien la razón, en la trivialidad chispeante de las conversaciones. Los martes y los jueves eran días de ajedrez en casa de la señora Olivia, y Emilio concurría asíduamente, desde hacía diez años, á esa tertulia familiar que nunca tuvo partícipes ni variantes. No era extraño que el sobrino comiese con la tía los domingos; y por esta y las anteriores causas, desarrollóse entre ellos

una dulce amistad, ligeramente velada de irónica tristeza, que no excluía el respeto un tanto ceremonioso de él, ni la afabilidad un poco regañona de ella. Ambos hacían sin esfuerzo su papel de parientes en el grado y con los modos que á cada cual correspondían. Aunque habíanse referido todo cuanto les era de mutuo interés, conservaban, como gentes bien educadas, el secreto de su tristeza. Por lo demás, ya se sabe que todos los solterones son un poco tristes ; y esto era lo que se decían también para sus adentros, Emilio y la señora Olivia, cuando pensaban con el interés que se presume, ella en la misantropía de él, él en la melancolía de ella. Los matrimonios de almas, mucho más frecuentes de lo que se cree, no están consumados mientras el secreto de amargura que hay en cada uno de los consortes espirituales, y que es como quien dice el pudor de la tristeza, no se rinde al encanto confidencial de las intimidades. La señora Olivia y su sobrino encontrábanse en un caso análogo. Si aquella tristeza que se conocían, pero cuyo verdadero fundamento ignoraban, hubiéraseles revelado, habrían comprobado con asombro que ya no tenían nada que decirse. [illegible] reservában sin embargo, por ese egoísmo de la amargura que es el rasgo característico de los superiores, y también porque les proporcionaba cierta inquietud, preciosa ante la perfecta amenaza de hastío que estaba en el fondo de sus días solitarios. Un poco de misterio impide la confianza, escollo brutal de las relaciones

en que no hay amor. Así, por más que se tratara de dos viejos, la señora Olivia era siempre tía, y Emilio se conservaba perpetuamente sobrino.

Cuarenta años atrás—recordaba la señora Olivia,—aquel muchacho sombríamente precoz, cuyo desbocado talento, unido á sordas melancolías, hizo temer más de una vez por su existencia; aquel hombrecito, huraño ya como ahora, era su amigo. No tenía esos risueños abandonos de los niños en las rodillas del ser predilecto; pero miraba con unos ojos tan tristes, su frente era tan alta y despejada, que lo quería y estimaba al mismo tiempo. No se dió cuenta de los veinte años que le llevaba; considerólo su amigo, empezando á comprender aquella diferencia, sólo cuando lo vió regresar de Alemania, terminada ya su carrera, hecho todo un señor ingeniero, que vino á saludarla, muy respetuoso, muy amable, pero demasiado sobrino para que ella no asumiera inmediatamente sus deberes de tía.

Las relaciones estrecháronse después, pero ya de otro modo. Ella, en su independencia orgullosa de solterona rica, acogió amablemente al joven cuya misantropía le pareció interesante; y cuando tres años después, éste se quedó huérfano, encontró en la casa de la vieja dama, á pesar de las etiquetas y los cumplimientos, el calor de hogar, no muy vivo, que le faltaba.

Por un acuerdo, inconfeso aunque no menos evidente, fueron cambiando, con los años, sus pasatiempos. Después de las conversaciones, la

música ; después de la música, el ajedrez. Y de tal modo estaban compenetrados sus pensamientos y sus gustos, que cuando una noche de sus cuarenta años, Emilio encontró en el saloncito íntimo el tablero del juego junto al cerrado piano, sin notar al parecer aquella clausura del instrumento que indicaba el fin de toda una época, hizo sus reverencias de costumbre y jugó durante dos horas como si no hubiera hecho otra cosa toda la vida. Ni siquiera preguntó á la señora Olivia cómo sabía que á él le gustaba el ajedrez. Verdad es que ella [redacted] habría encontrado llena de perplejidad ante esa pregunta.

La diferencia de edades había concluido por desaparecer para aquellos dos seres. Ambos tenían blancas las cabezas, y esto les bastaba. Tal vez la misma diferencia de los sexos ya no existía en ellos, sino como una razón de cortesía. La señora Olivia conservábase fresca, pues estaba cubierta por una doble nieve : la virginidad y la vejez. Aun sonreía muy bien ; y para colmo de gracia, apostataba de los anteojos. Su palabra era fluida y su cuerpo delgado. La vida no la aplastaba con su peso de años redondamente vividos ; [redacted] al contrario, la abandonaba, y esto volvíala translúcida y ligera. No podía decirse, en realidad, que fuese vieja ; apenas advertíase sus canas.

Emilio, sí, estaba viejo; mas no parecía un abuelo. Carecía de esa plácida majestad de los ancianos satisfactoriamente reproducidos. Era un viejo caballero que podía ser novio aún. Sus

cabellos blancos, su barba blanca, su talante un poco estirado, mas lleno de varonil elegancia, sus trajes irreprochables, sus guantes, constituían un ideal de corrección. Llevando un niño de la mano, hubiéranlo tomado por un fresco viudo ; pretendiendo una señorita de veinticinco años, habrían tenido que alabar su amable cordura.

Su tía y él eran dos mármoles perfectamente aseados. Por dentro, eran dos ingenuidades que disimulaban con bien llevada altivez candores tardíos. La delicadeza de la anciana encubría un estupor infantil ; la frialdad del sobrino velaba una desconfianza de adolescente.

Además, hablaban en términos literarios, hacían frases como las personas ilustradas y cortas de genio que no han gozado las intimidades del amor, ese gran valorizador de simplicidades. También eran románticos. Precisamente hacía tres meses que Emilio regalaba á su tía un ruiseñor importado á mucho costo de Praga, por los cuidados del famoso pajarero Gotlieb Waneck, y en una legítima jaula de Guido Findeis de Viena. Dos noches antes, el pájaro cantó y esta fué la noticia con que la señora Olivia sorprendió á su sobrino un martes por la noche, mientras ocupaban sus casillas las piezas del ajedrez. Emilio, galante como siempre, traía para el pájaro un alimento especial : la composición de M. Duquesne, de l'Eure pues en punto á crianza prefería los métodos franceses.

Aquel ruiseñor fué un tema de que se asieron

ansiosamente, cansados ya por un año de pláticas sin asunto. Y del ruiseñor... á Shakespeare !

—En Verona, decía la señora Olivia, aprendí, precisamente, á preferir la alondra ; como que, al fin mujer, había de quedarme con la centinela de Romeo. Profésanle allí una predilección singular, llamándola, familiarmente, *la Cappellata*.

—Pero este ruiseñor, afirmó Emilio, no es de los veroneses. Es la clásica *Filomela*, ó ruiseñor alemán, el único pájaro que *compone*, variando incesantemente su canto ; mientras aquellos recitan estrofas hechas. Un verdadero compatriota de Beethoven.

Cuánto tiempo hablaron?... La luna primaveral que había estado mirándolos desde el patio, veíalos ahora desde la calle. Y Emilio contaba una cosa triste y suave como las flores secas de un pasado galardón. ¿Recordaba ella cuando la tifoidea lo postró en cama, siendo muy niño aún, de doce años, creía? Ella fué su enfermera ¡ se develó tanto por él !... Miraba todavía sus ojeras, sus cabellos desgarbados por el insomnio en ondas flavas de fragante opulencia. El sabía por los dichos de los otros, de los grandes, que era bella, aunque no se daba bien cuenta de lo que venía á ser una mujer hermosa. Pero la quería mucho, eso sí, como una hermana que fuese al mismo tiempo una princesa. Su andar armonioso, su cintura, llenábanlo ante ella de turbado respeto. Poníase orgulloso de acompañarla; y por esto, siempre que iba á su

lado, estaba tan serio. Durante sus delirios febriles, fué la única persona que no viera deformada en contorsiones espeluznantes; y cuando vino la convalecencia, una siesta—llevaba ella un vestido á cuadritos blancos y negros—el niño, repentinamente virilizado por la enfermedad, comprendió que el amor de su tía le ocupaba el corazón con la obscura angustia de un miedo. Fué una religión lo que sintió entonces por ella durante dos años de silencio, siempre contenidos por su pantalón corto y su boina de alumno, ridículos para el amor...

Después, el colegio, los viajes, el regreso ¡y siempre esa extraña pasión poseyéndole el alma! Se hizo misántropo... ¡y cómo no! Esterilizó su vida, gastó el perfume de ese amor de niño concentrado por la edad, inútilmente, como un grano de incienso quemado al azar en el brasero de una chalequera dormida... Mas ¿para qué le estaba él diciendo todo eso?...

El silencio del saloncito se volvió angustioso. Con la mano apoyada en la mejilla, la tía y el sobrino, separados apenas por el tablero donde las piezas inmóviles eternizaban abortados problemas, parecían dormir. Allá en el alma del hombre, en una obscuridad espantosamente uniforme, derrumbábanse grandes montañas de hielo. Y la señora Olivia meditaba también. Sí, fué tal como él lo decía. Ella estaba en la trágica crisis maternal de los veintinueve años. Aquel chiquillo la interesaba; pero ella descubrió primero que ese interés era un amor desca-

bellado, imposible, una tentación quizá. Una noche deliraba mucho el pobrecito ; los médicos presagiaban cosas siniestras con sus caras graves. Lloraba en la casa, sin ocultarlo ya. Entonces sus desvelos de tía, sus sobresaltos de vulgar ternura, reventaron en pedazos su desabrida corteza. Loca, sin saber lo que hacía, corrió á la pieza contigua, y allí, desarraigándosele el corazón en sollozos, se comió á besos, locamente, el retrato del enfermo. Fué un relámpago, pero de aquel deslumbramiento no volvió jamás. ¡ Y hacía cuarenta años de eso, Dios mío ! Cuarenta años de amarlo en secreto, consagrándole su virginidad, como él le había consagrado también su alma. ¡ Qué delicada altivez surgía de ese doble sacrificio, y qué dicha no haberse muerto desconociéndolo !

Poco á poco, un nebuloso desvarío ganó la conciencia de la anciana. Los años, las canas, el influjo de las conveniencias fueron desvaneciéndose. Ya no había sino dos almas, resumiendo en una sola actualidad de amor, el ayer y el mañana. Y la niña, intacta bajo la dulce nieve de su vejez incompleta, se desahogó en un balbuceo :

—Emilio... yo también...

El tuvo un estremecimiento casi imperceptible, que hizo palpitar, sin abrirlos, sus párpados entornados. Allá adentro, en la negrura remota, las montañas de hielo continuaban derrumbándose. Y pasó otra hora de silencio. Emilio... Olivia... suspiraban los rumores

indecisos de la noche. La luna iluminaba aquella migaja de tragedia en la impasibilidad de los astros eternos.

Inmediato á ellos, sobre el piano, un viejo Shakespeare perpetuaba en menudas letras las palabras celestes del drama inmortal. En la blancura luminosa de la noche, muy lejos, muy lejos, diseñábanse inalcanzables Veronas. Y como para completar la ilusión dolorosa que envolvía las dos viejas almas en un recuerdo de amores irremediablemente perdidos, el ruiseñor, de pronto, se puso á cantar.

Espectral como un resucitado, Emilio abandonó bruscamente su silla. Y ya de pie, estremecidos por algo que era una especie de inefable horror, la señora Olivia y él se contemplaron. Debía de ser muy tarde, y tal vez no fuese correcto permanecer más tiempo juntos...

Era la primera vez que se les antojaba aquello. No advertían, siquiera, que fuese ridículo, pues dominábalos la emoción de su paraíso comprendido. Mas la luna, propicia por lo común á los hechizos, rompió esta vez el encanto. Uno de sus rayos dió sobre la cabeza de la anciana, y en los labios del hombre sonrió, entonces, la muerte. ¡Blancos! ¡ Si estaban blancos, como los suyos, esos cabellos cuya opulencia fragante recordaba aún á través de tanto tiempo ! Era Shakespeare el que tenía la culpa. ¡Quién lo creyera ! ¡ Tomar á lo serio un amor que representaba el formidable total de ciento veinte años !

El ruiseñor cantaba... Cantaba, sin duda, los

lloros cristalinos de su ausencia, las endechas armoniosas de su viudez.

Una viva trisadura de cristal mordía lentamente los dos viejos corazones. De pie, frente á frente, no sabían qué decirse ni cómo escapar al prestigio que los embargaba.

Y fué ella la que tuvo valor por fin, la que asumió heroicamente esa situación de tragedia absurda (porque, después de todo, no sabía que la luna le estaba dando en la cabeza). Como Emilio hiciera un movimiento para retirarse :

—Quédate ; ya tienen bastante con los cuarenta años de vida que les hemos dado.

Es probable que el destino estuviera incluido en ese plural.

Bajo el bigote de Emilio se estiró una sonrisa escuálida como un cadáver. El lenguaje literario se le vino á la boca, y con una melancólica ironía que ~~manifestaba~~ todos los fracasos del destino, hizo una paráfrasis de Shakespeare :

—No, mi pobre tía, el rocío nocturno hace daño á los viejos. El ruiseñor ha cantado ya, y el ruiseñor es la alondra de la media noche...

aceptaba

LUNAS

UN TROZO DE SELENOLOGIA

Ante mi ventana, clara como un remanso
De firmamento, la luna repleta,
Se puso con gorda majestad de ganso
Á tiro de escopeta.
No tenía rifle,
Ni nada que fuera más ó menos propio
Para la caza ; pero un mercachifle
Habíame vendido un telescopio.
Bella ocasión, sin duda alguna,
Para hacer un blanco en la luna.

—Preciso es que me equipe
Bien, murmuré al sacar el chisme mostrenco ;
Y requiriendo como un concejal flamenco,
El gorro, la bata, las chinelas de tripe ;
Dispúseme un tanto ebrio de fantasía,
Á gozar con secreto alborozo
Aquel bello trozo
De selenología.

Vi un suelo de tiza,
En el cual recostábanse con lúgubre trasunto,
Tristes sombras de hortaliza
Á las doce en punto.
Pero era
Imposible calcular la hora.
La vida resulta desconcertadora
De esta manera.

Todo se eternizaba en una luz de nitro,
Con perspectiva paradojal de palco escénico;
Había árboles, pero eran de zinc y arsénico;
Y agua, ya se sabe, no queda un solo litro.

(Con movimiento
Blando,
La luna iba girando
Ante el vidrio de aumento).

Y de pronto, sobre geométricas lomas,
Aparecieron los primeros seres
Vivos: cinco palomas
Grandes como mujeres.
Crispábalas una ilógica neurastenia;
Sus miradas eran de persona;
Después hicieron una elegante venia,
Se conocía que eran como *prima donna*.
Pero en la luna todo es mudo y sordo;
Y en la falta de gravedad excepcional,
(De aquí la neurastenia que es allí normal).
Es como si uno se encontrara á bordo.

Después vino una horizontal región
Donde no había más elevación,
Que sobre un suave arenal
Un inmenso anciano de cristal.
Como esos frascos de licor que son
Un Garibaldi ó un Napoleón.
Y aquél tenía por corazón
Un poco de arena glacial.

Diseñando inútiles rutas,
Durante dos horas pasaron soledades,
Permanentes como verdades
Absolutas.
Entre costas atormentadas
Por el más anormal dibujo,
Vi la *Mar de las Crisis* cuyo reflujo

Provoca las náuseas de las embarazadas.
Es una especie de gelatina
Terriblemente eléctrica, por cierto.
Después pasó otro desierto,
Y después una especie de ruína;
Construcción de paradoja,
En cuya cornisa, con imprevista gracia,
Lucían una bola verde y otra roja,
Como globos de farmacia.
Pero lo más curioso,
Es que aboliendo mis más serias dudas,
Surgieron junto á un lago en reposo
Muchas doncellas blancas y desnudas.
¡Al fin veía figuras humanas!...
Aunque siendo hasta rubias por más señas,
Tuviesen no sé qué anomalías arcanas,
Dormitando en un pie como las cigüeñas.
Noté bastante hermosas sus caras,
Y bien que la nieve lunar fuera mucha,
Lucían, brillantes de *lawn tennis* y ducha,
Como magnolias duras y claras.

No sé por qué original encanto,
Pensé que hablarían en estilo astronómico,
Algún idioma como el esperanto,
Equitativo, simple y económico.

Mas, no bien hube pensado en ello,
Cuando un inesperado destello
Borró vivamente el cuadro aquel,
Digno tema de un docto pincel.
Y tan suave como tierna,
Te vi á ti misma—¿por qué ventana?...
En tu bañadera de porcelana,
Como una Susana moderna,
Más linda, ciertamente, que la antigua Susana.

Y como yo no era un viejo,
Comprendí que allí no había ningún engaño,

Sino que la luna era tu espejo,
Y que tú no estabas en el baño,
Sino desnuda en mi alma, como una
Noble magnolia en un claro de luna.

Así, en símiles sencillos,
Destacábase en pleno azul de cielo,
Tu cuerpo liso como un arroyuelo
Sólo contrariado por dos guijarrillos.

Mas, á pesar de tan grata fortuna,
Cierta inquietud me tenía en jaque,
Por haber visto en el almanaque
Que, precisamente, esa noche no había luna.
Hasta que tú me diste la certeza
Ante nuestro lavabo cojo y viejo,
De que la luna era aquel pobre espejo
Convertido en astro por tu belleza.

EL TALLER DE LA LUNA

Desde su alta tribuna,
En artístico imperio
De blancura y de misterio,
Trabaja la luna.

Con vertical exacta,
El álamo esbelto
Parece el pilar resuelto
De su basílica abstracta.
Y los abedules
En columnata musicalmente acorde,
Estremecen su vértigo al borde
De inefables abismos azules.

Las masas de luz blanca
Van transformándose con arte futuro,
Mezcladas á la sombra que se estanca
En los follajes como un fluído obscuro.
Y es tenebroso pórfido la barranca,
Y cantera de mármol cualquier muro.

Allá el plenilunio incrusta
En nácar de leyenda la obra propia,
Ó cincela con serenidad augusta
Algún noble alabastro en hábil copia.
Trueca el percal de la palurda

En increíble tisú de dama fatua,
Y hiela con tenacidad absurda
Los pies solitarios de la estatua.
(La estatua asegura un histórico interés,
Con la tranquila firmeza de sus blancos pies).

Llena en el huerto la alberca
De sombra y de plata ;
Y un poco más cerca,
La fronda inmediata,
Esfuma sobre el césped su sombra en vago tizne,
Sobre el cual una pieza de ropa, remeda
La palpitación de una Leda
Abandonada á su cisne.

Un leño caduco,
Donde extremosa medra
La hiedra
En alterno verdor con el bejuco,
Se torna bajo su pálido estuco
En boceto de estatuaria piedra :
Junto á una Amistad blanca que nunca reposa,
Duerme, haragán y frívolo, un Amorcillo rosa.
Y por la parte opuesta es aquel grupo,
Que con luz irreal el astro labra,
Un inconcluso fauno á quien no cupo
En el magro pernil el pie de cabra.

La nieve lunar suelda soñoliento,
En el fondo del parque ~~macilento~~,
Celda sobre celda
Con una simetría de convento.
Y aquel lúgubre claustro
Donde clásicamente puede gemir el austro
Y juguetear el duende ameno,
Tiene por tema un ángulo de blanca noche,
Con el perfil de un carricoche
Empinado entre el heno.

Así es como la luna artista
Despilfarra su peculio,
Sin otro éxito á la vista
Que el aplauso del vate contertulio;
Pues hay un vate fortuito
Cuyo estro se aduna
Á la obra que la luna
Teje como una araña en el infinito.

Su magnífico silencio,
Se llena de Virgilio y de Terencio;
Y su cráneo, negro de hastío,
Derrocha una poesía rara,
Como un cubo sombrío
Que se invierte en agua clara.

Con punzante sospecha de adefesio
Que desbarata en lírica jerigonza,
Equilibra su torpe serventesio
Pidiendo á la luna su marmórea onza.
Su nocturna cantinela
Tiene un leve agraz de mofa,
Que desbarata el canon de la escuela
Y no logra cabal ninguna estrofa.
Es que la fútil luna
La construcción de las cuartetas importuna.
Por eso el triste vate,
Con un arte más alto que el Himalaya,
Lima la ya perfecta siempre mal, ¡ y malhaya
Á la pérfida luna que su éxito combate!

Con arte de moza pícara
La luna para él se encapota,
Como si algún algún eclipse echara una gota
De café, en su blanca jícara.
Y ante aquel desengaño
Que sus potencias ofusca,
El pobre vate busca
Una vara de soga y un castaño...

Mas la luna poetisa,
Que á la sublimidad del cénit sube,
Ha salido ya de su nube
Como una doncella de su camisa.
Su desnudez divulga
La hermosura secreta
Que escocía vilmente alguna pulga;
Y el lúgubre poeta
Ante esa aparición divina,
Bajo la escultura lunar se concreta
En un Pierrot blanco de harina.

Sobre el lago que agrupa
~~Soñoliento~~ sauzal en su ribera,
Deslízase ligera
Una ideal chalupa
Que es un poco de luz y de quimera.
Á poco se advierte,
Que aquello es el viaje de la muerte;
Y en el viento que sopla
El alma nocturna hacia el limbo uniforme,
El eco de una copla
Extravía un pavor blanco y enorme.

Pero ya menos vívida,
Y mientras el melódico viento se pone ronco,
La luna alarga con histeria lívida
En espectro de sombra cada tronco.
El estanque en desasosiego,
Remueve en sus ondas quedas,
Como un lúgubre talego
Deslustradas monedas.
A través del lóbrego zarzo
Que trenza la umbría,
Algún rayo amontona todavía
Vírgenes bloques de cuarzo.
Mas la tiniebla opresora
Convierte la glorieta en hondo cuévano,

Donde el arte lunar trabaja ahora
En un silencioso ébano.

Y bajo un horror de graves hojas,
Tras de la luna, con prodigio imprevisto,
Su faz asoma un inmenso Jesucristo
En el sangriento sudor de sus congojas.

CLARO DE LUNA

Con la extática elevación de un alma,
La luna en lo más alto de un cielo tibio y leve,
Forma la cima de la calma
Y eterniza el casto silencio de su nieve.
Sobre el páramo de los techos
Se eriza una gata obscura;
El olor de los helechos
Tiene una farmacéutica dulzura.
Junto á una inmóvil canoa
Que al lago del parque cuenta íntimas vejeces,
Una rana croa
Como un isócrono cascanueces.
Y una guitarra yace olvidada en la proa.

Blanqueando vecindades halagüeñas
En témpanos de cales inmaculadas,
Parecen lunares peñas
Las casas aisladas.
La media noche, con suave mutismo,
Cava á las horas el fondo de su abismo.
Y anunciando con sonora antonomasia,
El plenilunio á su inmóvil serrallo,
Un telepático gallo
Saluda al sol antípoda del Asia.

Entre taciturnos sauces,
Donde la esclusa
Abre sus líquidas fauces
Á la onda musical y confusa,
Concertando un eclógico programa
De soledad y bosque pintoresco,
Gozamos el sencillo fresco
De una noche en pijama.
Con trivial preludio,
Que al azar de un capricho se dispersa y restaura,
Conturban la futilidad del aura
Los lejanos bemoles de un estudio.
La luna obsesora
Comienza á descender en su camino,
Cuando marca precisamente la hora
La llave puntual de mi vecino.
La luna, en su candor divino,
Va inmensamente virgen como Nuestra Señora.

Vertiendo como un narcótico alivio
Con la extática infinitud de su estela,
Poco á poco se congela
Su luz en un nácar tibio.

En el agua obscura sobre la cual desfloca
El sauce ribereño
Su cabellera agravada de sueño —
Como un sorbete se deslíe una oca.
Diluye un remo su líquido diptongo,
El lago tiembla en argentino engarce,
Y una humedad de hongo
Por el ambiente se esparce.
El luminoso marasmo,
Reintegra la existencia en lo infinito.
Con temeroso pasmo,
La vida invisible nos mira de hito en hito.
En frialdad brusca,
Se siente la intimidad coeterna
De un alma inédita que busca

Una gota de albúmina materna.
La muerte, como un hálito nulo,
Pasa junto á nosotros, y se siente su pausa,
En el lúgubre disimulo
Del perro que cambia de sitio sin causa.

Al resplandor yerto,
La misma soledad se desencaja ;
Y paralizado en la lunar mortaja,
Diríase que el tiempo ha muerto.
Cuando he aquí que poco á poco,
En la próxima ventana,
Aparece la cabeza arcana
De [redacted] médico loco.
Su mirada serena,
Dice infortunios de romántico joven.
Y es tan pura su pena,
Que el abismo lunar lentamente se llena.
De divino Beethoven...

LUNA MARINA

La luna nueva en lo más hondo
Del horizonte, atarda su descenso;
Y como un resto de agua en el fondo
De un cántaro inmenso,
Sobre la inquieta
Infinitud de abismo y de amarga ola,
Sugiere una enorme sed de profeta
Que en la zarza flagrante se inmola.

En tanto, sobre el espectral velamen,
Una brisa de naufragio,
Pasa imponiéndole repentino vejamen
Con silbos de vagancia y de presagio.
Mas el navío, aunque asaz tétrico,
Todavía tranquilo boga,
Y el oleaje continúa simétrico
Cual un tejado que la vislumbre azoga.

Una brusca ventana
Echa rumores de sarao;
Y en el salino desabrimiento emana
Con intimidad tertuliana
Un cálido soplo de cacao.

Pero el mar abrevia
Aquel grato detalle con nuevo tumbo,
Y en el ignoto rumbo,
La noche vuelve á su majestad previa.
Entonces, sobre los mares arcanos,

Haciendo en el aire el proverbial castillo,
Se evoca el dulce organillo
De los plenilunios ciudadanos.

Roedora conjetura,
Intimamente el espíritu embarga.
Bajo una soledad demasiado larga
Todo el pasado niega la ventura.
Y el corazón marcha con su pena obscura
Como árido camello con su carga.

Con histéricos efluvios,
La maravilla lunar preexiste,
Iluminando cabellos rubios
De longitud anormal, en la onda triste.
Y la música inaudita
Del organillo imposible,
Llora con una sencillez increible
En una desolación de luna infinita.
Como huraño vagabundo que pulsa
Para su insomnio y su perro,
En una vieja guitarra convulsa
Nobles dolores de destierro;
Traspasada de ternuras,
El alma, de los ángeles vecina,
Abre á la inspiración su ala genuina
Para arrancarse lágrimas más puras.
El alegre organillo en la tristeza
Del grave mar, divaga con fútil melodía,
Empalideciendo de luna la tristeza
Que es el fondo cordial de su alegría.
Y mientras con la brisa traba flébil litigio,
Mece el astro en las aguas su ebúrnea trirreme,
Haciendo brotar en pálido prodigio
Las Ciudades del Mar que el nauta teme.

Es como si entre el bullido espumarajo
Que estruja en la estela líquidos pañales,
Viniera el organillo sonando muy abajo

En el teclado obscuro de los hondos cristales.
Y á ratos, en las cuencas abismales,
Repercute claramente un badajo.

Su son anuncia por las fatales trayectorias
Del oblicuo vértigo de avenidas
En que tiemblan las ciudades ilusorias,
La augural campana de las naves perdidas.
La faz urbana, sobre el vago celeste,
No es sino un vertical rigor de perfiles
En fuga hacia el Oeste,
De donde un aura llena de ideas sutiles
Murmura que son las Ciudades de la Peste.

Por eso abren tan solas,
Bajo el novilunio miope,
Sus calles sin más vida que el mudo galope
Con que inflan sus siluetas tumbales las olas.
El aire se pone inerte
En su abierta extensión, sin causa alguna;
Y llena todo el ámbito la blanca muerte
De la luna.
Para que el luminoso desamparo irradie
Con más desolación, se alza la niebla.
Un metafísico y evidente Nadie,
En negativo concepto las puebla.
Sobre el venenoso mar de antimonio,
Su existencia maligna,
No tiene otro testimonio
Que aquel badajo en lugubre consigna.
Y de pronto se nota en el seno
De la noche finamente plateada,
Que en realidad no se ha oído nada,
Ni tañido ni música por el aire sereno.
El organillo, á ratos pueril ó grave,
Fué nada más que un silencio, lleno
De invisibles ojos fijos sobre la nave.

Un silencio con ojos, impávido y ajeno.

EL SOL DE MEDIA NOCHE

En aquel día de oro suave
Que no tiene fin ni comienzo,
Sobre el cielo lavado de azul como un lienzo,
Se destaca la nave.
Serenísima cabalga
Las olas limpias como calderas,
Arrollando oleosas densidades de alga
Que parecen cabelleras
De anegadas lavanderas.
En lóbrega oxidación de cobaltos,
Alza la costa sus austeros basaltos ;
Y á la falda de los montes,
Con sus cimas flagradas de sol, el cielo irradia
Una expansiva claridad de horizontes
En pradiales ternuras de Arcadia.

Bajo pálidos tules
Que disuelven el cénit en turquesa,
La nieve montañesa
Contrasta entre ligeros abedules.

Una gaviota ensancha
El círculo de su vuelo
Sobre la palpitante lancha,
Que diluye su aguda mancha
En una difusión de *fiord* y cielo.

El agua, mar adentro,
En su propia plenitud se aisla,
Y toda la inmensidad tiene por centro
El punto obscuro de la última isla.

Y se desea á la nave buena suerte,
Y en la extensión no hay amenaza alguna,
Cuando, de pronto, se advierte
Que todo aquello pertenece á la luna.
El día es un abuso
Que en el tesoro lunar se ceba;
Y desde el páramo á la gleba,
El oro permanente del sol intruso
Con su brillo insolente nada prueba.
La luna viejecita,
En un vago hielo se derrite,
Quizá soñando un íntimo escondite
Que fuera á la vez templo y ermita.
¡ Pobre luna de estío
Condenada á que bogue
Con mortal desvarío,
Sin poder bañarse en ningún río
O en el habitual mar de azogue!
A la par con sus penas,
Plenilunios inútiles devana,
En la astronómica ventana
Donde sueña sus noches agarenas.

Farol glacial del invierno:
Cuando se paralice toda savia,
Y muera como un tigre el sol eterno,
Y temple el cierzo formidable la gavia,
Y petrifique el boreal infierno
En suplicio de mármol toda la Escandinavia;
Tu ojo de pez antediluviano
Congelará con su influjo maligno
La desolada extensión, en signo
De esplendor soberano.

Sobre rígidos mares
Que formarán tu palestra,
Recordarás sardónica á la nieve siniestra
Las medias noches solares;
Y tu blanca ironía será una obra maestra.

Busca un antro oportuno
Hasta que llegue la solar exequia,
Ó tu dorado panal obsequia
Al oso misántropo en desayuno.
Que su filial blancura concentre
Tu noble prez, y que desde su brezo,
Te trague en lóbrego bostezo
Y hasta el otoño te guarde en el vientre.

LUNA MALIGNA

Con pérfido aparato
De amorosa fatiga,
Luce su oro en la intriga
Y en el ojo del gato.



Poetas, su recato
No pasa de su liga;
Evitad que os consiga
Su fácil celibato.



El dulce Shakspeare canta
Su distinción de infanta;
Mas, cuando su alma aduna



Con Julieta infelice,
Swear not by the moon, dice:
«No juréis por la luna»...

LUNA CIUDADANA

Mientras cruza el tranvía una pobre comarca
De suburbio y de vagas chimeneas,
Desde un rincón punzado por crujidos de barca,
Fulano, en versátil aerostación de ideas,
Alivia su consuetudinario
Itinerario.

Las cosas que ensarta,
Anticipan con clarovidencia,
La errabunda displicencia
De una eventual comida á la carta.
Afuera, el encanto breve
Del crepúsculo, dilata un dulce arcano,
Que abisma el plenilunio temprano
En la luminosa fusión de su nieve.

El truhan de vehículo,
Molesta, bien se vé, con su ferralla,
A un señor de gran talla
Que lee un artículo.
Y ya no hay más persona
Que una muchacha de juventud modesta
Sentada á la parte opuesta:
Lindos ojos, boca fresca. Muy mona.

En elegante atavío,
Realza sus contornos

Un traje verde obscuro, con adornos
Violeta sombrío.
Aligera esa seriedad de otoño
Con gracia sencilla,
Un ampo de gasa que en petulante moño,
Va acariciando la tierna barbilla.

Sugiere devaneos de conquista
La ambigüedad que en su rostro lucha,
Con su intrepidez flacucha
De institutriz ó de florista.
Mas, desconcierta el asedio,
La imperiosa silueta
De su mano enguantada en seis y medio
Con parsimonia coqueta.
Y aquella aristocracia,
Anómala en tal barrio y á tal hora,
Insinúa en el peligro de su gracia
Una angustia embriagadora.

Quizá se llame Leonilda ó Elisa...
Quizá en su persona se hermane,
Un doméstico aroma de melisa
A un mundano soplo de frangipane...
Quizá su figura indecisa
Reserve al amor de algún joven ladino,
En la inocencia de una futura sonrisa
La poesía de un ángel del destino.
Acaso en la muda
Fatalidad de una vulgar tragedia,
Con sensata virtud de clase media,
Cose para una madre viuda.
Quizá...

Y en ese instante de familiar consuelo,
Tras el exacto campanillazo,
La desconocida, leve como un vuelo,
Desciende. ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Un pedazo
De legítimo cielo!

Como un claro témpano se congela
El plenilunio en el ámbito de la calle,
Donde aquel fino talle,
Sugiriendo ternuras de acuarela,
Pone un detalle
De excelente escuela.

La linda criatura,
Descubrió con casta indiferencia,
Para dar su saltito más segura,
Una pierna de infantil largura
Que puso su juventud en evidencia.
Y su cuello grácil,
Y su minucioso paso de doncella,
Bien dicen que no es aquella
Una chica fácil.

***

Muy luego ante su botella
Y su rosbif, el joven pasajero
Se ha puesto á pensar—¡qué bueno!—en una estrella.
Cuando de pronto un organillo callejero
Viene á entristecerle la vida,
Trayéndole en una romanza
El recuerdo de la desconocida.
—¡Ah, por qué no le ofreció una mano comedida!
¿Por qué olvidamos así la buena crianza?

¡Cómo se sentiría de noble en su presencia!
¡Con qué bienestar de hermanos,
Comentarían fielmente sus manos
Una hora mutua de benevolencia!

Y entre divagaciones remotas,
De melancolía y de indolencia,
Por la calle que mide con popular frecuencia

El paso notorio de las cocotas;
Vuelve Fulano á verla, en un estado
De ternura infinita,
Con cierta noble cuita
De novio infortunado.

El café le pone las ideas de luto;
Y le molesta con absurda inquina,
Cierto aire sardónico en el mozo enjuto
Que aguarda su propina.
Pero aun se queda padeciendo largo rato,
Y monda que te monda
Los dientes. Qué diablos, esas comidas de fonda
Son el martirio del celibato.

Para colmo, el organillo, de dónde
Saca, después de su más dulce habanera,
La donna é mobile—una verdadera
Necedad de lindo conde...

El pobre Fulano,
Vuelve á evocar, vagamente poeta,
La suave silueta
De la muchacha del tranvía suburbano.
Dulce academia de luna,
De luna espolvoreada
Al pastel, en una
Ceniza verde, entre verde y dorada.

¡Verdaderamente hay encuentros sin fortuna!

LUNA BOHEMIA

Al reanudar su amoroso convenio
Con la pequeña ingrata
Que fuera por un divino bienio
El perpetuo tema de su sonata,
El joven bohemio tortura su corbata
Con un altanero regocijo de ingenio.
Y ella tiene los clásicos mimos de rubia gata...

La buena estación los junta
Con una lánguida ebriedad de instinto.
Ella tiene la cabeza hecha un laberinto,
El le vé á cada lápiz un soneto en la punta.
Ella es blonda y un poco cejijunta.
El es moreno y se llama Jacinto.

Con regocijo oculto y tierno,
La ha visto abandonar como un pimpollo
En la frescura rosa de su desarrollo,
La grave cachemira que le infligió el invierno.
En aquella suntuosidad bruna,
Fué perla inaccesible á su monopolio
De triste joyero de la luna;
Y á ese aislador contraste de la fortuna,
Aquel amor fué el ganso de su capitolio.

La pobreza, madrastra de esclavos,
Es para el amor mala consejera.
No se ama en verso sino por primavera,

Con una rosa y dos centavos.
El lujo de buena cepa,
Cual la orquídea congénere necesita la estufa ;
Y solamente así no discrepa,
Con su poco de noche, su Borgoña y su trufa.
¡Ah, qué mal lo trató la suerte,
Cuando por más perfidia de celosos venenos,
La vió con angustias de muerte
En el refugio de los brazos ajenos!
Mas las gatas mimosas no saben tener frío,
Y él no poseía por su mal,
Otro bien que la luna, buena sólo en estío,
Pues apenas hay cosa más glacial.
En el insomnio de sus célibes horas,
La soledad curaba, papando de hito,
En la honda castidad del infinito
El azul infantil de sus auroras.
Y decidido á esperar la buena estación
Puso á dieta estoica su corazón.
Pero la ausencia de la amiga dió origen
A la más lacerante envidia,
Al desearla en la pérfida desidia
De esas horas ajenas que tan cruelmente afligen.

Hoy que su sencillez asocia
Con un petulante garbo,
La gracia de la breve toca color ruibarbo
Al popular imperio de la seda de Escocia ;
Vuelve el amor, en magnífico evento,
A hacer del tugurio alcoba regia
Que un encanto fraternal privilegia
Cuando á través del aposento,
La amiga cruza con serenidad de hermana,
Hojeando un cuaderno de música alemana.

Aquel desvencijado limbo,
Vuélvese á su contacto la capilla risueña,
Donde la luna habitual forma el nimbo
De su loca greña.

Y donde, vívido abejorro,
El amor que zumba en torno de sus mieles,
Junta en prudente ahorro
Las migajas de besos que llenan los manteles.

Sobre el fatigado diván de estambre,
Apuran el escaso champaña
En que con locura nada extraña
Gastaron un mes de hambre.
Al empinar su copa,
Con un resto de púdica vergüenza,
La niña su seno arropa
En el oro pluvial de su trenza.
Y por el solariego caballete de adobe,
Asomando con sardónico arte,
Para que más el amor los arrobe,
La luna en la fiesta toma parte.

Las copas vacías hace ya mucho rato,
Brillan cuajadas de joyas lunares,
Luciendo un anacrónico boato
De adamantinos azahares
En aquel tugurio de literato.

Mas, brindando á la luna por la ventana,
Los amantes apuran sus copas secas,
Con inteligentes muecas
De comedia italiana.

Gozando en absurdo extremo
Sus amorosos desatinos,
Beben luna en un éxtasis supremo.

¡ Y sus besos untados de luna, son divinos!

LUNA CAMPESTRE

Infinitamente gimen los ejes broncos
De lejanas carretas en la tarde morosa.
A flor de tierra, entre los negros troncos,
La luna semeja un hongo rosa.
Bajo el bochorno, la hierba seca
Permanece asolada y sumisa ;
Pero ya una ligera brisa
Templa la amarga rabia de la jaqueca.
Da el poético molino
Su compás hidráulico á la paz macilenta ;
Y llena de luna su alma simple como la menta,
A ilusorios pesebres rebuzna un pollino.

El sauce llorón con la noche se integra,
Como un ermitaño intonso,
Que rezara un responso
Sobre el agua negra.
En cada menudo pliegue
De la onda, el plenilunio se estaña,
Al paso que va amortajando la campaña
Su paralizante jalbegue.
Pónense misteriosas las praderas ;
Suenan últimamente las esquilas pueriles ;
Los bosques parecen riberas,
Y mansos ríos los carriles.

Con la blanda brisa, lléganos
De las hijuelas regadías
El cálido perfume de los oréganos.
Y entre humedades sombrías
De veraniegas albahacas,
Una exhalación vegetal de vacas
Olorosas como sandías.

El azul del sencillo cielo agrario,
Promete á la buena voluntad sus alturas.
Pasa todavía un jinete solitario...
Y hay mozas calladas en las puertas obscuras.

A medida que asciende por el cielo tardío,
La luna parece que inciensa
Un sopor mezclado de dulce hastío;
Y el sueño va anulando el albedrío
En una horizontalidad de agua inmensa.
Ligero sueño de los crepúsculos, suave
Como la negra madurez del higo;
Sueño lunar que se goza consigo
Mismo, como en su propia ala duerme el ave.

Cuando uno despierta,
Con el rostro vuelto al cielo ya bien claro,
El plenilunio lo abisma en un desamparo
De alta mar, sin un eco en la noche desierta.
Sobre el disco, la ingenua leyenda se concilia
Al paisaje astronómico en él inscripto,
Haciendo viajar la Sacra Familia
Para un quimérico Egipto.
Y está todo: la Virgen con el niño; al flanco
San José (algunos tienen la fortuna
De ver su vara); y el buen burrito blanco
Trota que trota los campos de la luna.

Adquiere el alma un timbre de pieza argentina
Entre reminiscencias triviales ó burlonas:
Aquella tos anómala... La última becasina...

Un buen tiro El correo... Dos ó tres personas...
Y una ternura paulatina
De suaves Juanas y frescas Petronas.

La luna desde el cénit los campos domina ;
Y el alma se dilata en su portento
Con ritmo uniforme y vago,
Como el agua concéntrica de un lago
En torno de un cisne lento.
Y pasa uno así la noche entera,
Vuelto sobre el vientre desde ha ya largo rato,
Hasta que con lúgubre aparato
El disco se hunde tras la horizontal barrera.
Firme en la quimera
De amor tan insensato,
Mientras haya una vislumbre en la pradera.
Fiel como un gato
A la última brasa casera...

LUNA CREPUSCULAR

La tarde sobre la palpitación marina,
Donde finos lingotes el Ocaso fragua,
Parece aprontarte una divina
Anegación de luz y de agua.
Tu alma ligera como la velutina,
Sobre las leves siluetas
De aquel pálido conjunto,
Anticipa en encanto de lunar asunto
Los habituales *Angelus* violetas.

El jardín, con sus íntimos retiros,
Dará á tu alado ensueño fácil jaula,
Donde la luna te abrirá su aula
Y yo seré tu profesor de suspiros.
El astro, entre los árboles espesos,
Hará á nuestra miseria suntuosa tramoya ;
Y por no desprendernos de tan alta joya,
Nos moriremos de hambre, de poesía y de besos.

Mas, ya la luna con amable trueque,
Por el balcón que en fondos lilas se dilata,
Libra en blanco—naturalmente—su cheque,
Y estamos ya nadando en plata.
Con no sé qué presagio obscuro,
Tu mente en penas vagas se encapricha ;
Y mi amistad ofrece á tu desdicha

Una fidelidad de viejo muro.
En el coqueto cruce
De tu fichú casi estricto,
Para mi amor, como la sombra adicto,
Tibiezas de perla la luna trasluce.
La soledad de nuestra ventura,
Reina sin la impureza de un estorbo,
Y cada beso bebe alma como un sorbo
De agua sensible y obscura.
El espejo, que ansiando la doble certeza
De tu imagen, con ojos insaciables taladro,
Adquiere al llenarse con tu belleza
Una dignidad de noble cuadro.
En su macilento
Baño de luz, tu cuerpo sumerge
Su blanco estremecimiento;
Y yo vigilo cual taciturno conserje
Aquel pálido portento.
Sólo la luna puede tocar con sus destellos
El íntegro alabastro de tu persona,
Cuando desciende sobre tus cabellos
Con una serenidad de corona.

Y para que postergue
Su caricia oportuna
Como un sueño futuro en nuestro albergue,
Tu desnudez será su lámpara, una
Suave lámpara llena de luna.

La aguda sutileza
Con que mi amor deleito
Provocando á tus gracias dulce pleito,
Doblega tristemente tu cabeza.
En el azul ambiguo
Donde la luna su ópalo incrusta,
Asume la hora una serenidad augusta
De crepúsculo antiguo.
Sobre la armonía griega
Del paisaje, que casi nocturno ya reposa,

El crepúsculo mezcla un vaho rosa
A aquel débil oro de luna veraniega.
En la onda cercana,
Pasea un cisne su fineza de duque;
Y parece que por la abierta ventana
La tarde nos meciera como un tranquilo buque.

LUNA DE LAS TRISTEZAS

Sintiendo vagar por su elegante persona
Una desolada intimidad de hastío,
La bella solterona
(Treinta y ocho años, regio porte, un tanto frío
De beldad sajona)
Desde el tocador ya bastante sombrío,
Vé morir un crepúsculo en el río,
Y á su confidente suavidad se abandona.

La hora se purifica, llena de pesadumbre.
Una voz lejana interpela: Pablo!... Pablo!...
Y un trasatlántico, solemne en la vislumbre,
Brama con ronca mansedumbre
Como el buey en el establo.
El muelle desierto ábrese á ignotos emporios;
En algunos cables flotan piezas de ropa;
Y hacia el azul rogado por *Angelus* ilusorios,
El rancho marinero vaporiza su sopa.
Las dársenas, ya opacas de penumbras ligeras,
Se paralizan en lívidas charcas.
Y cubre las riberas
Una taciturna quietud de barcas
Extranjeras...

Con el sosiego artístico
De un cisne que dilata las acuáticas sedas,
Un plenilunio místico

Encanta en blanco lejanas arboledas.
La noble solitaria,
Tiene las penas lógicas de ese cuadro tan propio;
Y su inquietud pasionaria
Asciende como una plegaria
Hacia aquella luna de opio.

Su último amor se ha desvanecido
Bajo el silencio de una dignidad sombría,
En la ilusión de un precoz marido
Algo bachiller todavía.
El trivial jovenzuelo,
Pasó junto á aquella insospechada fortuna,
Como un transeunte pasa mirando al cielo.
Por episodios de estos llora más de una.

Fué aquella noche fatal, noche de luna
También. Un sauce palidecía hoja por hoja
En el jardín. Y en el balcón obscuro,
Vestida de blanco palpitaba su congoja.
El fumaba pausadamente su puro.

Hablaron algo de crónica mundana;
De Lohengrín que tuvo este año un mal reparto;
Del casamiento de Lucía Quintana...
Pero, á las once menos cuarto,
El joven, decididamente inepto,
Murmuró, «señorita...»
Y concluyó su visita
Como siempre. ¡Ah! la eternidad de este concepto!
¡*Siempre!* Y su alma sombría y tierna,
Como humedad volátil se le hiela en la frente.
Con dulzura casi materna,
Evoca el par de ligas que estrenó inútilmente...
Su falda violeta,
Emanaba el perfume inherente;
Y en el jardín, al lado de la habitual glorieta,
Comentaba su languidez secreta
La melancólica frivolidad de la fuente.

Piensa con angustia nimia,
Que ha sido necia su esquivez bisoña;
La pérfida alquimia
De la luna, la emponzoña.
Y mientras en el parque macilento,
Hila la fuente el lírico cristal de su chorro,
Su albo cuerpo asume un mal pensamiento,
Como un lirio que traga un abejorro.

Sin duda el ingrato ronda las escuelas,
Incendiario el ojo, el alma pronta,
Buscando á las insípidas chicuelas
Con su moño en la nuca y su vanidad tonta.
Mas, ante la pureza de su propia amargura,
Su alma abandonando las terrestres querellas,
Se profundiza en lágrimas, como una noche obscura
En estrellas.

El lánguido paisaje,
Le da la certidumbre de la nada.
¡Quién la creyera, en su alto linaje,
Tan sentimental y tan desdichada!

Bajo el dolor exánime que la enerva
Ante la sandez del joven libertino,
—Con una compasiva docilidad de cierva—
Siente que simboliza su destino,
La sonrisa fútil é infinita
De una estampa siglo dieciocho,
Sobre una viejecita
Que roe un bizcocho..

LUNA DE LOS AMORES

Desde el horizonte suburbano,
El plenilunio crepuscular destella
En el desierto comedor, un lejano
Reflejo, que apenas insinúa su huella.
Hay una mesa grande y un anaquel mediano.
Un viejo reloj de espíritu luterano.
Una gota de luna en una botella.
Y sobre el ébano sonoro del piano,
Resalta una clara doncella.

Arrojando al hastío de las cosas iguales
Su palabra bisílaba y abstrusa,
En lento brillo el péndulo, como una larga fusa,
Anota el silencio con tiempos ~~paradojales.~~ inmemoriales

El piano está mudo, con una tecla hundida
Bajo un dedo inerte. El encerado nuevo
Huele á droga desvanecida.
La joven está pensando en la vida.
Por allá dentro, la criada bate un huevo.

Llena ahora de luna y de discreta
Poesía, dijérase que esa joven brilla
En su corola de cambray, fina y sencilla
Como la flor del peral. ¡Pobre Enriqueta!

La familia, en el otro aposento,
Manifiéstame, en tanto, una alarma furtiva,
Por el tenaz aislamiento
De esa primogénita delgada y pensativa.
«No prueba bocado. Antes le gustaba el jamón.»
«Reza mucho y se cree un cero á la izquierda.»
«A veces siente una puntada en el pulmón.»
—Algún amor, quizá, murmura mi cuerda
Opinión...

En la obscuridad, á tientas halla
Mi caricia habitual la cabeza del nene...
Hay una pausa.
«Pero si aquí nadie viene
Fuera de usted,» dice la madre. El padre calla.

El aire huele á fresia; de no sé qué espesuras
Viene, ya anacrónico, el gorjeo de un mirlo
Clarificado por silvestres ternuras.
La niña sigue inmóvil, y ¿por qué no decirlo?
Mi corazón se preña de lágrimas obscuras.

No; es inútil que alimente un dulce engaño;
Pues cuando la regaño
Por su lección de inglés, ó cuando llévola
Al piano con mano benévola,
Su dócil sonrisa nada tiene de extraño.

«Mamá ¿qué toco?» dice con su voz más llana;
«¿*Forget me not*?...» Y lejos de toda idea injusta,
Buenamente añade: «al señor Lugones le gusta.»
Y me mira de frente delante de su hermana.

Sin idea alguna
De lo que pueda causar aquella congoja
—En cuya languidez parece que se deshoja—
Decidimos que tenga mal de luna.
La hermana, una limpia joven de batista,
Nos refiere una cosa que le ha dicho:

A veces querría ser, por capricho,
La larga damisela de un cartel modernista.
Eso es todo lo que ella sabe ; pero eso
Es poca cosa
Para un diagnóstico sentimental. ¡ Escabrosa
Cuestión la de estas almas en trance de beso !
Pues el «mal de luna», como dice más arriba,
No es el sino el dolor de amar, sin ser amada,
Lo indefinible : una Inmaculada
Concepción, de la pena más cruel que se conciba.

La luna, abollada
Como el fondo de una cacerola
Enlozada,
Visiblemente turba á la joven sola.
Al hechizo pálido que le insufla,
Lentamente gira el giratorio banco ;
Y mientras el virginal ruedo blanco
Se crispa sobre el moño rosa de la pantufla,
Rodeando la rodilla con sus manos, unidas
Como dos palomas en un beso embebidas,
Con actitud que consagra
Un ideal quizá algo fotográfico,
La joven tiende su cuello seráfico
En un noble arcaismo de Tanagra.

Conozco esa mirada que ahora
Remonta al ensueño mis humanas miserias.
Es la de algunas veladas dulces y serias
En que un grato silencio de amistad nos mejora.
Una pura mirada,
Suspensa de hito en hito,
Entre su costura inacabada
Y el infinito...

A LA LUNA DE VERANO

Son de tu clientela,
El can necio y fiel,
Y la damisela
Con su damisel.



Deplora un falsete
Tu fiasco de actriz
En el clarinete
De un mozo infeliz.



Tu gran cero ha inscrito
En su proverbial
Cabeza, el chorlito,
Con luz natural;



Guarismo enigmático
Que en fiel comprensión,
El asno lunático
Pone á su ilusión

Una *miss* coqueta
Quisiera volar
En su bicicleta
Con tu rueda impar.



Bandeja del ogro
Que al pobre bebé,
En pérfido logro
Va á comerle un pie.



Flor de *jettatura*,
Carantoña vil,
Tu antigua flacura
Tiene un aire hostil.

—

Sobre la muralla
Te canto mi amor.
Dame tu pantalla
Luna, ¡qué calor!

LA MUERTE DE LA LUNA

En el parque confuso
Que con lánguidas brisas el cielo sahuma,
El ciprés, como un huso,
Devana un ovillo de bruma.
El telar de la luna tiende en plata su urdimbre;
Abandona la rada un lúgubre corsario,
Y después suena un timbre
En el vecindario.

Sobre el horizonte malva
De una mar argentina,
En curva de frente calva
La luna se inclina,
O bien un vago nácar disemina
Como la valva
De una madreperla á flor del agua marina.

Un brillo de lóbrego frasco
Adquiere cada ola,
Y la noche cual enorme peñasco
Va quedándose inmensamente sola.

Forma el tic-tac de un reloj accesorio,
La tela de la vida, cual siniestro pespunte.
Flota en la noche de blancor mortuorio
Una benzoica insipidez de sanatorio,
Y cada transeúnte
Parece una silueta del Purgatorio.

Con emoción prosaica,
Suena lejos, en canto de lúgubre alarde,
Una voz de hombre desgraciado, en que arde
El ~~ardor~~ negro del rom de Jamaica.
Y reina en el espíritu con subconciencia arcaica,
El miedo de lo demasiado tarde.

Tras del horizonte abstracto,
Húndese al fin la luna con lúgubre abandono,
Y las tinieblas palpan como el tacto
De un helado y sombrío mono.
Sobre las lunares huellas,
A un azar de eternidad y desdicha,
Orión juega su ficha
En problemático dominó de estrellas.

El frescor nocturno
Triunfa de tu amoroso empeño,
Y domina tu frente con peso taciturno
El negro racimo del sueño.
En el fugaz desvarío
Con que te embargan soñadas visiones,
Vacilan las constelaciones;
Y en tu sueño formado de aroma y de estío,
Flota un antiguo cansancio
De Bizancio...

Languideciendo en la íntima baranda,
Sin ilusión alguna
Contestas á mi trémula demanda.
Al mismo tiempo que la luna,
Una gran perla se apaga en tu meñique;
Disipa la brisa retardados sonrojos;
Y el cielo como una barca que se va á pique,
Definitivamente naufraga en tus ojos

LA NOVIA IMPOSIBLE

El comandante G. me refirió aquella noche un cuento extraño.

Representaba el comandante un simpático tipo de soldado : ojos bruscamente vivaces, fuertes cejas de amplitud leonina, nariz aguileña de experto consumidor de pólvora, bigote autoritario y ancho resuello. Su palabra sonaba alto, y al hablar, escribía en el aire las frases con ademán vertical, como hacheando. Tenía la rara discreción de no referir su foja ; no dispersaba los datos de su futura biografía. Sin embargo, contaba anécdotas, y sabía darles un interés tan singular, que quien habíale escuchado una, le oía cien sin aburrirse. Forma parte de su colección la siguiente, que no merece el olvido, á mi entender ; razón por la cual me decido á escribirla.

En una de las ciudades donde le tocó estar de guarnición, cuando era capitán, trabó amistad el comandante con un joven de su misma edad, rico y soltero. Espíritu paradógico, en pugna con un carácter irresoluto que al más mínimo contraste se acongojaba hasta la desesperación, aquel amigo fué para nuestro militar una espe-

cie de hermano menor, desilusado y enfermo. Su fuerza lo acogió con paternal apego, su cariño desbordó generosidades para él. Le oyó con simpatía, lo cual equivale á consolar, y en vez de aconsejarle, lo distrajo.

Temía por él y con razón, pues veíalo enfermo. No de mal físico, sino de enfermedad moral. Agotábase en una de esas tenaces melancolías, pobladas de deseos insaciables, que angustian el espíritu con fatales inminencias, con presagios punzantes ; y en sus malas noches, cuando sentía la absorción de la soledad, que para el alma tranquila es refrigerio, había llegado á «oir» sus pensamientos, á manera de una lluvia serena y sombría, que, amplificándose, acababa por convertirse en el informe rumor de la noche aglomerada en torno.

Semejantes crisis preocupaban al militar. Era, sin duda, urgente interesar aquella alma, pues los caracteres del suicida por «cansancio» se definían.

Tal reflexionaba el comandante una noche que discurrían juntos entre los árboles de la quinta solariega. Una paz inmensa caía de los astros. La serenidad nocturna se llenaba de aromas.

El comandante preguntó de pronto :

—Díme, ¿por qué no te enamoras?

Su compañero tuvo un estremecimiento.

—¿Enamorarme? — dijo ; — nunca he comprendido bien el significado de semejante palabra. La mujer ha sido uno de mis caprichos, el

más costoso y amargo. Padezco por culpa suya; mi tristeza es femenina. Lo que primero empezó á cansarme fué el amor. Les he dado mi existencia sin tasa; he exprimido el jugo de todas mis flores—no un jardín, una selva—para formar una píldora de hastío. Cuando estuvo hecha, la tragué, y ahora sufro las consecuencias. Alguna vez he soñado con el amor; he pensado que la comunidad afectiva podría ser algo más que un sueño; y para decírtelo de una vez, he querido amar y... no he podido.

El comandante intentó replicar.

—No, déjame concluir. Tanto peor para ti si te disgusto, pero la culpa es tuya. Yo no puedo querer; es problema resuelto. Estoy condenado al aniquilamiento, pues el único amor posible para mí, sería el amor imposible. Desde niño soñaba con quimeras. Tenía un amigo fantástico, un chico semejante á mí, creado por mí; conversaba con él, nos referíamos nuestros percances, nos disgustábamos á veces. Para objetivar aquella fantasía, figurábame que mi mano izquierda era la suya, y así experimentaba el placer de estrechársela. Un día que me herí en aquella mano, no sentí dolor, pues el herido era el otro. En ocasiones le enfermaba para darme el placer de sufrir por él. Quedábase en casa y yo iba á la escuela. Cuatro horas de padecimiento mortal. «Le encontraré en la puerta»—me decía al volver; y cuando llegaba, resolvía encontrarle en mi cuarto, después en el patio, después sentado junto al último árbol de la quin-

ta, para prolongar en lo posible mi sensación de fraternidad dolorosa. Las primeras turbaciones de la pubertad lo trastornaron todo. Volvíme cruel con mi amigo, lo atormentaba. Un día lo ~~hice morir~~, y desde entonces vivo en la soledad. He visto desaparecer á mis padres, á mis hermanos, sin pena, indiferente, como si se hubiera tratado de seres extraños. Tú, solamente, has conseguido interesarme. Cuando pude querer, las mujeres me devoraron el alma...

—¿Y el ideal?

—No creo en eso.

—¿Y el deber?

—No lo conozco.

—¿Y la belleza?

—La belleza es mujer.

—Entonces, eres pesimista.

—No, porque no soy curioso; solo soy triste.

Dos estrellas muy brillantes miraban desde la inmensidad. Los amigos continuaron paseándose en silencio durante un rato. Al cabo de este tiempo, el militar reanudó el diálogo:

—¡Pero la vida es imposible así!

—No te entristezcas; esa frase vulgar con que tu espíritu se desahoga, me revela un temor. La idea del suicidio ha germinado más de una vez en mi cabeza, pero me he sentido cobarde. Yo sólo sería capaz de morir por alguien: por ti, por la mujer á quien amara... El peligro está para mí en el amor. El amor no es más que un bello prólogo de la muerte.

Callaron de nuevo, y a los pocos minutos separáronse meditabundos.

Algunos días después, el comandante debió salir de la ciudad, por asuntos del servicio.

Pasaron dos años. Durante el primero, la correspondencia se mantuvo. Después, el joven ya no contestó, y hubo en aquella amistad un crepúsculo de silencio.

El comandante regresó á los tres años.

Preguntó por su amigo, y supo que su retraimiento aumentaba, que sus ideas eran más extravagantes y que su misantropía degeneraba en ferocidad. Apenas tuvo alojada su tropa, corrió á verlo. La casa conservaba aquel aspecto de vetustez conventual que tanto le agradaba. Salitrosas manchas carcomían el revoque de la fachada. La quinta echaba por sobre los muros su tórrida exuberancia de bosque. Encontró al amigo en cama, tan sumamente arruinado, que daba pena. Los cabellos, descoloridos, parecían chorrearle por las mejillas. Un continuo tiritamiento lo agitaba. Tenía el cutis lívido, como el vientre de un pescado muerto, las yemas de los dedos arrugadas, las uñas blanduzcas. Al abrazarlo, sintiólo frio y percibió un olor de musgo en su carne. Dos ojeras inmensas mitigaban el brillo de sus ojos, absurdamente luminosos en aquella faz de cadáver.

Hablaron.

—Estás enfermo.

—No, un poco débil y nada más. Sé que estoy

muy cambiado; pero no importa; he mandado quitar todos los espejos.

Era un mal principio de conversación. El comandante giró sobre su frase.

—Fuiste un ingrato; has pasado dos años sin escribirme. ¿Qué ha sido de ti durante todo este tiempo?

El enfermo se incorporó.

—He hecho mal, es cierto; pero cuando sepas la causa, tú, como hombre de mundo, me disculparás. Eres mi único amigo, y debes saberlo. Vas á asombrarte como un chiquillo: ¡tengo una querida!

—¡Una querida!

—Una querida.

—¿Aquí?

—Aquí mismo.

Para disimular su estupefacción, el militar echó una mirada por el aposento. Los muebles polvorosos, los papeles en desorden, no revelaban ciertamente la mano de una mujer.

—En todo caso, no es muy hacendosa tu querida—dijo con tono jovial, decidido á bromear sobre aquel asunto, en el que presentía algo muy serio.

—Ella no entra nunca aquí—replicó el enfermo con voz grave.

—¿Y la amas... completamente?

—No bromees; la amo de veras.

—Si consideras solemne la situación...

—Muy solemne. ¿Quieres oirme?

—Sí, cuenta.

—Fué unas semanas después de nuestra separación, una noche, entre los árboles de la quinta. Tus palabras sobre el amor me habían causado mucho daño. Sentía una inmensa necesidad de amar. La primavera palpitaba en torno mío como una tentación. La sombra estaba salpicada de luciérnagas, la quinta parecía una iglesia, y bajo aquella extraña decoración, vi de pronto, en el estanque, la divina blancura de su cuerpo. Desde ese instante nos amamos, ora en las castidades de la contemplación, ora en los arrebatos de la dicha. Nuestro delirio duró veintinueve noches. El corto mes de la felicidad absoluta.

El comandante consideraba al enfermo sin atreverse á contrariarlo, temiendo provocar alguna crisis si contenía su exaltación. «Está loco, »se decía. El delirio lo consume y avanza á pasos »agigantados hacia el fin.» Al cabo de un momento:

—Conque en el estanque?—preguntó por decir algo.

—En el estanque. Cuando caía la tarde iba á esperarla allí, sumergido en el agua quieta.

—¿Se trata, entonces de una sirena?

—No, de una diosa. Pero escucha : tú no sabes qué deliciosa voluptuosidad se experimenta en aquella frescura. La suavidad de las hierbas acuáticas se pega á los miembros ; hay como una caricia ansiada y larga en esos contactos. La sensación del agua se afina y multiplica. Primero es la muelle densidad del terciopelo, luego la mor-

bidez ligera del raso, el aéreo cosquilleo de la gasa, el suspirante beso del tul. Después, ya no se siente el agua. La transparencia inmóvil se llena de vértigos. El vacío se apodera de uno, lo sumerje, lo dispersa en su deliciosa nada. Sé perfectamente que con eso me estoy matando. Pero es por ella. He sentido el amor, tal como yo lo creía, implacable y terrible. Por espacio de varias noches desciende ella á mis brazos, hasta el alba. ¡ Tres años de dicha así, valen toda mi vida despilfarrada !

Su voz delirante se cortó, suspirando como la de un adolescente en el exceso de su primer amor.

—No te exaltes así ; va á hacerte daño.

—No, no, óyeme todavía. En los primeros días está delgada y pequeña ; parece una niña. A medida que el tiempo transcurre, aumenta su hermosura. Diríase que mi amor la vivifica, que mi sacrificio la embellece. Nuestras noches de abandono son dignas de los serafines. Los viejos árboles palpitan con nosotros ; el firmamento se llena de luz para sonreirnos. Pero semejantes transportes, semejantes delicias, nos aniquilan, nos anonadan ; ella vuelve otra vez á su infancia delgada y pequeña ; yo paso por todos los hielos de la decrepitud. Luego, mi amada y yo desaparecemos. Vamos á restaurar el vigor perdido en los celestiales excesos, para recomenzar el sacrificio, para tener más vida que darnos, para cultivar en las impaciencias de la espera, nueva voluptuosidad y nuevos deleites.

El dolor se mezcla con frecuencia á mi goce, en aquellas horas del estanque, complicando los delirios con una asfixiante y extraña angustia. A eso de la media noche, un frío desgarrador me punza las espaldas ; la médula de mis huesos se congela ; agudos calambres retuercen mis coyunturas ; toda aquella agua me pesa en el hueco del estómago como un bloque de mármol. Las puntadas se generalizan ; es como si estuviera acostado sobre vidrio molido. Siento una ansia espantosa de huir, de revolcarme en el polvo tibio de los canteros, de respirar el aire nocturno con todos los poros de mi cuerpo. Y al contenerme, al afirmarme en mi rigidez, mordiéndome la lengua hasta ensangrentarla para evitar el castañeteo de los dientes, pues ella está entonces dormida sobre mi pecho, experimento una beatitud inefable, saboreo las involuntarias lágrimas de mi desfallecimiento, deseando sufrir más todavía, aproximarme más á la muerte, para amarla más, en proporción de mi tormento...

...Divinamente silenciosa descenderá esta noche al estanque. El cristal líquido, palpitante con los latidos de mi pecho, dispersará en abismantes ondulaciones el oro pálido de sus cabellos. Su desnudez impregnará de blancura el delicado moaré de las aguas. Veré cómo se reclina mansamente sobre mi corazón, cómo me inunda con su belleza ; la beberé en insaciables besos, y envuelto en la húmeda sábana que cobija nuestro amor, esta noche, amigo mío, dentro de una hora más, angelicalmente, ¡ dormiré con la Luna !

TEATRO QUIMERICO

DOS ILUSTRES LUNATICOS

ó

LA DIVERGENCIA UNIVERSAL

DRAMATIS PERSONAE:

H. (desconocido, al parecer escandinavo).
Q. (desconocido, al parecer español).

Andén desierto de una estación de ferrocarril, á las once de la noche. Luna llena al exterior. Silencio completo. Luz roja de semáforo á lo lejos. Bagajes confusamente amontonados por los rincones.

H. es un rubio bajo y lampiño, tirando á obeso, pero singularmente distinguido. Viste un desgarbado traje negro y sus zapatos de charol chillan mucho. Lleva un junco de puño orfebrado que hace jugar vertiginosamente entre los dedos. Fuma cigarrillos turcos que enciende uno sobre otro. Un tic le frunce á cada instante la comisura izquierda del labio y el ojo del mismo lado. Tiene las manos muy blancas; no da tres pasos sin mirarse las uñas. Camina lanzando miradas furtivas á los bagajes. De cuando en cuando vuélvese bruscamente, lanza un chillido de rata á la vacía penumbra, como si hubiese alguien allí; después prosigue su marcha, haciendo un nuevo molinete con el bastón.

Q. gallardea un talante alto y enjuto; una cara aguileña, puro hueso; hay en él algo á la vez de mi-

litar y de universitario. Su traje gris le sienta mal; es casi ridículo, pero no vulgar ni descuidado. Trátase á todas luces de una altiva miseria que se respeta. Este hace el efecto de la reserva leal, tanto como el otro causa una impresión de charlatán sospechoso. Van uno al lado del otro; pero se advierte que no conversan sino para matar el tiempo. Cuando llegue el tren, no tomarán el mismo coche. Tampoco se han visto nunca. *Q.* sabe que su interlocutor se llama *H.* porque al llegar traía en la mano una maleta con esta inicial. *H.* ha visto, por su parte, que el otro tiene su pañuelo marcado con una Q.

ESCENA PRIMERA

H.—Parece que hay huelga general y que el servicio está enteramente interrumpido. No correrá un solo tren durante toda la semana.

Q.—Locura es, entonces, haber venido.

H.—Más locos son los obreros que se declararon en huelga. Los pobres diablos no saben historia. Ignoran que la primera huelga general fué la retirada del pueblo romano al Monte Aventino.

Q.—Los obreros hacen bien en luchar por el triunfo de la justicia. Dos ó tres mil años no son tiempo excesivo para conquistar tanto bien. Hércules llegó al confín de la Tierra, buscando el Jardín de las Hespérides. Una montaña le estorbaba el paso, y poniendo sus manos en dos cerros, la abrió, dando entrada al mar, como se abre, trozándola por los cuernos, la cabeza cocida de un carnero.

H.—Bello lenguaje; pero no ignoráis que Hércules fué un personaje fabuloso.

Q.—Para los espíritus menguados, fué siempre fábula el ideal.

H. (volviéndose bruscamente y saludando con su junquillo la sombra).—No sé si lo decís por mí, pero os advierto que no acostumbro comer carnero con los dedos. Vuestra metáfora me resulta un tanto brusca.

Q.—Aunque no me es desconocido el juego del tenedor en las mesas de los reyes, he gustado con más frecuencia la colación del pobre. Desde la baya del eremita al pan del trabajador, duro é ingrato como la gleba, mi paladar conoce bien el sabor de las Cuaresmas.

H.—Os aseguro que tenéis mal gusto. Por mi parte, compadezco al desdichado, ciertamente. Quiero la igualdad, pero en la higiene, en la cultura y en el bienestar: la igualdad hacia arriba. Mientras ello resulte un imposible, me quedo en mi superioridad. ¿Para qué necesitamos nuevas cruces, si un solo Cristo asumió todas las culpas del género humano?

Q.—Es condición de la virtud indignarse ante la iniquidad, y correr á impedirla ó castigarla, sin reparar en lo que ha de sobrevenir. ¡Pobre de la justicia vilipendiada, si su socorro dependiera de un razonamiento irreprochable ó del desarrollo de un teorema! En cuanto á mí, no deseo ni la igualdad, ni nuevas leyes, ni mejores filosofías. Solamente no puede ver padecer al débil. Mi corazón se subleva y pongo sin tasa al

rescate de su felicidad, mi dolor y mi peligro. Poco importa que esto sea con la ley ó contra la ley. La justicia es, con frecuencia, víctima de las leyes. Tampoco sabría detenerme ante el mismo absurdo. Pero cada monstruo que me abortara en fantasmagoría, cada empresa vana que consumiera mi esfuerzo, fueran á la vez incentivos para empeñarme contra la amarga realidad. ¿Por qué halláis mal que luchen á costa de su hambre estos trabajadores? ¿No es el hambre un precio de ideal como la sangre y como el llanto?

H.—Poseéis una elocuencia prestigiosa que me habría arrebatado á los veinte años, cuando creía en los pájaros y en las doncellas.

Q.—Os estimaría que no dierais alcance despectivo á vuestras palabras sobre las doncellas y los pájaros.

H.—De ningún modo. Los pájaros tienen el mismo paso *(da una corridita ornitológica sobre las puntas de los pies)* que las doncellas; y las doncellas tienen tanto seso como los pájaros. Pero vuelvo á nuestro tema. Los obreros nada lograrán con la violencia. Os advierto, entre paréntesis, que no soy propietario. Los obreros deben conformarse con las leyes: aprovechar sus franquicias, elegir sus diputados, apoderarse del Parlamento, cometer algunas extravagancias para despistar á los ricos, como volverse ministros, por ejemplo, y después apretarles—crac—el tragadero... si es que no prefieren tornarse ricos á su vez. Es un sistema.

Q.—Un sistema abominable. Parecéisme, á la verdad, un tanto socialista.

H.—No lo niego ; pero á mi vez os he notado un poco anarquista.

Q.—No os ocultaré mis preferencias en tal sentido. Amé siempre al paladín ; y no sé por qué anhelo de justicia desatentada, por qué anormal corage de combatir uno solo contra huestes enteras, por qué sombría generosidad de muerte inevitable, en la misma obra de la vida que otros gozarán mejor, sin perjuicio de seguir llamando crimen á la benéfica crueldad)—hallo semejanzas profundas entre los caballeros de la espada y los de la bomba. Los grandes justicieros que asumen en sí mismos el duro lote del porvenir humano, son como esas abejas de otoño que amontonan á golpes de aguijón la comida futura de una prole que no han de ver. Matan para el bien de la vida que sienten germinar en su muerte próxima, arañas y larvas : como quien dice tiranos é inútiles, quizá inocentes, siempre detestables. Ellas carecen, entretanto, de boca ; no pueden gustar siquiera una gota de miel. Sus únicos atributos son el amor y el aguijón. Su obra de porvenir finca en la muerte, que al fin es el único camino de la inmortalidad.

H.—Sois espiritualista?

Q.—En efecto ; y vos?

H.—Materialista. Dejé de creer en el alma, cuando me volví incrédulo del amor. *(Estremécese con violencia).*

Q.—Tenéis frío?

H.—No, precisamente. Es una preocupación absurda, si queréis, y me la causa aquel cofre antiguo. A la ida me parece un elefante y á la vuelta una ballena.

Q.—*(aparte).* Esta frase no me es desconocida *(alto).* Es mi cofre de viaje. Su color y su forma, tienen, en efecto, algo de paquidermo.

H.—Hay cofres escandinavos que parecen cetáceos. *(Vuelve á estremecerse).* Es singular cómo preocupan estas cosas. Estas cosas que uno adquiere en el comercio con los espectros. Notaréis que á veces, cuando voy á pronunciar tal ó cual palabra, el ojo izquierdo se me mete por equivocación debajo de la nariz. Es una curiosa discordancia. El sonido de la *erre* me hace vibrar las uñas. ¿Sabéis por qué chillan tanto mis zapatos?

Q.—No, por cierto.

H.—Es una moda húngara. La he adoptado para acordarme siempre de que debo poner los pies en el mismo medio de las baldosas, sin pisar jamás sus junturas. Manía que tiene, naturalmente, su nombre psicológico.

(Oyese á lo lejos el rebuzno de un asno).

Ah el maldito jumento lunático! Creo que le arrancaría las orejas con gran placer, á pesar de su bondad específica.

Q.—Yo amo á los asnos. Son pacientes y fieles. Su rebuzno distante, en las noches claras, está lleno de poesía. Uno conocí, que por cierto valía el del Evangelio.

H.—Cabalgasteis en asno?

Q.—Oh, no. Quien lo hacía era un criado que tuve. Hombre excelente, pero erizado de adagios como un puerco espín de púas.

H.—Yo nunca tuve [redacted] criado fiel, ni creo que los haya. Criada, sí, hay una ; pero es invisible : la Perfidia.

Q.—Diréis, más bien, fiera abominable.

H.—Perfidia es el nombre de la voluptuosidad que produce el crimen.

(Cogiendo amistosamente el brazo de su interlocutor):

Hablabais de la bomba. La bomba es necia. Pregona su crimen como una mujerzuela borracha. No es así como debe procederse.

Un día descubrís que os han torcido brutal é irremediablemente la vida. Sentís que la sangre se os cuaja de fatalidad, como se escarcha un pantano. No os queda ya más placer posible que la venganza. Ensayad, entonces, la demencia. Es el mejor salvo-conducto. El loco lleva consigo la ausencia. Al desalojarlo la razón, entra á habitarlo el olvido.

(Girando con rapidez y parando en cuarta un golpe imaginario).

No será malo que procuréis hablar con algún espectro. Frecuentad las sesiones espiritistas ; es hermoso y compatible con el materialismo. Os quedará la manía de silbar vivamente cuando vayáis de noche por sitios solitarios, y cierto frío intermitente en la espina dorsal. Pero los espectros dan buenos consejos. Conocen la filosofía de la vida. Hablan como los parientes fallecidos.

Poco á poco os vais sintiendo un tanto contradictorio. Cometeis extravagancias por el placer de cometerlas. Ya habéis visto lo que me pasa. Mis zapatos chillones y mis molinetes, son estúpidos; pero muy agradables. Son también imperativos categóricos; formas de razonar un tanto diversas. Pero el imperio de la razón es tan efectivo en ellas como en la lógica de Aristóteles.

Luego, os entra el fastidio de todo lo que ama y de todo lo que vive. Una individualidad estupenda se desarrolla en vuestro ser. Habéis comenzado rompiendo espejos ó manchando tapices con los pies llenos de lodo. Luego matáis fríamente de un pistoletazo en la oreja á vuestra yegua favorita. Luego queréis algo mejor. Ya estáis á punto. Causáis, entonces, algún mal irreparable á vuestra madre ó á vuestra mujer.

Q.—¡Caballero!

H.—¡Eh, qué diablos! Dejadme concluir. Habéis de saber que yo he amado. Amé á una muchacha rubia y poética; una especie de celestial aguamarina. Dábale por el canto y por la costura; no desdeñaba los deportes; pedaleaba gallardamente en bicicleta. A la verdad, era un tanto insípida, como la perdiz sin escabeche. Pero yo la quería con una pureza tan grande, que me helaba las manos. Gustábame pasar largas horas, recostada la cara en sus rodillas, mirando el horizonte que entonces queda á nivel con nuestras pupilas. Ella doblaba gentilmente la cabeza con una domesticidad de prima que

aun no sabe. Tenía la barbilla imperiosa; los ojos llenos de un azul juvenil é ignorante, cuando se los miraba bien abiertos; pero habitualmente entornábalos soñador desdén. La nariz con un ligerísimo respingo. La boca un tanto grande, pero todavía sin el más ligero desborde de ese carmín virginal que mancha los labios sabedores del amor, como el vino á una copa en que se ha bebido. Eran quizá un poco altos y flacos sus pómulos. Peinábase muy bien, con sólo dos ondas irregulares y flojas de su rubio cabello. Llevaba siempre descubierta la nuca, exagerando su desnudez con una inclinación de lectura. Esta era toda su coquetería. No se distinguía sus senos bajo la blusa. Sus manos y sus pies eran más bien largos. La falda trotteuse dejaba adivinar sus piernas delgadas y altivas de nadadora. Pues la natación constituía su encanto. La natación con peligro de la vida. Prohibiéronsel en vano. Iba al río con pretexto de coger violetas y ortigas para adornar su sombrero de sol.

Dejé de amarla cuando descubrí que pertenecía á la infame raza de las mujeres. No sé bien si murió ó si se metió monja. Para ambas cosas tenía vocación. Adiós, para siempre, novia mía! *(arrojando de un papirotazo su cigarrillo hasta el techo)*. ¿Pero no advertís, caballero, que hablamos un idioma desusado, con pronombres solemnes, como si fuéramos hombres de otros tiempos?...

Q.—No sabría yo hablar de otro modo, bien

que comprenda lo pretérito de este lenguaje; mas, úrgeme refutar vuestros errores respecto de la mujer. Téngola yo por corona de los días laboriosos que uno vive en la inclemencia del destino; sus vestidos son follaje de palmera en toda peregrinación; en toda ardua empresa, su amor es el jardín de la llegada. Si esposa, es fuente tranquila donde os miráis al beber, y cuya agua está eternamente al nivel de vuestra boca. Si doncella, es íntegra llama donde pueden encenderse cuantas otras queráis, sin que por esto se aminore.

También yo amé y amo á una beldad por todo concepto extraordinaria. Baste deciros que un solo aliento de su boca haría florecer en pleno invierno todos los rosales de Trebizonda. Si la mar no tuviera color, entrara ella para bañarse en la mar, y volviérase ésta azul por duplicarse en firmamento para tal estrella. Su alma tiene la claridad del cristal en su pureza; el timbre en su fidelidad; el brillo en su inteligencia; la delicadeza en su sensibilidad; la naturaleza ígnea en su ternura; la apariencia de hielo en su discreción. Y no cristal como quiera, sino vaso veneciano que habría conquistado á fuerza de armas, para un altar, el Emperador de Constantinopla.

H.—Si yo conociera una mujer así, es probable que también amara.

Q.—*(irguiéndose con jactancia.)* ¿Creéis que yo la conozca ó haya conocido? Si la amo, es

porque nunca ojo mortal profanó su increible hermosura.

H.—(sofocando una buchada de risa.) Os felicito, caballero. He ahí un modo de entender el amor, que no estaba en mis libros. Mi filosofía respecto á las tórtolas, es, ahora, la de un gato goloso. Dejarlas volar ó comerlas. *(Mira de pronto al cielo, y notando que la luna está ya visible de aquel lado, hace una mueca desagradable.)* Ahí tenéis á la luna, el astro de los amantes líricos. ¡La luna! ¡Qué inmensa bobería! Cada uno de sus cuartos me produce una jaqueca *(increpándola)*. ¡Eh, imbécil solterona, bolsa de hiel, ripio clásico, ladradero de canes, hostia de botica, cara de feto! *(Apretándose las sienes.)* ¡Uf, qué dolorazo de cabeza!

Q.—Mi alma se llena de poesía con la luna, como el agua de una alberca que fué sombría entre abetos. A ella debo mis más ilustres inspiraciones. Años llevo de contemplarla, siempre propicia á mi amor. Para mí representa la lámpara de la fidelidad.

H.—Hembra es, y como tal, bribona sin remedio.

Q.—(poniéndose muy grave.) Caballero, la luna me filtra en el cerebro fermento de mil hazañas. Vuestros propósitos sobre la mujer, son ciertamente intolerables; y no más que por reduciros á la decisión de las armas, os digo que tomo á la luna por doncella desamparada y que no permitiré á su respecto ninguna insolencia.

H.—(encogiéndose con un tiritamiento enfer-

mizo.) No desconoceréis, caballero, que os he tolerado á mi vez muchas impertinencias. La medida está colmada. La luna es una calabaza vacía y nada más. Sé bien que quien escupe al cielo, cáele la saliva en la cara. Pero tengo la boca llena como un mamón que echa los dientes, y veo allá un cartel que dice : «Es prohibido escupir en el suelo.» (Qué gramática !) Así, pues, oh luna, buena pieza, toma *(escupe hacia la luna)* toma *(escupe nuevamente)* toma *(escupe por tercera vez.)*

Q.—(sacando su tarjeta.)—Mis señas, caballero.

H.—(haciendo lo propio.) —Caballero, las mías.

Q.—(mirando la cartulina con asombro.) El Príncipe Hamlet !

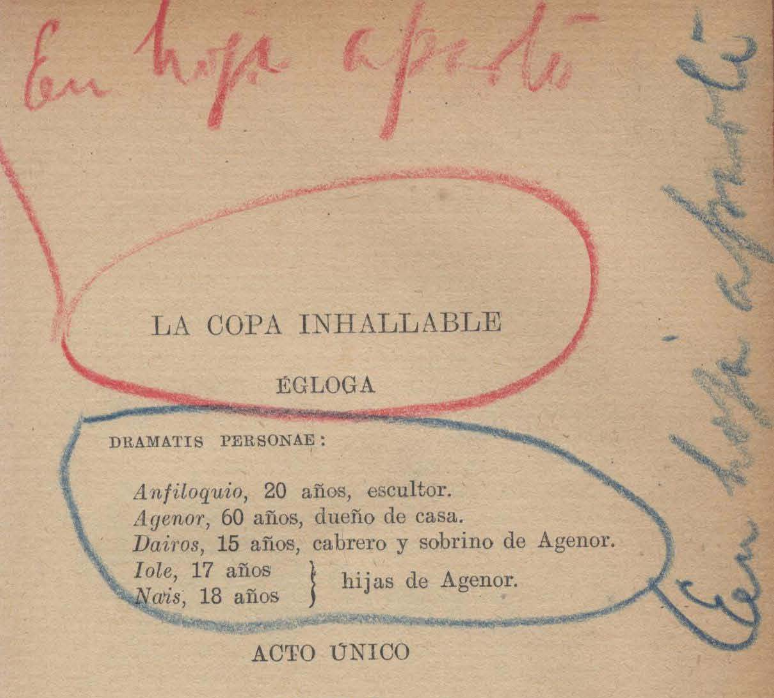
H.—(leyendo con interés.) Alonso Quijano !

ESCENA II

Don Quijote, alzando los ojos hacia su interlocutor, advierte que ha desaparecido.

Hamlet, buscando con una mirada á don Quijote, nota que ya no está.

El lector se da cuenta, á su vez, de que don Quijote y Hamlet han desaparecido.



LA COPA INHALLABLE

ÉGLOGA

DRAMATIS PERSONAE:

Anfiloquio, 20 años, escultor.
Agenor, 60 años, dueño de casa.
Dairos, 15 años, cabrero y sobrino de Agenor.
Iole, 17 años } hijas de Agenor.
Nais, 18 años }

ACTO ÚNICO

ESCENA I

Cabaña griega al pie de un monte, en Arcadia. Siesta declinante. A lo lejos, entre la arboleda, vese rielar el agua de un río. Bajo una higuera que sombrea el patio, Agenor conversa con Anfiloquio, que acaba de llegar, teniendo aún á los pies su zurrón de viaje. Iole y Naís, tejen á la sombra de la choza, bastante lejos. Oyese á ratos en el monte los balidos del rebaño y el son irregular de la esquila.

. . . .

Anfiloquio (señalando la montaña)

La montaña, por cierto, no me es desconocida,
Pues en su otra vertiente casi dejé la vida
Ayer mismo en las garras de un oso.

El nombre de Arcadia proviene de oso: ἄρκος, arkos.

Agenor.— La montaña
En libertad mantiene sus fieras, pues la entraña
De su bosque de pinos, compone un tabernáculo
Donde entre sombra y musgo pronostica un oráculo
De Pan.
Anfiloquio.—
Quizá sus yambos me indiquen un remoto
Modelo, que persigo para cumplir un voto
A Diana ; bien que Diana, con su pudor esquivo,
Menosprecie los tropos del numen pie de chivo.
Pero atiéndeme, oh huésped, ¿los arcanos del numen
Son propicios? ¿Sus méritos en la verdad resumen?
Agenor.—
A veces encapríchase en desigual letargo;
Otras, confunde y traba con un misterio amargo
Lo que habla. Hoy mismo debe cumplirse en mi familia
Uno que, á mil angustias, el misterio concilia.
Anfiloquio.—
¿Un oráculo infausto?
Agenor.— No lo sé bien. Escucha.
El pavor, en mi espíritu, con la esperanza lucha.
Mas, puesto que hoy termina la oracular sentencia,
Los dioses te autorizan á oir mi confidencia.

Hace de esto quince años, que cumplirán mañana.
Al mediar la clepsidra, perdí mi única hermana,
Viuda de seis meses apenas; y una niña
Fué la causa y el fruto de su muerte. Mi viña
No me rindió ese otoño sino una flaca odre,
Y diezmaron mi huerto la sequía y la podre.
Tanta desgracia hizo que acudiera en consulta
Ante el gran Pan ; mas, como no era mi mente oculta
Asegurarme sólo de la huerta ó del vino,
Purifiqué mis labios y pregunté el destino
De la huérfana, el nombre que llevaría y hasta
Un conjuro, si le era la predicción nefasta.
Bien lo valió mi ofrenda de miel y leche gorda.

A mis cuerdas razones la deidad no fué sorda.
Ordenó, en cuanto al nombre, conforme á mi pregunta,

Que se llamase Daira, cual la madre difunta.
Pero que le dijésemos Dairos, y hasta el renuevo
De sus quince años, fuese vestida de mancebo;
Pues era su destino que, en extrañas escenas,
Causara, á los tres lustros, una dicha y dos penas.

(El sol comienza á declinar. Chirrían á lo lejos algunas cigarras).

Con mi honorable esposa cumplimos el engaño.
(A ella una dulce muerte la visitó hace un año)
Mis dos hijas *(señalando á Nais y á Iole)*
entonces en su más tierna infancia,
Han pasado al respecto su vida en la ignorancia,
Viendo y amando á Dairos con corazón ligero.

(Suenan en el monte compases de flauta. Iole y Nais alzan la cabeza para oirlos).

Justamente se escucha su flauta de cabrero.

Sin duda que el oráculo fué eficaz; pues, ahora,
Cuando los cielos abra la venidera aurora,
Daira se verá libre del destino tremendo
Y tornará á sus gracias naturales, habiendo
Cumplido sin sospechas y en paz, su tercer lustro.

(Suena otra vez en el monte la flauta de Dairos. El sol está casi en el horizonte. Iole y Nais, abandonando el telar, se dirigen hacia los interlocutores).

Nais.—
Padre, las abubillas volvieron ya al ligustro.
De sombras violetas se va listando el césped.
Permite que las dulces palabras de tu huésped
Interrumpamos, para recordarte que apenas
Cierra la noche, el soto se puebla de sirenas,
Cuyo horror desampara más el cauce sombrío.

Debemos con las ánforas ir por agua hasta el río.
Un aura propia enciende la leña en la cocina...
Agenor.—
Verdad. Ya su crepúsculo rebuzna la pollina.
Dejan sus amapolas los zánganos. La berza
Y el apio, en la hortaliza, perfuman con más fuerza.
Anfiloquio.—
Más nevado que nunca se estremece el almendro.
Iole.—
Mi rana entre los lirios canta ya...

(Nais pellizca á Iole correccionalmente, obligándola á callar).

Anfiloquio.— Como engendro
De urania espuma, finge la nube, en tibio grumo,
Venus presa en red de oro ligero como el humo.
Es la hora en que con claras hogueras de hojarasca
Se anuncian los rediles. Pan su zampoña masca,
Royendo en los cañutos los abortados besos
De la Siringa lírica ; y con ritmos traviesos
Disciplina los magros faunillos de su prole...

(Suena otra vez la flauta en el monte).

Iole (titubeando hacia la derecha)
Por aquí están las ánforas, Nais.

Nais (dirigiéndose á la izquierda)

Por aquí, Iole.

(Vánse saltando cogidas de la mano).

Anfiloquio (con un vago suspiro y señalando á las jóvenes que desaparecen)

La tarde, como ellas, se ha puesto rubia y muelle.

La voz de Nais.—

Padre, si el viento merma, no ~~te olvides~~ descuides del fuelle.

ESCENA II

Agenor.—
Pan te dará un oráculo propicio.
Anfiloquio.— Mas yo temo
Que á mi ambición no ceda su influjo. Un don supremo
Busco infructuosamente para el voto que anuda
Con lazo inquebrantable mi pubertad aun muda.
Correspondiendo al noble favor de tu secreto,
Te diré con sencillas razones el objeto
Que me extravió por este montañés laberinto.

Mi padre es Molion, rico mercader de Corinto.
Mas yo soy de un talento comercial muy mediocre.
De pequeño, vagaba con un pedazo de ocre
En la mano, cubriendo de adornos y bizarros
Monigotes los muros; ó en eventuales barros
Que un amable alfarero botaba de su torno,
Pulía mis Tanagras, aun indignas del horno.
Y así fué como me hice escultor.
Mi severo
Padre, al saber mi oficio se irritó mucho; pero
Conociendo su culto por los dioses, mi angustia
Conjuró con un voto su grima torva y mustia.
Y fué que no oblaría mi primer sacrificio
De amor, sin haber hecho para el sacro servicio

De Diana, la más bella copa que un cincel griego
Haya hasta hoy esculpido en alabastro.
Luego
Busqué, naturalmente, los temas de mi obra,
Pero todos estaban usados ya de sobra.
El rhytón y el eskifos son vulgares. Yo busco
Algo á la vez distante de lo griego y lo etrusco
Que está de moda. Un tema cuya expresión reúna
La gracia de la virgen al blancor de la luna.

La castidad, en tanto, se me subleva en fiebre.
Como jóvenes potros relinchando al pesebre,
Mis veinte años reclaman su pasto de doncellas.
Veo dulces pupilas temblar en las estrellas.
El aura inicia besos con su lánguido soplo.
En juegos enervantes mis tórtolas acoplo.
Y ante las burdas mozas del lagar ó el cortijo,
En palidez tremante mi vértigo cobijo.
Hasta en el mismo templo, mis pupilas glotonas
Se van tras las augustas piernas de las matronas.
Mas la hora, por fin libre, para mi amor no llega.
Por esto, desertando tan enervante brega,
Me acogí á las campañas, en busca del modelo
Que hasta hoy no pueden darme ni la tierra ni el cielo.
Ola, nube ó collado; nido, redondo fruto,
Denme la única curva para ese cruel tributo
Que me consagra á una árida virtud como un trofeo.
Agenor.—
Pan con exactas voces saciará tu deseo.
A estas cuitas, sus yambos jamás quedaron mudos.
Para el amor, potentes son sus muslos velludos.
Su sardónico labio que la zampoña aguza,
Sonríe á los deseos con juvenil gazuza.
El pelo de mis cabras á él debe su buen lustre.
Y el anual multiplicio no hay miedo que se frustre
Con él.
Mañana haremos las ofrendas rituales.
En mi colmena lloran desde ayer los panales.

(Ambos se dirigen á la casa).

ESCENA III

Un claro de bosque entre juncos, á la orilla del río. En el fondo, á la derecha, una especie de glorieta rústica cuyo fondo no puede verse desde la izquierda. Allá reposan sobre el musgo, al pie de una encina, Nais, Iole, y Dairos entre las dos hermanas. Detrás de ellos, tíñese progresivamente de rosa el cielo de la tarde.
Nais (jugando con un bucle del pastor)

Yo estaba muy inquieta con tu ausencia ; ¡ los lobos
Han cometido este año tantos sangrientos robos !
Tu negligencia, Dairos, es de tal modo incauta,
Que puedes atraerlos con el son de tu flauta.
Apacentar las cabras en el monte es gran riesgo.
Así cuando ya el rayo del sol se pone sesgo,
Y los cabritos balan con infantil porfía,
Empalidece junto con el sol mi alegría,
Al par que con la luna se agranda mi tristeza.
Mi padre no valora, por cierto, tu proeza
Cuando te expone, á mérito de costumbres avaras
Y antiguas ; mas yo tengo para él razones claras,
Y pronto he de pedirle que, por más desahogo,
En vez de pastor, ponga frente al rebaño un dogo,
O que un mancebo tracio para el monte asalarie.

(mirando á Dairos con ternura).

Sólo al pensar que un día, con horrible barbarie,
Puede tronchar un oso tu cuello dulce y blanco,

O encarnizar sus garras sobre tu débil flanco,
A los dioses elevo con lágrimas mis preces.

(besándole apasionadamente).

Mas, tú eres valeroso como Teseo.
Dairos.— A veces
Un repentino espanto me hiela fibra á fibra.
Mi inquietud al amparo de los dioses se libra.
Y cuando entre los riscos me siento más cobarde,
Me abrazo al viejo chivo blanco. La roja tarde
Me causa miedo; entonces, buscando el más sonoro
Ritmo que da mi flauta, toco muy fuerte y lloro.

Iole (estrechándole la mano contra su pecho)

Dairos, cuánta congoja me infunde tu destierro
En el pinar...
Nais.—Sin duda que armando de buen hierro
Tu cayado, y poniendo dobles cueros á tu honda,
No tendrías ya miedo...
Dairos.— Nais, la obscura fronda
Está llena de sacro terror. El viento puebla
De palabras antiguas su pánica tiniebla.
Anuncia graves cosas su temblor cuando es mudo.
Yo antes no la temía, y entre el pinar agudo,
Distraía mis ocios, entablando en sus huecos
Durante horas, el trunco diálogo de los ecos.
Mas, desde que el estío reinó en las muelles lomas,
Y la tierna campiña se acaloró de aromas,
Fuéronme dominando la tristeza y el miedo.
El soplo de la brisa me da, cuanto más quedo,
El pavor inefable de una presencia; y cuando
Llega aquello, mi cuerpo se repliega temblando
En sí mismo, cual si algo de íntimo defendiera.
Y la melancolía me embarga, á la manera
De una inerte delicia que implicase una falta.
Mi corazón, entonces, desordenado salta,

Sofocando en anómalos rubores mi quimera,
Y con alados sueños mi noche se aligera.

Las rojas margaritas me turban como gotas
De sangre. Allá muy lejos, las cabañas remotas
Parece que me ofertan sus domésticas paces.
Pero pronto el respingo de los chivos locuaces,
Viene á turbar mi dulce divagación. ¿Qué influjo
Los vuelve así tan díscolos? ¿Por qué el florido lujo
De la selva, es tan grave, y en las siestas de plomo,
Con tan honda ternura se enronquece el palomo?...

Además, una extraña cosa agrava el misterio:
Buscando á la canícula mi habitual refrigerio,
Di ayer con una fuente cuya náyade interna
Abriga su tesoro de agua en una caverna.
Ya desnudo, apartaba sobre el borde del antro
Las importunas matas de junco y de cilantro,
Cuando vi reflejarse, con desusado goce,
Albo como esos cuarzos que echan chispas al roce,
El reflejo en el agua de mi cuerpo tranquilo.
Y de pronto creíme preso en aquel asilo
Por la ronda de un fauno, que mi terror convulso
Vió venir de la sombra con vencedor impulso.
Dudo que aquella angustia mis palabras expliquen.
Sentí en mi piel su barba lanosa como el líquen;
Su mano ruda y áspera me ardió como una roncha;
Desordenaba el hipo su barriga rechoncha;
Y entre mis apretadas piernas, como una cuña,
Creí que penetraba su rústica pezuña.
Y solamente supe decidirme á la muerte.
Con los ojos cerrados permanecía inerte
Presintiendo el suplicio bestial de aquel asalto.
Pero malgasté en vana ficción mi sobresalto;
Pues cuando en torno mío dirigí la mirada,
Allá no había fauno, ni aparición, ni nada.
La soledad mullía los desiertos caminos
Llena del rumoroso silencio de los pinos.

Y al sentirme seguro, discerní que un encanto
Mezcla de horror y dicha, formaba mi quebranto.

(El cielo empieza á descolorarse en la claridad crepuscular).

Iole.—
Ayer, en la otra orilla, vi un gran rastro bisulco.
Nais.—
Dairos, las actitudes que á tu valor inculco,
No son vanas palabras. Mi amor por ti pregusta
El delicioso imperio de tu mano robusta.
Desde ayer voy tejiéndote, como amante reliquia,
La túnica escarlata de la danza pirriquia
Que los guerreros trazan en ficción de combate.
Con fogoso tumulto por ti mi pecho late
Cuando te miro en sueños, ilustre por la lanza.
La túnica que apronto colmará tu esperanza,
Siendo magnífica entre tus bélicos enseres.

(estrechándose á él, mimosa).

Pero ámame á mí sola!...
Iole (casi llorosa) Nais, qué mala eres!

Dairos (á Nais)

Dame, en vez de la túnica, tu peine de ámbar claro.

Nais (más tierna)

Oh, sí! *(besándolo)* tus labios tienen un deleite tan
[raro!
Y en ellos con tan dulce claudicación me inmolo!

(Quédase como adormida en su hombro).

Iole.—
Dairos, yo nada tengo que ofrecerte. Tan sólo

Mi escudilla pintada, mi cinturón y un broche
De hueso. Pero te amo tanto! Noche tras noche
Paso por ti llorando, sin que ninguna ofensa
Me hayas causado. Es una melancolía inmensa,
En que una madre anhelo, con la cruel certidumbre
De que nadie me quiere ya. Con triste vislumbre
Las estrellas duplican mis lágrimas serenas,
Y hay una sed profunda de sufrir en mis penas.
Cuando, desde los pinos, tu flauta nos invita
Con sus mejores ritmos, á la diaria cita,
La emoción y la angustia me embargan de tal modo,
Que en un gran desamparo se abisma mi ser todo.
Y mis dedos se vuelven de mármol. Tal como esto
Será la muerte...
Pero cuando venimos presto,
Y en tu hombro cae la gravedad pensativa
De mi ternura, entrego mi sencillez cautiva
A tu piedad, y siento como si floreciera
En mi flotante cuerpo toda la primavera.
Mi pobre almita rubia, cae en un beso largo
Como lánguida gota de miel; suave letargo
Me invade con viviente tibieza de plumaje.
Mi seno á ti palpita rico como un lenguaje
Y mártir bajo el hondo latido que lo cava.
Mi tristeza te adora con silencio de esclava.
El tímido suspiro que en la noche te nombra,
Es mi alma. Mi insomne palidez es tu sombra.
Y cuando el mal divino me finge la promesa
De morir en tus brazos, el corazón me pesa,
Maduro ya de lágrimas como un negro racimo.

Dairos (besando á Iole)

También para ti es grande mi amor.

Nais (enderezándose vivamente)

Oh dulce primo!

En tu beso palpita mi alma, frágil burbuja,
Como una mariposa que atraviesa una aguja.
¡Ah! no podré tranquila contemplar nuevamente
Los ósculos de Iole. Sea de ella tu frente;
Mas tu adorable boca la necesito única.

(con la boca muy cerca de la suya).

Quedarás bello y noble como un dios, con mi túnica.

Iole (contemplándolo en éxtasis)

Tomaré para mi alma, por exclusivo reino
Tu frente, y ha de verse con qué gracia te peino.

(El crepúsculo empieza á teñirse vagamente de luna).

Dairos.—
Yo he de corresponderos con dos chotos mellizos...

(movimiento negativo de ambas).

U os labraré á la siesta con gráciles carrizos
Jaulillas de cigarras...

Nais (recogiendo vivamente las mangas de su túnica)

Dairos, toma mis brazos.
Es, dicen, lo más bello que hay en mí. Dulces lazos
Sean para tu esquiva puerilidad, y en suave
Ritmo, mezan tus sueños como la rama al ave.

Iole (recogiendo sus cabellos)

Dairos, toma mi cuello que es toda mi belleza.
Los pastores elogian su virginal nobleza,
Y en él evocan símiles de paloma y de nardo.

Dairos (desabrochándose el jubón)

También yo he de ofreceros lo que de más gallardo
Hay en mí. Dulce prenda que con halago tierno,
Guardo como un anómalo pichoncito de invierno,
En mí mismo...

(abriéndose enteramente el jubón y enseñando su seno de doncella).

¡Miradlo!

Iole y Nais (alejándose espantadas)

¡Ah!...

Dairos (alarmada) ¿Qué os pasa?

Nais (á Iole, muy agitada) ¡Si es una mujer!

Iole.—¡Oh justos dioses!

Dairos (con asombro) ¿Una mujer?...

Nais (maligna) Fortuna
Es que en púdico alarde, tantos candores venza
El lindo primo... ó prima.

Iole (cubriéndose el rostro)

¡Oh, hermana, qué vergüenza!

Nais (tomando á Daira por las muñecas, agresiva)

Mas tu pérfido engaño tendrá ejemplar castigo
En nuestra ira. Infame como fué tu enemigo
Desdén, será la pena, ¡oh hipócrita muchacha!

(Daira se desmaya al pie del árbol, y Nais añade mirándola con desprecio):

Para virgen tan pura, bien honesta es su facha.

(á Iole).

Ayúdame á la justa sentencia de nuestro odio.

(arrastran á Daira para donde hay más luna).

Que este blanco silencio sea espectral custodio
De su castigo, y que esta claridad, por conquista
Suculenta, la exponga como un cebo en la pista.
Hagan las fieras pasto de sus gracias,

(abriéndole bien el jubón).

Primero su jactancia la furia del ataque.
Dense en ella los lobos carnívora reyerta.

Iole (suplicante)

Tengo lástima, hermana, pues parece ya muerta.

Naïs (imperativa)

Vamos, Iole: las ánforas esperan.

(Iole la sigue, volviendo tristemente la cabeza).

ESCENA IV

La luna da de lleno sobre el cuerpo de Daira. Agenor y Anfiloquio entran por la izquierda lentamente, titubeando en la obscuridad.

Agenor.— Anfiloquio,
Tengo graves recelos; absorto en el coloquio

Que esta tarde emprendieron al sol nuestras palabras,
Descuidando el aprisco no advertí que las cabras
Volvieron solas. Temo que el oráculo guarde
Algún triste secreto para esta última tarde.
Nunca demoran tanto Iole y Nais. El triste
Dairos, jamás al yugo de su deber resiste.
Su flauta ha mucho rato que calló en la arboleda.
Anfiloquio.—
Tranquilízate, oh huésped y mi valor remeda.
Agenor.—
Llamemos nuevamente:
(alzando la voz) Iole
Anfiloquio.— Nais!

(Pausa)

Agenor.— La brisa
Dispersa nuestras voces. Vayámonos de prisa
Cada cual por su lado, y el gran Pan nos proteja.
Anfiloquio.—
Con avizora mano, da bocina á tu oreja.

(Agenor intérnase en el bosque. Anfiloquio da unos pasos, y se encuentra bruscamente con Daira, bañada por la luna).

ESCENA V

Anfiloquio (casi en voz baja, entrecortada por la emoción).

La doncella es sin duda. Mas si á ignorarlo llega

Mi ventura, admirando tanta gracia labriega,
Y tanto amor dormido bajo tanta blancura,
La creo retardada ninfa de la espesura.
Así el rayo de Diana con su claror prestigie
Eternamente, la honda palidez de su efigie.
Los sombríos cabellos agobian su cabeza
Con una grave fatalidad de belleza,
Y el sueño de sus párpados flota como una leve
Serenidad de luna sobre un lago. El relieve
De su joven garganta, mis hálitos conturba
Con la maravillosa sugestión de su curva.
Yo que nunca, ante el voto que á mi amor puso freno,
Apacenté mis ojos en el primor de un seno,
Hoy descubro el dominio fatal que en él denuncia
La mujer, y el destino que inspira la renuncia
De mi esperanza, al fruto de mi artístico empeño.
Mas en tales delirios me sumerge el ensueño
Con que esta delicada criatura me inspira,
Que antes de obviar mi voto con la sensual mentira
Cuya mancha ante Diana de perjuro me tilde,
Olvidaré sus gracias, lleno de paz humilde,

(volviéndole la espalda).

Y llamaré al buen viejo que me hospeda en su choza.
Agenor!...

(Daira se incorpora en ese momento, cubriéndose el seno instintivamente con una mano, mientras se pasa la otra por los ojos).

Daira.—Ya la luna los campos alboroza.

Anfiloquio (volviéndose)

Daira, no temas...

Daira (entre confusa y asustada)

...Daira?.. Un extranjero!...

ESCENA VI

(Entra Agenor presuroso).

Agenor (con transporte) ¡ Gloria
Al gran Pan! *(á Daira)* Hija mía, ¡qué espanto!
Anfiloquio.— La victoria
Nos sonríe; *(á Agenor, con interés)*
mas, Iole y Nais?...
Daira (ansiosa) ¿Qué les pasa?
Agenor.—
Hace un rato he oído que lloran en la casa.

ESCENA VII

Cena en la choza. Por la ventana abierta vése el cielo nocturno iluminado por la luna que asciende. En una cabecera, Agenor; en la otra, la silla vacía de la madre muerta. A un lado Naïs y Iole, cabizbajas. Al otro Anfiloquio y Daira vestida ya de mujer.

Daira.—
Mi desmayo provino de ver una culebra
Que hacia mí serpenteaba saliendo de su quiebra.
Agenor.—
Gracias que al verte inmóvil te desdeñó, por cierto.
Si no, quizá á esta hora te contábamos muerto.
Anfiloquio (con intención) ¿Muerto?...

Daira (ruborosa)

Varió mi suerte con transición tan brusca,
Que mi propia evidencia todavía se ofusca.
Mas, tan feliz fué Dairos aquí, que la sobrina
Actual, no guarda ahora bajo de su esclavina
Un corazón más sano ni más alegre.

Anfiloquio (señalando los platos intactos de Nais y de Iole)

El susto
Os quitó, á lo que veo, la palabra y el gusto.

(Iole y Nais sonríen cohibidas).

Agenor (señalando una ánfora)

Nais, escancia de este vino negro; la cuba
A disipar las negras aprensiones coadyuva.

(Nais escancia).

Con los tempranos soles, este año para Agosto,
Veré ya en los lagares sangrar el nuevo mosto.
Hagamos, entretanto, libación á las musas.

(vuelca un poco de vino).

Anfiloquio.—
Siento que mis palabras claudicarán confusas,
Agenor, al hacerte la confesión de un serio
Asunto, á cuya urgencia dió el Amor su misterio.
Pero tu equidad sea favorable á mi duda.
Sabrás que allá en el soto miré á Daira desnuda . . .

(Daira baja la cabeza, avergonzada. Nais y Iole, muy confusas, comienzan á levantar lentamente la mesa).

Pues así estaba cuando me di con ella, al rayo
Lunar, entre el desorden de su leve desmayo.
Aunque fué involuntaria profanación, he visto
Lo que sólo al esposo pertenece. Imprevisto
El caso, con más clara certeza significa
Un mandato imperioso de los dioses. Mi rica
Familia, háme otorgado permiso y testimonio
De contraer, por propia voluntad, matrimonio
Tan pronto como apiade con mi voto á la diosa.
Y así á Daira te pido, ¡oh! Agenor, por esposa.

(Iole deja caer una escudilla que se rompe. Nais se queda como petrificada).

Agenor.—
Eres mozo y no piensas bien. Tu sangre sonora
Te embriaga fácilmente. Daira es una pastora
Formada al desamparo del viento, el sol y el risco.
Anfiloquio.—
Mi alma es tímida oveja que necesita aprisco.
Agenor.—
Debes á Diana un voto que no admite sofisma.
Anfiloquio.—
Daira lleva el secreto de mi voto en sí misma,
Pues la diosa proteje nuestro amor.
Agenor.— Ante Diana
Fuerza es que se doblegue la voluntad humana.

(á Daira).

Y tú, Daira, ¿has oído?
Daira (tímida) Sí...
Agenor.— ¿Consientes?
Daira (más bajo) Sí...
Agenor.— Sea
Entonces, Anfiloquio, conforme con tu idea.
Vana toda firmeza cuando Eros se encapricha.

(á Daira).

El destino se cumple. Ya has causado una dicha.

(Anfiloquio y Daira se besan y quedan mirándose cogidos de las manos. Iole y Nais se abrazan llorando).

Dora mis viejos días tan amable espectáculo.

(señalando con ternura irónica á sus hijas).

He aquí, ciertamente, las penas del oráculo.

(va hacia ellas y acaricia gravemente sus cabezas. Pausa).

Iole, hija mía, el flujo de tus lágrimas corta
Ya. Nais, es preciso que agregues una torta
De miel, especia y vino, para él en tu pan leudo,
Pues los dioses sapientes nos lo traen por deudo.

Anfiloquio (dirigiéndose á la luna, cuyo disco no alcanza todavía la ventana).

¡Oh, diosa, he encontrado molde para mi copa.
El purísimo seno que esta doncella arropa
Entre el lino y la vida de su propio perfume,
La castidad del tuyo con su elegancia asume.
En famoso alabastro, conforme á los preceptos
Del arte, con cinceles que no serán ineptos
Si me das de tu agrado la codiciada muestra,
Refrenando mis besos haré una obra maestra;
Y nuestros cuerpos vírgenes, bajo tu signo fausto
Consumirán su urgente pureza en holocausto.

Nais (tendiendo los brazos á la luna con un gran grito).

¡Oh Diana!...

Iole (sollozando) ¡Oh dulce Daira!
Agenor.— ¡Oh divino consuelo!

(La luna aparece por la ventana y su rayo transparenta á través del peplo los senos de Daira).

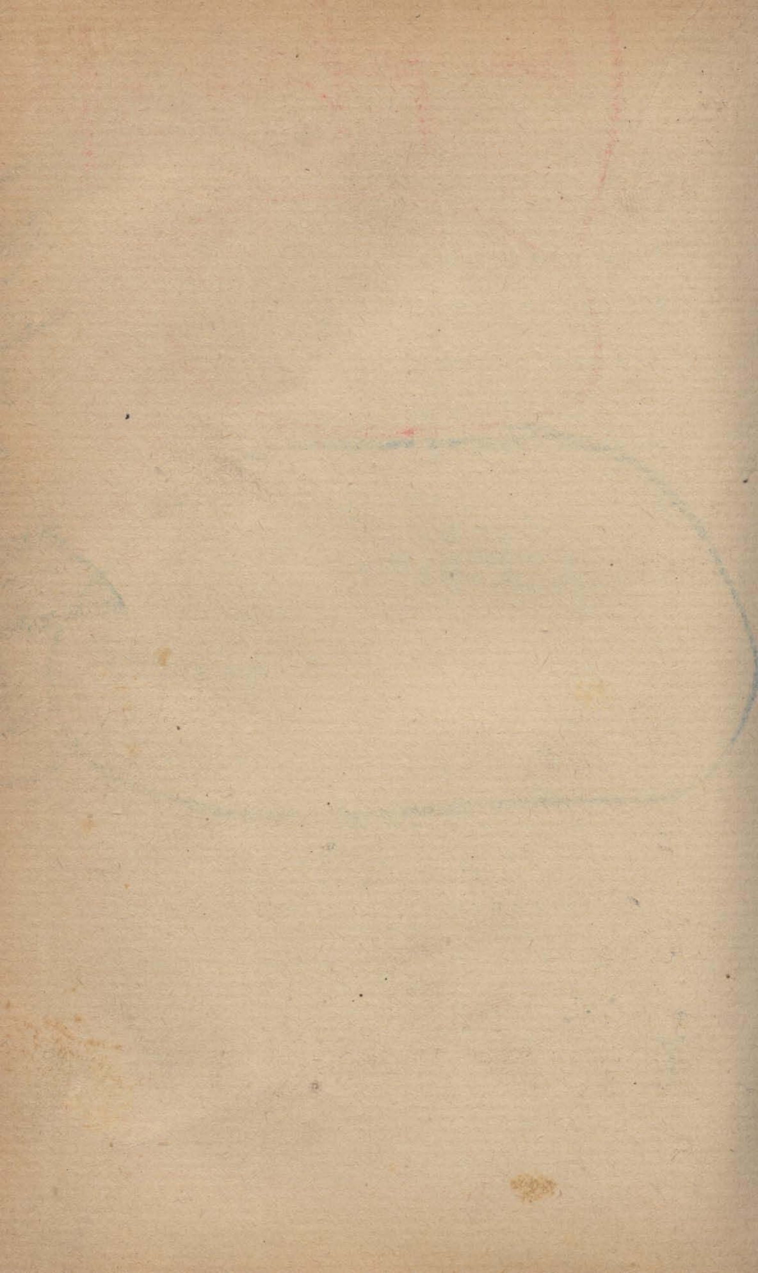
Daira (como inspirada)

¡La diosa me penetra!

Anfiloquio (señalando el pecho de Daira)

Diana acepta el modelo.

FIN



(En página apa

(En página aparte)

EL PIERROT NEGRO

PANTOMIMA

DRAMATIS PERSONÆ

Pierrot.
Colombina.
Arlequín.
Polichinela.
Un alquimista.
La Sílfide.
Ondinas.—Ninfas de la tierra.—Pastores y pastoras.

Cuadro primero.

I

A los fondos de una tintorería, en el crepúsculo. Vagas construcciones de arrabal. Barracas, viviendas de tabla, dos ó tres árboles raquíticos.

Todo ello fundido en la suave tinta violeta de la hora.

En ~~mitad~~ medio del escenario, una ancha abertura que da luz al subsuelo donde están los tachos de la tintorería. Vese el comienzo de una escalera que á ellos conduce, apoyada en el borde de la abertura.

II

Arlequín y Colombina llegan precipitadamente, riéndose de Pierrot, á quien acaban de dejar burlado. Trátase de renovar el traje de Arlequín, avivando la policromía de sus losanges.

Después de una burlesca reminiscencia de Pierrot, que á esa hora llorará furioso el nuevo desvío de Colombina, ésta y Arlequín bajan por la escalera, que retiran previsoramente.

III

Noche casi completa. Pierrot llega titubeando entre la doble confusión del crepúsculo ya ~~torvo~~ turbio y de sus ojos nublados por el llanto. In-

quiere aquí y allá, con desesperación impotente; cuando, de pronto, una carcajada de Colombina lo hace volverse con tan súbita prisa hacia la abertura, que pierde pie y se precipita en ella.

IV

Un viejo portón de tablas da paso, poco después, al tintorero y á Pierrot, completamente negro.

La luna ha asomado por el horizonte, y sus rayos comienzan á iluminar la escena.

Pierrot está desesperado. Se ha caído en un tacho de pintura negra, mientras Colombina y Arlequín huyeron mofándose de su accidente. Su ademán pregunta al tintorero si hay algo que lo destiña.

El tintorero no conoce ninguna substancia; pero reclama el precio de su tinte.

Pierrot le muestra sus bolsillos vacíos, y el otro, irritado, se va, manifestándole que la tinta es indeleble y que será ~~necesario~~ menester desollarlo para quitársela.

V

Polichinela, que buscaba también á Colombina, entra por donde Pierrot vino, dándose con éste de manos á boca.

El desgraciado le pide un consejo. El es grave y rico en experiencia. Su cráneo y su joroba están llenos de sabiduría.

Polichinela, un tanto ebrio, comienza por reirse de él. Pero, ante su insistencia, le expresa que, no existiendo sobre la tierra decolorante alguno, sólo un viaje á la luna, reino de la blancura, corregirá su defecto.

¡Un viaje á la luna! Pierrot, desesperado, implora al astro, mientras Polichinela se mofa de él á su espalda; hasta que, convencido de su impotencia y de su irreparable destino, el triste amante estalla en lágrimas.

Cuadro segundo.

I

En el laboratorio de un alquimista. Larga y sombría sala. El alquimista, sentado ante su hornalla, atiende la consulta de Pierrot. Una estantería llena de *in-folios* polvorientos, matraces y redomas, ocupa la mitad del muro, al fondo. En la otra mitad hay una ventana cerrada. Del techo y de las paredes cuelgan diversos instrumentos. En un rincón, un gran globo terrestre que lleva adheridos por vástagos giratorios de metal, el sol y la luna. Cerca de la estufa, una mesa llena de pergaminos.

II

Pierrot explica su amor, y exhibiendo al sabio un retrato de Colombina, á quien éste encuentra muy linda, le manifiesta que ella no lo querrá mientras se conserve negro.

El alquimista ensaya sobre él diversos decolorantes, sin éxito alguno.

Pierrot solicita entonces el medio de hacer el viaje á la luna, imperio de la blancura ; pero el alquimista expresa que intentará curarle primero por medio de un nuevo amor.

Negativa de Pierrot. Insistencia del sabio. Por último, aquél accede resignado, sentándose tristemente junto á la mesa.

III

El alquimista toma un libro del estante, y un frasco. Lee una fórmula mágica y arroja el contenido de la vasija á la estufa.

Una larga llama ilumina bruscamente la habitación ; el muro del fondo se abre, y en un resplandor verdoso hacen su aparición las ondinas.

Danzan en torno de Pierrot, ofreciéndole los dones acuáticos que las adornan : sartas de corales y de perlas ; nácares, madréporas, pececillos de colores, algas extrañas. Pierrot permanece inmóvil y mudo.

IV

El alquimista toma del estante otro grimorio y otro frasco, repitiendo análogo conjuro. El muro se abre con un trueno sordo, y en un resplandor de oro aparecen las ninfas de la tierra. Danzan en torno de Pierrot, ofreciéndole las galas minerales que las simbolizan. Chorros de metales preciosos y de pedrerías. Pierrot continúa mudo é inmóvil.

V

El alquimista hace una nueva evocación. Combina diversos líquidos, que arroja sobre el fuego, apagándolo. Da después tres golpes sobre un triángulo de cobre cubierto de signos cabalísticos, y una vaga música que tiene algo de brisa susurrante y de melodía, comienza á llenar el silencio. El muro se abre suavemente, y en un leve resplandor azul aparece la Sílfide.

Ella no ofrece á Pierrot, sino su guirnalda

de rosas; pero el desgraciado amante la rechaza cuando, desfallecida en el postrer giro de su danza, va á besarlo, y la dulce aparición cae como una flor bruscamente marchita, al paso que la fantasmagoría se desvanece en repentina obscuridad acompañada por un rumor de terremoto.

VI

Pierrot insiste en su viaje á la luna. El alquimista expresa que costará muy caro. Mas aquél, con un gesto de gran señor, acepta todas las condiciones. Necesitará también para el viaje un telescopio y un espejo, que el alquimista le entrega y que él guarda majestuosamente.

Abre el sabio la ventana, y cubriendo después un papel de fórmulas mágicas, manifiesta que hará descender la luna hasta muy cerca. Una escoba que está apoyada contra el muro se animará, sirviendo de caballo al viajero, y éste no tendrá más que arrojarse al espacio.

A medida que lee sus fórmulas, acompañándolas de signos trazados en el aire con su varita mágica, la luz lunar empieza á penetrar por la ventana con progresivo esplendor.

VII

Pierrot asiste estupefacto á aquel espectáculo. La escoba va animándose con pequeños sobresaltos. La luz se vuelve deslumbradora; y entonces, el alquimista, mostrando á Pierrot la luna, ya muy próxima, le manifiesta que antes de entregarle el talismán cuya posesión le dará el dominio de su caballo mágico, reclama el precio convenido.

El asombro de Pierrot comienza á expresarse en un vasto ademán, cuando, de pronto, suena en la calle la carcajada de Colombina.

Una brusca decisión le asalta al escuchar la risa cruel. Arrebata la vara al alquimista, y ahorcajándose en la escoba, salta sobre la mesa, y desde ésta precipítase por la ventana al dominio de los aires.

Cuadro tercero.

I

En la luna. Paisaje absolutamente árido, de rocas sombrías, entre las que resaltan inmensos cristales. Lavas caprichosas yerguen absurdamente sus bruscas coagulaciones. Una luz, triste en su crudeza, ilumina aquella desolación mineral.

Pierrot aparece caminando lentamente á través de las rocas, con su telescopio en la mano. Está siempre negro. El silencio que reina en el astro muerto le preocupa y atemoriza. Por más que golpea con sus pies, nada oye.

Una enorme tristeza le agobia. De cuando en cuando, dirige á la tierra su telescopio, y un ademán desesperado completa aquella inspección.

Su viaje ha sido inútil. La luna es obscura como la tierra. Hace la comparación levantando del suelo puñados de negro polvo.

Y ya no puede volver. Detrás de un peñasco yace rota la escoba que le condujo. Sus pedazos, que va á buscar en una postrera tentativa, no sirven definitivamente para nada.

De pronto se estremece. La risa de Colombina acaba de llegar á sus oídos. No ; es un sueño, una locura. Mas la risa vuelve á oirse. No ; no ; es absurdo. Pero si es absurdo ! Nada se oye en la luna. Para demostrárselo, ríe con una carcajada muda que acaba en mudo sollozo. Pero la risa de Colombina estalla por tercera vez. Entonces, desesperado, asesta de nuevo su telescopio á la tierra.

Lo que ve lo pone furioso. Mira una vez, y otra, y otra. Su caballo está roto ! Se romperá la cabeza si salta sólo ! Pero aquello es tan horrible, tan horrible ! Y él no puede dejar de mirarlo.

Por último, arroja telescopio y espejo, y sacando de entre sus ropas la varita, describe un pase rápido, échase á correr, lánzase al infinito...

Cuadro cuarto.

I

Fiesta campestre en un bosque. Día primaveral con bellas arboledas y suaves nubes blancas. Nobles señores y lindas señoras vestidos de

pastores, disfrutan del grato paseo, distribuidos en parejas sobre el césped, ó discurriendo por entre los árboles. Polichinela toca un organillo. Arlequín y Colombina danzan un paso lánguidamente amoroso, que atrae á los señores poco á poco.

II

De pronto, las copas de los árboles se apartan con gran ruido, óyese un desgajamiento, y Pierrot, enteramente blanco, cae exánime al pie del árbol. Huyen todos, menos Colombina, cuyo primer movimiento fué cogerse del brazo de Arlequín ; pero cuyo amor ha resucitado bruscamente ante lo que ella cree la muerte de Pierrot.

III

Al arrojarse sobre él, llorando, nota que su corazón palpita todavía. Corre por agua á la fuente, le hace aire con su delantal, lo reanima á caricias y á besos. Pierrot vuelve en sí, reconoce á Colombina, y todos sus rencores, sus pe-

nas, sus aventuras, desaparecen para dejar sitio al coloquio de amor que acto continuo se entabla.

IV

Los fugados van volviendo poco á poco ; mas Pierrot y Colombina se hallan tan abstraídos en su amor, que no lo advierten.

Es necesario que Arlequín se acerque, y tocando en el hombro á Colombina, comience á dirigirle reproches.

Colombina le manifiesta que, habiendo huido cobardemente, no lo quiere ya, y que su amor por Pierrot ha renacido al contemplar su desgracia. Conducta que los presentes aprueban.

V

Pero Polichinela quiere saber cómo ha hecho Pierrot para blanquearse, y Colombina está igualmente ansiosa de ello.

Recuerda Pierrot su viaje á la luna, su desencanto y su celoso arranque.

Al caer, ha pasado por la región de las nubes, cuyas aguas lavaron su negrura, y he aquí todo.

Una de las pastoras pregunta por qué no se blanqueó á la ida.

Pierrot contesta que entonces no había nubes.

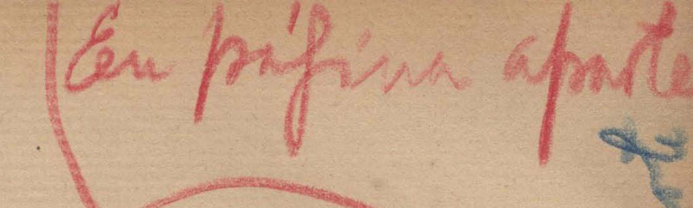
Otra manifiesta su incredulidad de que Pierrot haya estado realmente en la luna, y sus compañeros la apoyan.

Entonces, Pierrot, angustiado, recuerda que se metió al bolsillo, cuando vagaba por los campos lunares, un puñado de guijarros. Es todo lo que tiene por prueba.

Cuando los exhibe, todos comprueban, maravillados, que son diamantes bellísimos. Hay allí una fortuna, y semejante dato convence á los más remisos.

Pierrot entrega á Colombina todas las piedras ; pero ella, con un mohín altivo, las arroja detrás de sí, y mientras los otros se precipitan sobre el tesoro, busca amorosa los labios de Pierrot.

FIN



LOS TRES BESOS

(Cuento de hadas)

DRAMATIS PERSONAE:

Dalinda, 23 años, rubia } hermanos
Jacinto, 26 años }
Reinaldo, 20 años. Amigo de Jacinto y prometido de Dalinda.
Dorotea, 50 años. Nodriza de Dalinda.
Graciana, 16 años, Morena. Pastora, sobrina de Dorotea.
El hada Dily } hermanos gemelos
El duende Frol }
Calisto, 40 años. Caballerizo de Jacinto.

CUADRO PRIMERO

ESCENA I

Un claro de bosque. Frondas á la izquierda. Rocas escarpadas á la derecha. Mañana de claro sol. Dalinda, Jacinto y Reinaldo, acaban de elegir aquel sitio para el almuerzo que terminará su paseo campestre.

Jacinto.—El sitio es alegre y fresco.

Reinaldo.—*(á Dalinda)*

Una perfecta enramada
Pastoril.

Dalinda.— Mucho me agrada
Su carácter pintoresco.
(*voluble*).—Sin duda aquí el aura inquieta
Irá contando á las flores
Loas y cuitas de amores...

(*á Rein. con una venia*)

Como diría un poeta.
En prosa menos ladina,
Nuestro apetito burgués
Saboreará un entremés
De jamón y de gallina...

Reinaldo.—*(galante)*

Cuya autora...

Dalinda.—*(riendo)*

Dorotea
Mi nodriza, lleva en eso
Medio siglo...

Jacinto.—*(cortando la conversación con ligera displicencia).*

Aunque es espeso
El bosquecillo, clarea
Bastante aquí, y tal vez luego
Nos queme un sol imprevisto.

(volviéndose hacia la izquierda, y notando un humo ligero que aparece entre los matorrales).

Parece que ya Calisto
Consiguió arreglar su fuego.
Reinaldo.—Busquemos mejor follaje,
Y así, á Dalinda, la siesta
Le será menos molesta.

Dalinda.—(petulante).

¡Bah! Yo soy una salvaje,
Una gitana. ¿No ve
Que lo revela mi facha?

Jacinto.—(protector).

No eres más que una muchacha...

Reinaldo.—(apasionadamente).

...Genial.

Dalinda.— Gracias. No hay de qué.

(entre irónica y vanidosa)

¿No admiran el alto brío
Que implica entre mis monadas

(recogiéndose ligeramente la falda) .

Venir con medias caladas
A desafiar el rocío?
Al sol, como una jamona
¡Temería? ¡Qué vergüenza!

(á Reinaldo).

¿No dice usted que mi trenza
De oro solar me corona?...

Jacinto.—(irónico).

La frescura matinal
Te ha vuelto poco concisa.

Dalinda.—(vanidosa).

«Gárrula como la brisa»
Me llama otro madrigal.

Jacinto.—¿De Reinaldo?
Dalinda.—*(distraída).* No...

Jacinto.—*(á Reinaldo sentenciosamente).*

¡Pesares
De lo bueno y de lo bello!

Dalinda.—*(coqueta).*

Reinaldo ¿cómo es aquello
Del Cantar de los Cantares,
Que un día ante el facistol,
Tocando su violín
Me dijo usted en latín?...

Reinaldo.—*(tristemente).*

Pulchra ut luna, electa ut sol.

Dalinda.—Aun recuerdo su romanza:

(entonando)

Tra la la ri la..Y su pena...
Reinaldo.—Aquel día fué usted buena...

Dalinda.—*(picaresca).*

No hay que perder la esperanza.
Y entretanto voy á ver

(encaminándose hacia el humo)

Si está el almuerzo predicho.
Jacinto.—Anda, musa del capricho.

Dalinda.—*(juguetona).*

«¡Oh, Inconstancia, eres mujer!»

exit.

ESCENA II

Reinaldo—Jacinto

Reinaldo.—
Mi humillación, más grande que mi pena,
Sus sarcasmos inútiles infiere
A ese maldito amor que me encadena.
Ya lo has visto: Dalinda no me quiere...
Jacinto.—
Aunque á veces absurda y despareja
Te cause mal, su corazón amigo
Late por tí...

Reinaldo.—*(con triste ironía).*

...riendo de mi queja.
Jacinto.—
Pero es tuya, por fin...

Reinaldo.—*(más irónico).*

...juega conmigo.
Jacinto.—
Es con todos así. Congoja ó lloro
Los menosprecia al par su alma insumisa,
Pero al reir, su corazón de oro
Salta á su boca amonedado en risa.
Es coqueta. Quien necio la contemple
Hallará en su altivez ingrato choque.
La ironía es á su alma lo que el temple
A la íntegra excelencia del estoque.

Reinaldo.—

Ebria de adulación, goza mi oprobio
Como la golosina de un banquete;
Y no sé entre su *diábolo* y su novio
Cual prefiriera al fin... como juguete.

Jacinto.—

Es prenda de conquista; nunca sierva.
Rendirse, no entregarse, es su destino.
Pero su rubio orgullo te reserva
La generosidad de un noble vino.
Ambicionara en su novela rosa
De doncella, por héroe más apto,
El paladín que á una instantánea esposa
Con dulce iniquidad impone el rapto.
Celebro en su crueldad, en su ironía,
La virtud de mi sangre. Su lozana
Juventud, ya lo ves, es mi poesía...

Reinaldo.—

Sí, buen Jacinto, adoras á tu hermana.
Y es adorable. Bien lo corrobora
Esta debilidad que en mí persiste.
Comprendo su ironía seductora,
Su gracia cruel... Pero el amor es triste.
En el querer se pierde la palabra,
Ebrio de corazón. La dulce amiga
A la cual nuestro amor el pecho labra,
Mejor es que lo llore y no lo diga.
Su palidez acógese á tu imperio
Inmensa de ojos, en caricia muda,
Y tiembla un poco ante el pueril misterio
De sentirte mirar su alma desnuda.
Tan noble plenitud tiene por precio
Lágrimas que no son sino divinas,
Y en tu éxtasis de amor te pones necio
Como la luna, pero te iluminas.
El dolor ennoblece lo que ama
Como la palidez al ojo obscuro.
Todo puede reirlo el epigrama;
Pero en amor, sólo el llorado es puro.

Si no sabes llorar con el encanto
De una tarde cordial en que la esquila,
De su cáliz inverso, un suave llanto
En melodiosas lágrimas destila;
Si ignoras los deliquios sobrehumanos
Con que se sufre el magnetismo inerte
De irse infundiendo el alma por las manos
En una intimidad de amor y muerte;
Gozará tu jovial galantería
En un jardín de besos, cuanto existe
De pasión, mas no sabes todavía
Lo que es amor, porque el amor es triste.

Jacinto.—
Argumentos de artista...

Reinaldo.—
Amarga y dura
Realidad... Pero escúchame y tú mismo
Discernirás la triste conjetura,
O, mejor, realidad en que me abismo:
La otra noche, rendido ante su reja
Como un amante en clásico infortunio,
Dejé irse una vez más mi pena vieja
Al lirismo triunfal del plenilunio.
Ella, de codos en la fiel baranda,
Con signo vago que tomé por rico
Lenguaje, discernía á mi demanda
El *sí* de su pañuelo y su abanico.
Trivialidad divina que era acaso
La inicial confusión de su alma pura,
Idealizada al fin en un fracaso
De vanagloria y de literatura.
Languideció de luna su cabeza;
Suspiró vagamente á lo lejano;
Y al fundirse en la mía su tristeza,
Se le cayó el pañuelo de la mano.
Recogíalo ya con la premura
De estamparle mi beso más ardiente,

Cuando en un sobresalto de amargura,
Noté que estaba liso enteramente.
La angustia del amor se estampa, amigo,
En esa prenda, y defraudó tu anhelo,
La que pudo charlar de amor contigo
Sin haber arrugado su pañuelo.

Jacinto.—
Nos ponemos solemnes, y no ignoras
Que si Dalinda vuelve en este instante,
Comentarán sus risas más sonoras
Mi faz de rodrigón y tu semblante.
Oculta tu tristeza; te aconsejo
Que en breve decisión le digas todo.
Sé bravo y ágil; mírate en su espejo.
Nadie ha de conquistarla de otro modo.
Y mientras tanto, como el fresco invita
A emprender un paseo aperitivo,
Me marcharé al evento de una ermita
En misión de filósofo pasivo.
No iré lejos; y que te sea grato
El decisivo arranque de tu esfuerzo.

Reinaldo.—
Descuida.

Jacinto.—
Da tres toques de silbato
Cuando llegue la hora del almuerzo.

exit.

ESCENA III

Reinaldo—Dalinda

Dalinda.—¿Y Jacinto?
Reinaldo.— Acaba ahora
De irse á pasear un momento.

Dalinda.—Hay un acontecimiento
En el pic-nic; á deshora
Calisto advierte que el vino
Se quedó olvidado en casa.
¡Véase cómo fracasa
Nuestra dicha ante el destino!
Reinaldo.—¡Siempre así! Pero aquí debe
De haber, por aquí muy cerca

(indagando).

Una vertiente ó alberca...
Y el agua también se bebe.
Ya recuerdo con certeza

(señala las rocas)

Donde mismo está situada.

Dalinda.—*(grave).*

Pero es el agua embrujada
Que produce la tristeza.
Reinaldo.—¿Supersticiosa?...
Dalinda.— Un poquito;
Y luego, en casero afán,
He cambiado ya de plan
Ante el suceso fortuito.
A la entrada de la aldea,
Por cierto muy oportunos
En la ocasión, viven unos
Parientes de Dorotea.
Hoy día, no sé á qué cosa,
Han debido irse algo lejos
Casualmente. Son dos viejos
Y una chica muy donosa,
A quien acompaña mi
Nodriza, pues quedó á cargo
De la casa; es menos largo

Irnos á almorzar allí.
El buen Calisto asegura
Que de allí, por un atajo,
Nos llevará sin trabajo
El vino de su aventura.
Se fué ya; su mal papel
Le ha dejado medio loco.
Anda así... Creo que un poco
Enamorado...

Reinaldo.—(dolorido y sarcástico).

¡Ay de él!

Dalinda.—(picaresca).

¿Señor poeta?... Certero
Es usted como una bala
En el corazón.

Reinaldo.— ¡Qué mala,

(cogiéndole la mano).

Que mala, y cómo la quiero!

Dalinda.—(recitando con malicia, aunque ligeramente turbada).

Mire... que... la «dulce... amiga,»
Tiene... quejas... de su... afecto
También...

(levantándose con repentina volubilidad).

Reinaldo: ¡un proyecto!

(golpeando las manos).

Diga que sí, diga, diga.

Reinaldo.—(desilusado).

Sí... si quiere...
Dalinda.— Bueno: yo,
Me escondo y usted me busca...

Reinaldo.—(irónico).

¿Un *sport* de ninfa etrusca?...

Dalinda.—(haciendo ademán de correr).

¡A que no me halla!... ¡A que no!...
Pongamos el aliciente
De alguna apuesta común:

Reinaldo.—(decidiéndose).

Su pañuelo, contra un...

Dalinda.—(echando á correr).

...Soneto, naturalmente.
exeunt.

Pausa.—(Oyese á lo lejos el trunco aire pastoril de una zampoña.)

ESCENA IV

Dalinda que regresa por la derecha sujetándose de una supuesta carrera para despistar á Reinaldo. Luego Jacinto y Calisto.

Dalinda.—(acalorada).

¡ Qué sed...
(reparando en la fuente) Ah... la fuente.

(Dirígese hacia ella; pero al llegar al borde hace un ligero movimiento de sorpresa y se queda pensativa, mirándola, con las manos enclavijadas. Poco á poco se arrodilla para ver mejor.)

Jacinto.—(Entra lentamente, y reparando en Dalinda arrodillada, hace una mueca de inteligencia consigo mismo; pónese de puntillas y se acerca para cosquillearle la oreja con una paja que trae en la mano; pero al mirar por encima de su hombro, queda extasiado á su vez durante un rato. El aire de la zampoña vuelve á oirse más dulce y más lejano.)

Calisto.—(Llega presuroso, trepa las peñas en dos saltos, y dice bruscamente, deteniéndose ante los hermanos):

ESCENA V

Dichos y Calisto

¡ Ya
Está el vino!

(Dalinda arroja un ligero grito).

Jacinto.—(como despertando colérico).

¡Imbécil!

Dalinda.—(azorada). ¡Vete!
Calisto.—Pero si yo... En un paquete...
Dal. y Jac.—¡Sal de aquí!

Calisto.—(alejándose á zancadas y con un ademán de desesperación).

...¡Un paquete!... Allá...
Un paquete... Un paque...

Dalinda.—(siguiéndole con mirada rencorosa).

¡Idiota!
(*exit* Calisto.)

ESCENA VI

Jacinto, Dalinda

Pausa.—(Oyese el último compás de la zampoña. Dalinda, cabizbaja, traza figuras en el suelo con su sombrilla. Jacinto se muerde el bigote, distraído. Después poniendo paternalmente una mano sobre la cabeza de Dalinda:)

Jacinto.—¿Qué tienes Dalinda?
Dalinda.—(evasiva). Nada...

Jacinto.—(con cierta inquietud).

¿Bebiste el agua encantada?
Dalinda.—No; no he probado una gota.

Jacinto.—(suspirando con alivio).

¡Más vale así!

Dalinda.—(cortando la conversación).

Tu admirable
Calisto, siempre en sus trece
Olvidó el vino...
Jacinto.— Merece,
Por cierto, un collar de cable.

Dalinda.—(impaciente).

Pero tú, siempre de broma,
Fomentas al haragán...

Jacinto.—(entre burlón y sentimental, haciendo que escucha).

Oye con qué tierno afán
Gime por tí esa paloma.
Dalinda.—¡Qué cargoso!...
Jacinto.— ¿Es mala idea?
Dalinda.—Viendo que la hora se pasa,
Envié el almuerzo á la casa
Del primo de Dorotea.
Es un poco cuesta arriba,
Bien que más corto.
Jacinto.— Lo acato.
Pero, ¿y tu novio?

(la voz de Calisto saliendo de un matorral):

Hace un rato
Yo lo encontré que ya iba.
Dalinda.—¡Qué rabia Jacinto! ¡Escapa
Después de espiarnos!

Jacinto.—(dirigiéndose airado al sitio de donde salió la voz).

Gandul !

(óyese entre los matorrales el ruido de la fuga de Calisto).

Dalinda.—(sentenciosa).

Ves ?
Jacinto.— Se trata de un baúl
Que tiene floja la chapa.
Dalinda.—Y has de saber que se inclina
Con ridículos amaños,
A un pimpollo de quince años :
A Graciana, la sobrina
De Dorotea. Qué tal ?

Jacinto.—(sentencioso).

Que debes tratar mejor
Los infortunios de amor
Pues que eres novia...

Dalinda.—(con fastidio é ironía).

Oficial !

Jacinto.—(aproximándose con disimulo á la fuente).

Y Reinaldo ? Hubo ya heridas ?
Dudas ? Querellas mortales ?...

Dalinda.—(siguiéndolo).

Lo extravié en los matorrales
Jugando á las escondidas.

(miran un momento á la fuente pensativos).

Jacinto.—Viste algo en la fuente? Una
Leyenda, dice que quien
Bebe en ella, pierde el bien
De la dicha.
Dalinda.— Tu oportuna
Llegada de hace un momento,
Me sirvió, quizá, de amparo.
Lo que descubrí es tan raro,
Que ya me parece cuento.
Figúrate que en el fondo
Vi transformarse, indecisa,
Mi cara, con la sonrisa
De un niño extático y blondo.
Luego desaparecí,
Viniéndome á suceder
Aquel adorable ser
Que se formara de mí.
Y en fulminante martirio,
Mezcla de dolor y miedo,
Comprendí que ya no puedo
Querer sino este delirio.
Sin duda es este el horror
De la leyenda paisana...

(mimosa y entristecida)

Hermano, su pobre hermana,
Puede morirse de amor.
Siento una tristeza en mí
Tan dulce! Mas, quien creyera
Que tal disparate fuera
Verdad que se amara así?
Mi ilusión será un abismo
De soledad desdichada...
Jacinto.—Salvo en lo de ser un hada
El duende, yo vi lo mismo.
Dalinda.—Un hada?
Jacinto.— Un hada de esquivo
Semblante, cuya belleza

Me dió también la certeza
Del amor definitivo.

Dalinda.—Pero qué dices, por Dios?

Jacinto.—Mi... quimera, mi locura...
Creo, pobre criatura,
Que estamos locos los dos.

Dalinda.—*(ansiosa y risueña).*

Pero ahora ¿ves la cara
En la fuente, hermano loco?

Jacinto.—No. Y tú la ves?

Dalinda.—*(tristemente).* Yo, tampoco...
El agua está yerta y clara.

Jacinto.—Yo creo que el amor quiso,
Tal vez en justa sentencia,
Castigar nuestra inclemencia
Con la pena de Narciso...

Dalinda.—Oh, no; mi amor es sincero
No capricho ó desvarío;
Lo que yo quiero no es mío
Y he aquí por qué lo quiero.

Jacinto.—*(encaminándose hacia el fondo con Dalinda).*

Ocultemos este mal
Que avergüenza y tiraniza.
Que ignore hasta tu nodriza
Nuestro chasco fraternal.
Hadas, duendes!... ¡Bufonadas
De una ilusión irrisoria!

Dalinda.—*(dulcemente).*

Pero ¿acaso toda historia
De amor, no es un cuento de hadas?

Telón

CUADRO SEGUNDO

ESCENA I

Junto á la cabaña. Instrumentos de labor esparcidos. Perspectiva rural. Dos árboles frondosos un poco detrás de la casa. Reinaldo y Graciana, que vienen llegando por la izquierda, detiénense bajo el que está más inmediato al bosque.

Graciana.—(coqueta y ruborosa).

Ah, sí.... Muy sincero!... Sí...
Y su novia qué dirá?...

(cuelga del árbol su zampoña)

Reinaldo.—(tierno).

Cuando me vaya de acá
Se acordará algo de mí?

Graciana.—(evasiva).

No sé... quizá...
Reinaldo.— Ya ha de ver

(intentando cogerle una mano).

La crueldad con que me hiere.
Quiérame un poquito quiere?
Graciana.—Por qué le he de aborrecer?

Pausa.—(Reinaldo mira vagamente los árboles, suspirando. Graciana, más cohibida cada vez, roe lentamente un pétalo.)

Reinaldo.—(cogiendo un dedo de Graciana).

Y esta sortija? *(malicioso)*. Seguro
Que...

Graciana.—(más confusa). Qué señor?
Reinaldo.— [redacted]. Sí lo sé:
Se la dió un buen mozo, eh?...

Graciana.—(vivamente y alzando los ojos con ingenuidad). Oh, no, señor; se lo juro.

(Pausa).

Reinaldo.—(amoroso).

¿Cierto, no me va á olvidar?
Yo la adoro locamente.

Graciana.—(cubriéndose el rostro con el delantal y estallando en lágrimas).

Señor, mi madre está ausente...
Por qué me quiere engañar?

(Calisto, que llega en ese instante, advierte la escena y se escurre disimulándose con astuto rencor hasta quedar oculto al lado opuesto de la casa.)

ESCENA II

Dichos y Calisto

Reinaldo.—(solícito).

Perdone si fué un desliz;
Yo quiero que se recobre.

Graciana.—(sollozando).

Es claro, soy una pobre...
Tengo que ser infeliz.

Reinaldo.—(enternecido y suplicante).

No llore... Me voy... Quizás
Por última vez me mira.

Graciana.—(descubriéndose un poco el rostro para mirar á Reinaldo)

Sí; como todo es mentira,
Ya no quiere verme más.

Reinaldo.—(apasionado).

Yo la adoraré, Graciana,
Por mi único ángel desde hoy.

Calisto.—(poniéndose de un salto frente á la puerta de la cabaña y gritando con voz furiosa).

¡Doña Dorotea!...

ESCENA III

Dichos y Dorotea que aparece calada la cofia, con los brazos desnudos y llenos de harina.

Dorotea.— ¡Voy!

(Detiénese un instante y luego avanza hacia Reinaldo y Graciana con aire desconfiado. Calisto, maligno, síguela á cierta distancia).

Reinaldo.—*(avanza hacia la nodriza con afectada serenidad).*

Dorotea, esta mañana
Buscaba yo la vivienda
Con la más torpe rutina,
Cuando encontré á su sobrina
Que me condujo á la senda.
Sin su ayuda, con certeza
Doy la pifia más bisoña.

(por Graciana)

Toca muy bien la zampoña...

(disimulando su llanto reciente)

Graciana.—¡Ay, qué dolor de cabeza!
Dorotea.—¡Se conoce! El tal encuentro

(entre maliciosa y compasiva)

Te preocupó en demasía
Y el sol te ardió.

Reinaldo.— Eso decía
Yo...
Graciana.— ¡Qué dolor!
Dorotea.— Vete adentro
A dormir.

ESCENA IV

Dichos, menos Graciana

(á Reinaldo).

Una loción
De vinagre bastará,
Si usted... Ya me entiende... ya ..
Sería una mala acción.
Reinaldo.—¡Dorotea!
Dorotea.— Es una chica
Rural, y en usted, señor,
¿Verdad que un honrado amor
De esta suerte no se explica?
No se enfade si por ella
Tengo que salirle al paso.
Pues su novia ¿no es, acaso,
Mucho más fina y más bella?
Calisto.—*(husmeando).* Huele á pringue.
Dorotea.—¡Mi cebolla
Que se quema!

(entra corriendo en la cabaña)

ESCENA V

Calisto y Reinaldo

Calisto.—(*á Dorotea con sorna*). ¡Mil afectos
A esa jaqueca! (*á Reinaldo; insolente*).
¿Proyectos
Con las mujeres?... ¡Bambolla!
Reinaldo.—Eh, gran Calisto, un consejo:
Guarda tu solicitud
Si con perfecta salud
Deseas llegar á viejo.
Calisto.—Yo sé también mi arrumaco
Para que la señorita
No se entere de la cita...

Reinaldo.—(*avanzando colérico*).

¡Cómo, insolente bellaco!

ESCENA VI

Jacinto y Dalinda, cogidos de la mano, aparecen por la derecha con aspecto triste, avanzando hacia Reinaldo. Calisto, al verlos, se mete á grandes pasos en el bosque, sin decir una palabra.

Dalinda.—¡Otra escena del truhán!
Al fin va á darme un ataque.

Jacinto.—Sí, se ha vuelto un badulaque.
Reinaldo.—Pero que mustios están!
Dalinda.—La fatiga!... *(sentándose con lentitud en un raigón).*

Jacinto.— La maraña,
La siesta que se avecina...
Reinaldo—Dorotea y la sobrina
Están ahí, en la cabaña.
Dalinda.—Encuéntrase junto á mí
La zampoña de la bella;

(á Jacinto)

Y debe de ser aquella
Que oímos...

Jacinto.—*(cogiendo del brazo á Reinaldo).*

Ven por aquí
Reinaldo.
Reinaldo.— A qué?
Jacinto.— La nodriza
Cuando vengo aquí, me inmola
Por primicia, la escarola
Más fresca de la hortaliza.
Y para mayor contento
La he de cortar con mis manos.

Dalinda.—*(viéndolos alejarse).*

Maravilla de hortelanos
Con tal plan!

ESCENA VII

Dalinda á Calisto que llega de puntillas, causando un ligero sobresalto á la joven.

Calisto.— Oiga un momento
Niña...
Dalinda.— Quítate
Calisto.— ¿Qué gana
Con no oir?
Dalinda.— ¡Quita te digo!
Calisto.—Es que yo he sido testigo
De una cita entre Graciana
Y...
Dalinda.— ¿Reinaldo?
Calisto.—*(vivamente)*. ¡Eso, eso es!
¡Un enredo, un deshonor!
Dalinda.—Sí, sí, una escena de amor
Que te hacía rabiar.
Calisto.—*(mohino)*. Pues...
Dalinda.—El le dió un beso; ella...
Calisto.— No;
Era algo grave: el muy ducho
Hablaba. Ella lloró mucho...
Dalinda.—¡Pobres chicos!
Calisto.—*(asombrado)*. ¿Pobres?
Dalinda.—*(fríamente severa)*. Yo
Tengo la seguridad
De que en su torpe relato,
Usted, señor don Pazguato,
Me miente con la verdad.

Calisto.—*(atontado)*.

¿Pero, y sus lágrimas? Toda

Chica que llora, confiesa
Alguna falta.
Dalinda.— ¿Y con esa
Moral, vas tirando á boda?
¿Esas son las gallardías
De tu amante corazón?
(imperiosa) Llama á Graciana.

Calisto.—*(echando á correr hacia la cabaña).*

Perdón!

ESCENA VIII

Dalinda y Graciana; después Calisto

Graciana.—*(cortada).*

Señorita, buenos días.
Dalinda.—Buen día Graciana. ¿Tienes
Algo? ¡Te noto cambiada!
Graciana.—Tuve ahora una puntada
Que me partía las sienes;
Pero ya estoy bien.
Dalinda.— Los viejos
Siguen muy sanos los dos,
Ya lo sé.
Graciana.— Gracias á Dios.
¡Son tan buenos!
Dalinda.— Sus consejos
Te harán siempre falta, aunque eres
Una muchacha juiciosa.

(mirando en torno)

La granja está muy hermosa;
Veo que hay plantas y enseres
Nuevos; ya usan la calcárea
Para abonar; muy bien hecho.
¿Y han aumentado el barbecho?
Graciana.—Sí, señorita: una hectárea.
Dalinda.—¿Qué tal las cabras? ¿Verdad
Que son divertidas?
Graciana.— Sí
Señorita, pero á mí
Me aburre la soledad.
Dalinda.—*(señalando la zampoña).* ¿Y tu compañera?
Graciana.— Grita
Muy mal.
Dalinda.— No, no; es excelente.
Ahora desde la fuente
La oímos.
Graciana.—*(confusa).* Sí, señorita.

(Pausa).

Dalinda.—Al eco de la tonada
Reinaldo te encontraría.

Graciana.—*(más confusa).*

Sí, sin duda... así sería...
Dalinda.—*(picaresca).* ¿Y qué te dijo?
Graciana.—*(más confusa).* A mí, nada.
Dalinda.—¿Si tendré en ti una rival,
Graciana?... Si entre las dos,
El...
Graciana.—*(afligida)* ¡Señorita, por Dios,
Yo pretenderme su igual?

(afectada)

No; tendría menos seso
Que una mosca, si faltase
A una niña de su clase...

Dalinda.—Graciana, quién te enseñó eso?
Graciana.—Nadie...
Dalinda.— Hum! Es muy ladino
Para ser tuyo el traspié.
Dime la verdad, quién fué?

(Graciana se muerde un dedo, muy turbada).

Graciana.—Calisto...
Dalinda.—*(vivamente).* Ah, siempre el cretino!
Pero no quedes inquieta.
Yo te hago un trato preciso:
Te doy novio y compromiso
A cambio de una historieta.
Graciana.—*(azorada)* Su novio!
Dalinda.—*(concluyente)* Sí, ¿no es el pago
Mejor? Pues no haya contienda.
Quiero saber la leyenda
De la fuente.

Graciana.—*(quedándose sumida en dolorosa reflexión)*

Oh, Dios qué hago!
Dalinda.—Bien sé que cada pastor
La oculta como un peligro.
Pero, la dices, ó emigro
Para siempre con tu amor.
Aunque con muchos amaños
Todos la callan prolijos,
La hacen saber de sus hijos
Desde que cumplen quince años.
Es la causa, no la intriga
Lo que ignoro, como ves.
Vamos, chica: un dos tres...
Graciana.—Le hará mal que se lo diga.
Dalinda.—No esperes verme más blanda
Ni agradecida al favor.
O la leyenda ó tu amor.
Decide!

Graciana.—(resignada) Si usted lo manda...

(Pausa).

Dalinda.—(íntima).

Diz que fué siglos atrás,
Concertada, aunque es secreta,
Por un antiguo poeta...
Graciana.—Sí, pues...
Dalinda.— No demores más.

LA LEYENDA

Graciana.—
Cuando la tierra estaba más próxima á los cielos,
Bajaron de la luna dos ángeles gemelos.
Incorpóreos, podían con gracias misteriosas,
Trocarse en atributos amables de las cosas.
Por infantil donaire, su mayor gozo era
Volverse hilo en los husos, frescura en la pradera,
Fuga en los manantiales, eco en los valles hondos,
Nobleza en la azucena, rizo en los niños blondos,
Suavidad en la pluma, confianza en la partida,
Y suspiro en los labios de la virgen unida.
Mas los hombres llegaron á abusar de tal modo
De aquel candor celeste, que instruidos por todo
Lo humano, los gemelos encontráronse un día
Roídos de pasiones y de filosofía;
Y como el ser angélico de la ilusión depende,
Transformáronse de ángeles en un hada y un duende.
Su bondad defraudada se volvió maleficio.
Cada amable atributo degeneró en suplicio.
Siendo horror en los cuartos obscuros; aspereza
En el haz de la sábana adoptiva; torpeza

En el eje del carro ; ~~masiega~~ cizaña en la labranza ;
Cólera en las esposas ; desmayo en la esperanza ;
En el espejo impávido, fealdad ; y en la tosca
Nariz del viejo, centro fatal para la mosca.
Yendo así, comprendieron pronto que no hay castigo
Humano, como el dardo del amor enemigo ;
Y haciendo su morada de la fuente más pura,
Abrieron el período de una eterna tortura.
La clave del misterio que enuncia la leyenda,
Tiene muchos dolores y lágrimas por prenda.
La fuente está ofreciendo su caudal cristalino,
Sin agotarse nunca ; mas, si algún peregrino
Se aproxima, en el fondo, cuando ya va á beber,
Mira un hada si es hombre y un duende si es mujer.
El amor, desde entonces, en su vida se aduna
A la mortal tristeza, pues no se ve más que una
Vez, los dulces semblantes en fugaz tentación :
Y después los amantes mueren del corazón.
A veces es más triste su suerte insatisfecha,
Pues en peores trances la muerte los acecha.
La maligna pareja, les anuncia muy luego
Su presencia en el aire, con algún fútil juego
O suspiro, ó quejumbre que el amor exaspera ;
Pues han determinado por condición artera,
Que han de amar solamente y en corpóreo embeleso,
Al amante que pueda fijarlos con un beso.
Pero, á más de invisibles, son de tan indecisa
Astucia, que los lleva la más ligera brisa,
Y allá van los amantes rompiéndose los cascos,
En vanas correrías por breñas y peñascos.
La fuente es intangible ; siempre que alguno intenta
Obstruirla ó desviarla de la gente sedienta,
Los burlones espíritus lo toman por vehículo
Expiatorio, colmándolo de fiasco y de ridículo,
Que sólo ha de quitarle, para que así su estrella
Sea más ardua, el beso de amor de una doncella.
Quien escuche esta historia, téngase por perdido
Si en la noche en que cumple los quince años no ha sido.
Pues sea anciano ó joven, timorato ó valiente,

Tarde ó temprano acaba por beber en la fuente.
Húyela, pasajero, que el imposible habita
En las pérfidas aguas de la fuente maldita.
Allá, como al mandato de inexorable ley,
Ha perdido la vida más de un hijo de rey.
Allá hubo una princesa que con tristes folías,
Por un hilo de lágrimas dejó correr sus días,
Anulado en la pena su cuerpecillo seco,
Como el copo de lana que uno arrolla en el hueco
De la mano. Allá hubo cierto audaz paladín
Que en pos del beso aéreo se perdió en el confín,
Y á quien miraron luego, que fuera ya del mundo,
~~Se perdió~~ á inmenso trote por el cielo profundo,
Surcando con su estribo, sobre abismantes huellas,
El orbe de las Pléyades como un trigal de estrellas.
Húyela, pasajero, que el imposible habita
En las pérfidas aguas de la fuente maldita.
Húyela, húyela ; de esto depende tu fortuna.
Ella implica un dilema con la muerte ó la luna.

Dalinda.—Qué misterioso final!
Graciana.—Señorita, ya lamento
Mi obediencia.
Dalinda.— No ; tu cuento
Me causa más bien que mal.
Hoy, con su habitual falacia,
La fuente me atrajo y vi
Lo que tú sabes, allí...
Graciana.—Ah, Dios mío, qué desgracia !
Dalinda.—*(resuelta)* No tanto, si se procura
Domar la suerte funesta;
Pues sabrás que estoy dispuesta
A continuar la aventura.

Graciana.—*(suplicante)*

Señorita...
Dalinda.— Oye y respeta
Lo que discurro en mi afán,

Para ayudarme en el plan
Con que alcanzaré la meta.
En combinación precisa,
Captaré ese amor pirata.
¿Creo que hay cierta sonata
Para adormecer la brisa?...

Graciana.—Sí, señorita.

Dalinda.— ¿La tocas?

Graciana.—Sí, señorita.

Dalinda.— Excelente.
Ahora, junto á la fuente,
Con la flauta te colocas,
Y aquietas el aire; en tanto
Yo evoco al duende travieso,
A ver si atrapo su beso
En la calma de tu encanto.

Graciana.—¡Ah, qué desgracia! ¿por qué
Le entró al alma esa ponzoña?

Dalinda.—*(con vivo interés y señalando la flauta)*
Algo suena en la zampoña.
Chist...

La Zampoña.—

Dalinda.—*(repitiendo las notas)*
Sol, fa, re...

Graciana.—*(asombrada)* ¡El espíritu!

Dalinda.— ¿Será
Posible? *(al ser imaginario):*
¡Oh, amado ser!
Si es que acojes con placer
Mi amor, hazme un signo.

La Zampoña.—



Calisto.—*(aparece en la puerta de la choza golpeando las manos)*

¡El almuerzo!

Dalinda.—*(indignada)* Quita, fuera!

(Calisto se precipita en la cabaña).

¡Ah, ya todo lo estorbó!
¡Lo aborrezco!

Graciana.— ¡También yo
Le tengo un odio!...

Dalinda.— ¿En qué hoguera
Extirpamos tan mal bicho?

Graciana.—*(vivamente)*
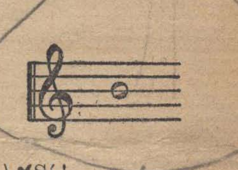
Señorita, una ocurrencia:
Confíele la sentencia
Al duende de su capricho.

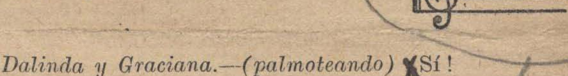
Dalinda.—Tienes razón, lo haré así.

(al ser imaginario)

Oyeme, espíritu amigo!
¿Aplicarás un castigo
A ese importuno?

La Zampoña.—





Dalinda y Graciana.—*(palmoteando)* ¡Sí!

ESCENA IX

Dichos, Reinaldo y Jacinto, que vuelven cargados de ensaladas y flores. Después Dorotea.

Jacinto.—(á Dalinda)

Ya ves qué bien nos ha ido.

Dalinda.—(por la cosecha)

Qué encanto!

Calisto.—(corriendo á desembarazar á Jacinto)

Deme, señor.

Reinaldo. — (presentando un poco furtivamente una margarita á Graciana).

Le interesaba esta flor?...

Dorotea.—(apareciendo en la puerta)

El almuerzo está servido.

TELÓN

CUADRO TERCERO

En la fuente. Siesta. La fuente entre rocas. A la derecha una madreselva. Al fondo y á la izquierda, parte de la decoración del primer acto.

ESCENA I

Calisto y Graciana entran por derecha é izquierda sin verse, hasta que se encuentran junto á la fuente

Graciana.—¡Ay!

Calisto.—*(remedándola con una mueca)*

¡Ay! Parece que has visto
Alguna fiera. ¿Por quién
Me tomas? ¡Con qué desdén
Me tratas!

Graciana.— ¡Señor Calisto!...

Calisto.—*(grosero)*

¡Te he causado alguna ofensa
En quererte por mujer?

Graciana.—*(fríamente)*

No; mil gracias.

Calisto.— Á mi ver
Tu vanidad es inmensa.
Aquí¡ para entre los dos,
Tú odias á la señorita.
Tú te crees más bonita...

Graciana.—*(volviéndose fastidiada)*

Bueno, don Calisto, adiós.

Calisto.—No, no; no te irás así

(cerrándole el paso)

Sin sacarme de una duda

(intentando cogerle la barbilla)

que quizá hiciera... ¡zancuda!
Que te perdonase...

Graciana.—(indignada y sorprendida)

¿A mí?
¿Perdonarme?... ¿Usted?...

Calisto.—(riendo) ¡Valiente
Rabieta! *(inhábil)* Vamos al grano:
¿Sabes qué vió con su hermano
La señorita en la fuente?

Graciana.—(secamente) No. Déjeme.

Calisto.—(desconcertado) ¡Se amoscó!
¿Pero, suele suceder
Algo malo al que va á ver? ...

Graciana.—(~~probando~~ intentando marcharse)

¡Yo qué sé! Creo que no.

Calisto.—(agresivo)

¡Pues iré allá!

Graciana.—(burlona) ¡Buen viaje!

(Corre á ocultarse detrás de un árbol para ver lo que va á pasar).

ESCENA II

Dichos, Dalinda y Dorotea

Calisto avanza hacia la fuente, con paso resuelto. Mira con alguna desconfianza, primero, sin percibir nada. Después se tiende de bruces y mete la cabeza en la cuenca, como quien va á beber. Dos manos imprevistas le asen por las orejas, hundiéndole la cabeza

en el agua. Oyese un chapuzón. El hombre se debate entre un rumor de aguas revueltas conservando fuera nada más que las piernas ; y cuando, por fin, le dejan, sale todo empapado, con la cabeza y las mejillas adornadas por una cresta de gallo que el duende hizo brotar allí.

Calisto.—Oh, oh! *(pellizcándose el apéndice con un respingo)* Me duele...

Graciana.—*(apareciendo y lanzando una carcajada)*

Qué horror!

Calisto.—Qué tengo? Dí, por favor.

Dalinda.—*(seguida por Dorotea)*

Ay qué grotesco salvaje!

Dorotea.—Una cresta!
Calisto.— No ; mentira!
Graciana.—Sí, don Calisto, una cresta.

(Calisto mira azorado á Dalinda)

Dalinda.—Sí ; sí.
Calisto.— Por Dios! ¿quién me presta
Un espejo?

Dalinda.—*(sacando uno de su bolsa)*

Toma, mira.

(Calisto se mira, y devolviendo el espejo permanece anonadado con el rostro descompuesto por una mueca).

Dorotea.—*(á Dalinda)*

Pero qué horrible accidente!
En esto anda Satanás.
Vámonos.

Dalinda.— No finjas más.
Son los seres de la fuente.
Dorotea.—¿Qué?

Dalinda.—*(con intrépida naturalidad)*

Sí: la magia funesta.

Dorotea.—*(á Graciana, desesperadamente)*

¡Qué has hecho, niña liviana!
Dalinda.—No, no es culpa de Graciana.
Cállate.

(Dorotea hace un movimiento de contrariedad)

¡Chist!
Calisto.—*(consternado)* ¡Una cresta!

Dorotea.—*(insistiendo)*

Será así, pero no hallo
Por medio de qué manejo...
Dalinda.—Lo leí en un libro viejo.
¿Ves?
Calisto.—*(gimiendo)* Una cresta de gallo.

Dorotea.—*(compasiva)*

¡Bah! Ya saldrás del aprieto.

Dalinda.—*(señalando con interés burlón la boca de Calisto á Graciana)*

Ve bien, pues yo no me explico:
Hay aquí algo... como un pico...

Calisto.—*(horrorizado)* ¡Un pico!
Graciana.— ¡El gallo completo!

Calisto.—(tartamudeando)

¿Có... có... cómo dices?

Graciana.— ¿Ve?

(*remedando el gallo*)

Co-co-co. Y lo hace con arte.

Dalinda.—(á Calisto)

Ya empiezas á transformarte.
Todo lo puede la fe.

Graciana.—(tocándole la cresta)

Y es linda.

Dorotea.— ¡Tengan piedad!
Dalinda.—La tendremos si se enmienda.

Calisto.—(á Dorotea)

¿Usted sabe la leyenda
De la fuente, no es verdad?

Dorotea.—(evasiva) Algo... sí...
Dalinda..— Calma esa cuita;
Satisfarás tu deseo.
Dorotea.—¡Maldita fuente!
Calisto.— Ya veo
Que es una fuente maldita.
¿Y el que por su mala estrella
La turba, diga, por Dios,
Cómo se libra de los
Espíritus que hay en ella?

Graciana.—

. . . .

Los burlones espíritus lo toman por vehículo
Expiatorio, colmándolo de fiasco y de ridículo;

Que sólo ha de quitarle, para que así su estrella
Sea más ardua, *el beso de amor de una doncella.*

Calisto.—(desolado)

¡Un beso de amor!... ¿Un beso
De amor, á mí, en este estado?
Dalinda.—No eras más afortunado,
Sin duda, antes del suceso.

Graciana.—(maligna)

¡Y es tan fecundo el amor!...
Dorotea.—Niña, ¡qué maldad, qué instinto!

Calisto.—(á Dorotea)

Si pidiera á don Jacinto
Un consejo...
Dalinda.— Es lo mejor.
Graciana.—El lo tendrá más en cuenta.
Calisto.—Allá corro como un galgo.

(á Dorotea, tocándose la cresta)

Diga, ¿no disminuye... algo?...

Dorotea.—(compasiva) Sí...
Graciana.—(pronta) No...

Dalinda.—(vivamente)

No; más bien aumenta.

(Calisto echa á correr desesperado, mientras las jóvenes rien á carcajadas).

ESCENA III

Dalinda.—(á Graciana) El castigo justo.
Graciana.— Sí;
Merecido, señorita.
Dorotea.—¡Qué crueldad!
Dalinda.—(mimosa) ¡Ah, mi viejita!
Déjanos solas aquí.

Dorotea.—(inquieta)

¿Por qué? Toda precaución
Es poca en este arriesgado
Paraje.
Dalinda.—(exigente) Pierde cuidado.
Confía en mi discreción.

Dorotea.—(á Graciana, con severa advertencia)

¡Graciana!...

Dalinda.—(incomodada, á Dorotea)

¡Ten la bondad
De dejarnos!...

Dorotea.—(retirándose lentamente y advirtiendo desde el fondo de la escena)

¡Mucho juicio!

exit.

ESCENA IV

Dalinda.—Al fin terminó el suplicio.
¡Qué difícil soledad!

(á Graciana)

No perdamos tiempo; el sol
Comienza á bajar de prisa.
Procura dormir la brisa
Con tu más hábil bemol.
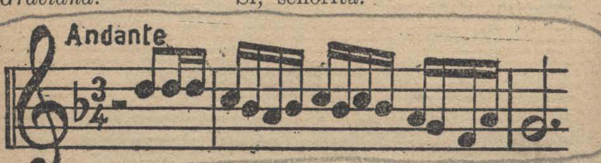
(Graciana se sienta en una piedra y preludia vagamente. Pausa. Oyese en diferentes puntos de la enredadera el chasquido de varios besos).

Dalinda.—*(exaltada)*

¡Oyes? ¡Cómo me palpita
El corazón de certeza!

(suena otro beso en la madreselva)

Graciana.—Otro beso.
Dalinda.—*(palpitante)* Empieza, empieza
Cuanto antes.
Graciana.— Sí, señorita.



(Al compás de la zampoña, Dalinda corre á lo largo de la enredadera, procurando asir con sus labios la boca invisible. Después de un momento de inútiles esfuerzos, detiénese jadeante y descorazonada, diciendo):

Dalinda.—¡ Si será la insensatez
De una imposible pasión!

Graciana.—(*sombría y pensativa*)

Es la vieja maldición
Que mata.

(*suena otro beso en la enredadera*)

Dalinda.—(*decidida*) Toca otra vez.

(*El aire recomienza más suave; Dalinda va y vuelve á lo largo de la madreselva, persiguiendo el beso, hasta que, de pronto, éste estalla más sonoro; la enredadera se abre sobre un fondo de helechos, y prendido por sus labios de la boca de Dalinda, el duende aparece con paso menudo y flotante, como si aún pugnaran por alzarle del suelo las alitas doradas que tiemblan á su espalda. Graciana se alza, dejando caer la zampoña en el colmo del asombro. El duende, después de haber recorrido la escena con dos ó tres giros caprichosos, como entre andando y volando, vuelve amoroso y pueril hacia Dalinda que lo contempla en éxtasis, y cogiéndole las manos, le da un beso en la boca.*)

ESCENA V

Graciana.—(*encantada*)

¡Es el ángel! Ni un vestigio
Lleva del duende funesto.
¡Qué prodigio!

Dalinda.—*(delirante de alegría)*

Vamos presto
A que vean el prodigio.

exeunt.

ESCENA VI

Reinaldo y Calisto

Reinaldo.—*(por Jacinto)*

¿Dónde estará? No lo sé;
Y él, ¿conoce ya tus penas?
Calisto.—Sí; me vió, sonrió apenas,
Me oyó callado y se fué.
Reinaldo.—También él anda embebido
Con la leyenda siniestra.

(señalándole la cresta)

¿Pero, y esa obra maestra,
Díme, al fin, cómo ha venido?

Calisto.—*(cubriéndose la cara con las manos)*

¡Ah, don Reinaldo!

ESCENA VII

Jacinto.—*(apareciendo por la derecha)*

¿Qué pasa?

Reinaldo.—El gran Calisto protesta
Del destino.
Jacinto.— Están de fiesta

(sentándose en una piedra)

Las mujeres en la casa.
Pues aunque parezca absurdo,
Salió verdad la conseja
Que ha enredado en su madeja
Tanto lírico palurdo.
Reinaldo.—Cómo! Verdad?
Jacinto.— Y evidente.
Hace un rato, aquí, mi hermana
Ha sacado, con Graciana,
Vivo al numen de la fuente.

Reinaldo.—*(con displicente incredulidad)*

Hombre, inventa algo mejor!
Jacinto.—No; no; prodigio redondo:
Es un duendecillo blondo...

Calisto.—*(que se ha aproximado para oir)*

Cómo! Si es hembra, señor!
Jacito.—*(tristemente)* Tal creí yo!...

Reinaldo.—*(con vivo interés)*

Aunque palpito
Broma pesada, allá corro.
Calisto.—Y yo á implorar su socorro

(se toca la cresta)

Contra este... *órgano* maldito.
Reinaldo.—Pero qué raras escenas!

Jacinto.—Ah, Graciana preguntó
Por ti...

Reinaldo.—*(un tanto cohibido)*

Gracias. Vienes?...

Jacinto.— No,

(con intención levemente irónica)

Me quedo aquí á ahogar mis penas.

(exeunt Reinaldo y Calisto).

ESCENA VIII

Jacinto.—Uff! *(con evidente satisfacción de hallarse solo, y paseando una mirada distraída por los ramajes).*

(Pausa).

Levántase luego, da dos ó tres pasos, mondándose las uñas. Guarda luego cuidadosamente el cortaplumas. Llega tarareando, como distraido, al borde de la fuente. La contempla un momento. Luego, con decisión:

Es realmente insufrible

(palpándose el corazón)

Este dolorcillo aquí.

(Inclínase sobre el borde de la fuente, precipitándose dentro).

ESCENA IX

Dorotea.—(desde el fondo de la escena á la cual llega jadeante):

¡Ya me parecía á mí!
¡Qué desgracia tan terrible!

(Mientras cae el telón, llega á tiempo para asir á Jacinto de una pierna).

CUADRO CUARTO

ESCENA I

En casa de Graciana. Una mesa rústica, dispuesta paralelamente al hueco del fondo en el cual hay un postigo cerrado. En la cabecera de la derecha, Dalinda y el duende, sentados, en muda contemplación de amor. Apartados á la izquierda, en coloquio íntimo, Graciana y Reinaldo. Puerta única, á la derecha. La luz irá bajando paulatinamente.

Calisto.—(entra cariacontecido, con una cesta de frutas que coloca sobre la mesa. Luego, dirigiéndose al duende, suplicante)

Todo buen genio...

Dalinda.—*(fastidiada)* ¡Otra vez!

Calisto.—*(suplicante)*

Señorita, por favor
Compadezca mi dolor.
Dalinda.—Bien, habla; ¡qué pesadez!

Calisto.—*(al duende)*

Yo á este lindo genio le hablo
En busca de mi perdón
Que su tierno corazón
No negará á un pobre diablo.

(á Dalinda)

Y á su intercesión acudo
Señorita, ¡sea buena!
Dalinda.—Sí, me apiado de tu pena;
Pero el lindo genio es mudo.

(Graciana y Reinaldo se aproximan lentamente).

Calisto.—¡Mudo!
Dalinda.— Así es que tu homenaje
No obtendrá contestación.
Su reciente encarnación
Aún carece de lenguaje.
Calisto.—Tal vez será que lo finge.
(á Reinaldo) ¡Verdad, señor?...
Reinaldo.— Aunque todo
Entiende, no halla acomodo
La palabra en su laringe.
Dalinda.—No es para seres divinos
Ese grosero aparato.
Calisto.—Pero creo que en un rato
Sabrán ponerse ladinos.

Graciana.—*(maligna)*

No sé por qué creo yo
Que el genio es poco benigno.

Calisto.—*(suplicante)*

¡Oh buen genio, hágame un signo!

(el duende hace que no con la cabeza).

Dalinda.—¿Has visto?
Reinaldo.—*(risueño)* Dice que no.

Calisto.—*(desesperado)*

¡No me queda más que el beso
De la doncella!

(el duende hace que sí con la cabeza).

Graciana.— ¡Sin duda!
Calisto.—¿Pero, es posible que acuda
A nadie, con este exceso? . . .

(á Graciana, tendiéndole los labios)

¡Sé buena un instante! ¡Cuesta
Tan poco abolir mi mal!
¡Deja!

Graciana.—*(negándose indignada)*

¡Vean al jastial!

Reinaldo.—*(rechazándolo fastidiado)*

¡Vete al diablo con tu cresta!

Calisto.—*(desolado)*

¡Dios mío, y á quién consagro
Mis ridículos dolores!

ESCENA II

Entra Dorotea presurosa y palmoteando

Dorotea.—¡Triunfo del amor, señores!
¡Ya está completo el milagro!

(Todos se agrupan en torno suyo, mientras ella señala la puerta).

ESCENA III

Entran Jacinto y el hada que corre á abrazarse con el duende. Dalinda hace lo propio con su hermano. Dorotea habla en voz baja con Calisto, intentando consolarle.

Dalinda.—¡Ay, hermano, qué infinito
De dicha!
Jacinto.— Y es lo estupendo,
Que yo mismo aun no comprendo
Mi caso.
Reinaldo.— ¡Te felicito!

(El duende y el hada vuelven respectivamente al lado de Dalinda y de Jacinto. Dorotea con ellos).

Jacinto.—*(con intención)*

Todos tenemos de qué
Felicitarnos hoy día.

Calisto.—*(lúgubre)* ¡Menos yo!

Dalinda.— Sí, ¡qué alegría!

(á Jacinto y Dorotea)

Pero, digan, ¿cómo fué?
Dorotea.—Yo iba llegando á la fuente
A tiempo que...

Jacinto.—*(presuroso)* dando un mal
Paso, caí yo al fatal
Abismo...
Reinaldo.—*(riendo)* ...oportunamente.
Jacinto.—Verdad es. ¡Feliz percance!
Dorotea.—¡Las hemos pasado buenas!
El caso es que llegué apenas
A tiempo de darle alcance.
Logro asirlo de una pierna,
Y tira que tira luego,
Siento, al fin, que lo despego
De la maldita caverna.
Pero cuando sale al fin,
Por poco me vuelvo loca,
Al ver pegado á su boca
Tal pichón de serafín.
Jacinto.—Sí; mi beso fué el anzuelo
Con que á riesgo de la vida,
La pesqué en su honda guarida
Al impulso de mi anhelo.

(el hada asiente sonriendo).

Graciana.—El fatal beso de amor
Que previene la leyenda.

Dalinda.—*(á Graciana, con intención)*

¡Ya van dos!

Calisto.—*(suplicando ante el hada)*

Señora duenda,
Perdone á su servidor.

Yo también, un tanto absorto,
Chapucé en aquella roca,
Pero no alcancé su boca

(midiéndose con Jacinto)

Por ser un poco más corto.
Cuanto podía me hundí
Hará poco más de una hora,
De modo que usted, señora,
Debe acordarse de mí.
Pero caído en su red,
Para perpetuo bochorno,
Saqué tan sólo este... adorno

(tocándose la cresta)

Contra el cual suplico á usted.
Disipe la horrible duda
Que injustamente me labra,
Diga una sola palabra...

Jacinto.—No la dirá, porque es muda.

Calisto.—*(desolado)*

¿Muda también? Pero empieza
A comprender, según creo.
(al hada) Satisfaga mi deseo
Con un signo de cabeza.

(el hada hace que no).

Dalinda.—No hay más que el beso; el detalle
Fatal, que agrava tu pena.

Calisto.—*(al hada)*

Entonces, sea usted buena
Y tire un beso á la calle.
¡Hágalo por caridad!...
¡Como quien pasa una droga!

(el hada hace un mohín de disgusto y corre á ponerse entre la mesa y la pared. Jacinto la sigue).

Jacinto.—*(severo)* Este necio no se ahoga
En poca agua, á la verdad.
¡Cállate!
Reinaldo.—*(á Graciana)* ¡Extraña leyenda!
¡Lo que puede producir!
Dalinda.—*(á Calisto)* Ocúpate de servir
Las frutas de la merienda.

(El hada y Jacinto, Dalinda y el duende, siéntanse en parejas, con la espalda apoyada al muro. Al frente y á la izquierda, Graciana y Reinaldo. Calisto y Dorotea sírvenles las frutas que aquéllos van gustando lentamente con enamorados mimos. La pastora y el poeta lo hacen ocultándose de Dorotea).

Calisto.—*(á Dalinda)* Señorita, aunque en mí arguya
El respeto más profundo,
Toda mi esperanza fundo
En una limosna suya.
Dorotea.—Habrá que poner aldaba
Al verbo de este muchacho.
Calisto.—*(afligido)* Si tuviera este penacho,
Vería usted cómo hablaba.
(á Dalinda) ¡Uno tan sólo!...
Dalinda.— ¡Qué idea!
¿Pues no me pides un beso?
Calisto.—¡Sí, señorita, eso es, eso!
Dalinda.—*(riendo)* Pídeselo á Dorotea.
Ella es la única vacante...

(Calisto se endereza, encontrándose de manos á boca con Dorotea. Ambos giran rápidamente dándose la espalda).

Calisto.—No; prefiero mi adminículo.

Dorotea.—Qué se creerá el ridículo?
Calisto.—*(burlón)* Mil gracias... mamá!
Dorotea.— Tunante!

(Graciana aprovecha el incidente para dar á Reinaldc una cereza con los labios. Pausa. Los criados sirven nuevas frutas).

Jacinto.—*(á Reinaldo)* Si no estamos en los cielos
Cerca nos puso el amor.
Dorotea.—Creo que aun allá, señor,
No irán mal unos buñuelos.
Les tendré en un santiamén
La fritada calentita.
Esperarán, señorita?
Queda algún vino.
Dalinda.—*(distraída)* Está bien.

(Dorotea arregla los trastos de la fritada, dando la espalda á la mesa. Graciana da á Reinaldo otra cereza con la boca. Calisto, que lo advierte, escúrrese agazapado hasta ponerse detrás de ella; y cuando Reinaldo ofrece á su vez una fruta del mismo modo á la pastora, mete bruscamente la cabeza en el momento de ir ésta á cogerla, recibiendo su beso. La cresta se desprende acto continuo, y un sonoro cachete castiga su audacia).

Calisto.—*(cubriéndose la cara con una mano, mientras con la otra se araña regocijado la cabeza).*

Viva el amor!
Reinaldo.— Tarambana!
Dalinda.—Insolente!
Graciana.— Vil, ladrón!
Calisto.—¡ Bendigo mi bofetón
Y viva el amor!
Dorotea.— Graciana!

Calisto.—*(á Dorotea)* No hay en ello culpa alguna;
Es la leyenda funesta.
Reinaldo.—*(á Jacinto)* Así, pues, ya sólo resta
El percance de la luna.
Jacinto.—Qué percance?
Reinaldo.— Uno tremendo.
La leyenda en su final,
Pone un dilema fatal
De muerte y luna, diciendo:

Húyela, pasajero, que el imposible habita
En las pérfidas aguas de la fuente maldita.
Húyela pronto; de esto depende tu fortuna.
Ella implica un dilema con la muerte ó la luna.

(Pausa).

Dalinda.—Ay qué sofocante está!
Graciana.—Como se ha puesto de obscuro!
Jacinto.—Si es nuestro país futuro
La luna, vamos allá.
Reinaldo.—Eh, no tientes al destino...
Jacinto.—*(exaltado)* ¡ A la luna fiel y oronda!
Ella es la Tabla Redonda
De los locos. En camino!

(Abre bruscamente el postigo; pero en ese momento el muro se derrumba. Una masa de luz lunar cae sobre la choza, convirtiendo aquella brecha en un blanco y deslumbrador abismo. Reinaldo, Graciana, Calisto y Dorotea retroceden espantados, llevándose las manos á los ojos para resistir el esplendor y cuando éste se disipa, el hada, el duende, Jacinto y Dalinda han desaparecido arrebatados á la luna cuyo disco enorme ocupa su sitio de costumbre en el horizonte).

ESCENA IV

Reinaldo.—Pues salió verdad la broma.
Graciana.—*(consternada)* La señorita!
Dorotea.—*(llorando)* Infeliz!
Calisto.—Atención! Una nariz

(señalando la luna)

Allá en lo más blanco asoma.

(exaltándose)

Sí, sí, don Jacinto; es él!

Graciana.—*(con sentenciosa displicencia y señalándole la cresta que yace por el suelo)*

Cuidado con otra cresta!
Dorotea.—Esos espíritus!
Reinaldo.—*(á Graciana)* Esta
Sí que es la luna de miel.
Dorotea.—Pero qué hacemos?
Reinaldo.— Bien poco
Puede hacerse, por supuesto,
Dado que á quien hable de esto
Van á tomarlo por loco.
Dorotea.—*(á Graciana)* ¡Irse á la luna por arte
De magia! qué horror! comprendes?
Reinaldo.—Amores de hadas y duendes
No conducen á otra parte.
Graciana.—A mí me da el corazón
Que por un nuevo suceso
Volverán al mundo.
Calisto.— Y eso
Bien vale otro bofetón.

Dorotea.—Quizá lo hicieron adrede.
¡Ah mi pobre señorita !
Calisto.—¡Bah! desechemos la cuita,
Y mientras eso sucede,

(á Reinaldo)

Como es mi convencimiento
Que el llanto nada remedia,
Señor, haga una comedia
Con esto por argumento.
Dorotea.—Mejor sería una endecha
Bien triste...
Graciana.— No, no, es mejor
La comedia... Sí, señor;
Calisto.—Callando algo...
Reinaldo.— Ya está hecha.
Graciana y Calisto.—¡Cómo!
Reinaldo.— ¿Pero qué ha sido esto
Sino una comedia?
Dorotea.— ¡Una
Comedia!
Reinaldo.— Sí, que en la luna
Cierto colega ha compuesto.
Graciana.—¿Y entiende algo de poesía?
Reinaldo.—Ha tomado sus lecciones.
Graciana.—¿Quién es?
Reinaldo.— Leopoldo Lugones,
Doctor en lunología.

FIN

FRANCESCA

Conocílo en Forli, adonde había ido para visitar el famoso salón municipal decorado por Rafael.

Era un estudiante italiano, perfecto en su género. La conversación sobrevino á propósito de un dato sobre horarios de ferrocarril, que le pedí para trasladarme á Rímini, la estación inmediata; pues en mi programa de joven viajero, entraba, naturalmente, una visita á la patria de Francesca.

Con la más exquisita cortesía, pero también con una franqueza encomiable, me declaró que era pobre y me ofreció en venta un documento —del cual nunca había querido desprenderse— un pergamino del siglo XIII, en el cual pretendía darse la verdadera historia del célebre episodio. Ni por miseria ni por interés, habríase desprendido jamás del documento; pero creía tener conmigo deberes «de confraternidad», y además le era simpático. Mi fervor por la antigua heroina, que él compartía con mayor fuego

ciertamente, entraba también por mucho en la transacción.

Adquirí el palimsesto sin gran entusiasmo, poco dado como soy á las investigaciones históricas; mas, apenas lo tuve en mi poder, cambié de tal modo á su respecto, que la hora escasa concedida en mi itinerario para salvar los cuarenta kilómetros medianeros entre Forli y Rímini, se transformó en una semana entera. Quiero decir que permanecí siete días en Forli.

La lectura del documento habría sido en extremo difícil sin la ayuda de mi amigo fortuito; pero éste se lo sabía de memoria, casi como una tradición de familia, pues pertenecía á la suya desde [redacted] remota antigüedad.

Cuanta duda pudo caberme sobre la autenticidad de aquel pergamino, quedó desvanecida ante su minuciosa inspección. Esto fué lo que me tomó más tiempo.

El documento está en latín, caligrafiado con esas bellas y fuertes góticas tan características del siglo XIII; y que, no obstante un avanzado deterioro, son bastante legibles, gracias á la cabal individualización de cada letra en el encadenamiento de los renglones, y á la anchura de los espacios intermedios entre éstos. Hasta se halla legalizado por un *signum tabellionis*, ciertamente muy complicado con sus nueve lazadas, y perteneciente al notario Balzarino de Cervis. Su data es el 12 de junio de 1292.

Si descifrar las letras no era del todo fácil, la lectura del texto resultaba pesadísima, por las

innumerables abreviaturas y signos convencionales que habrían hecho indispensable la colaboración de un paleógrafo, á no encontrarse allí su antiguo dueño como una clave tradicional; pero esas mismas abreviaturas y signos, eran preciosos, por otra parte, como pruebas de autenticidad.

Había entre ellos datos concluyentes. La *o* atravesada por una línea oblícua que baja de derecha á izquierda, significando *cum*, signo peculiar de los últimos años del siglo XIII, al comienzo del cual, así como en los anteriores y en los sucesivos, tuvo otras formas; el 2, coronado por una *b* á manera de exponente algebráico (2^b) significando *duabus*, y agregando con su presencia un dato más, puesto que las cifras arábigas no se generalizaron en Europa hasta el siglo XIII; el 7, representado por una *A* sin travesaño, como para marcar dicha transición; la palabra *corpus* abreviada en su primera sílaba y coronada por un 9 (cor^9) y el vocablo *fratribus* abreviado en *ftbz* con un *a* superpuesta á la *f* y una *i* á la *t*; amén de diversos signos que omito. No quiero olvidar, sin embargo, las iniciales de la heroina, aquella *F* y aquella *R* tan características también en su parecido con las PP manuscritas de nuestra caligrafía, salvo el travesaño que las corta.

Existen, además, en la márgen del texto, á manera de apostilla, dos escudos: uno en forma de ancha almendra, característico también del siglo XIII, y el otro romboidal, es decir, bla-

són de dama, salvo excepciones rarísimas como las de algunos Visconti ; pero los Visconti eran lombardos, y en la época de mi documento, recién conquistaban la soberanía milanesa. Además, los blasones en cuestión, se hallan acolados, lo que indica unión conyugal. Desgraciadamente, su campo no conserva sino partículas informes de las piezas y colores heráldicos.

Lo que dice el documento es imposible de [redacted] traducirlo sin desventaja para el lector, pues su rudo latín perjudica desde luego el interés, con su retórica curial; sin contar la sequedad del concepto. Haré, en consecuencia, una traducción tan libre como me plazca, poniendo el original á disposición de los escrupulosos, con cuyo fin lo he depositado en nuestra Biblioteca Nacional, donde puede verse á las horas de práctica.

Comienza en estos términos que, como se verá, contradicen al Dante, á Boccaccio y al falso Boccaccio, quienes coinciden en afirmar la consumación del adulterio:

«Jamás hubo otra relación que una exaltada amistad entre Paolo y Francesca. Aun sus manos estuvieron exentas de culpa; y sus labios no tuvieron otra que la de estremecerse y palidecer en la dulce angustia de la pasión inconfesa.»

El autor dice haber tenido esta confidencia del marido mismo, cuyo amigo afirma que fué.

Francesca tenía dieciséis años (la historia es conocida) cuando la desposaron con Giovanni Malatesta, como certificación de la paz conclui-

da entre los Polentas de Rávena y los Malatestas de Rímini.

El esposo, contrahecho y feo, envió á su hermano Paolo para que se casara por poder suyo, no atreviéndose á presentarse en persona ante la joven, en previsión de un desengaño fatal y del rechazo consiguiente.

Hallábase Francesca en una ventana del palacio solariego, cuando entró al patio de honor la cabalgata nupcial; y una dama de su séquito, equivocada también, ó sobornada quizá por el futuro esposo, señalóle á Paolo como al que iba á ser su efectivo dueño.

De este error provino la tragedia.

Paolo era bello y joven; culto en letras, tanto como valeroso caballero; cortés hasta el rendimiento y alegre hasta la jovialidad; todo lo contrario de su hermano, cuya sombría astucia rayaba en crueldad, y cuya desgracia física había dado en el torvo pesimismo que es patrimonio de los contrahechos con talento.

La joven se desposó, así engañada; y conducida que fué al castillo conyugal, el esposo verdadero pasó con ella la primera noche sin dejarse ver, pues había entrado á la alcoba en la obscuridad.

Creía que, consumado el matrimonio, la altivez de la dama sería la mejor custodia de sus derechos de esposo, y no se equivocaba en ello, por cierto; pero el acto demuestra con claridad, así la violencia de sus pasiones, como el frío cálculo que en satisfacerlas ponía.

El desengaño del despertar fué horrible, como es fácil colegir, para la joven desposada; y tanto como engendró desprecio y odio hacia el tirano, que así abusara de su buena fe virginal, acreció hasta el amor la simpatía que por el otro había empezado á nacer.

¡Cuánta y cuán atroz diferencia, en efecto, entre la curiosa ansiedad del breve noviazgo, satisfecha hasta el deleite con la presentación del falso prometido; el regocijado orgullo del desposorio, bajo la pompa religiosa y el esplendor mundano que parejamente realzaban la gallardía del caballero; y aquel despertar en los brazos del monstruo cuya primer mirada de esposo, aumentó ya con el ultraje de una desconfianza el cruel imperio de su fatalidad!

Uno, era todo recuerdos de dicha entrevista, de satisfacción juvenil, de belleza inmolada en ternuras; el otro, sólo tiranía del deber antipático, engaño innoble, fealdad cobarde.

No tenía más que un rasgo de grandeza, y era el miedo que inspiraba; miedo que en traílla con el deber, custodiaban su honra como dos mastines.

Francesca empezaba así á encontrar, en el fracaso de la dicha legítima, la dulzura prohibida del infierno.

En su torva primavera, que la rebelión de los cortos años no dejaba cubrirse con nieves de resignación, Paolo era el rayo de sol que recordaba, único, los marchitos pimpollos.

Alejado primero como un peligro, su discre-

ción había vencido las desconfianzas, hasta substituir con una fraternidad melancólica las repulsiones del mal fingido desdén.

Francesca en su misantropía que la inclinaba á la soledad, después de todo grande en el castillo, no estaba á gusto sino con él; pero sólo se veían á la luz del sol, en tácito convenio de no encontrarse por la noche.

Giovanni, ocupado en estudios tácticos que—Dios nos libre—llenaban sus horas á medias con la magia, nada advertía al parecer; pero los jorobados son tan celosos como perversos; y él, sabiendo que los jóvenes se amaban, divertíase en verlos padecer. Aquel peligroso juego la atraía como una emoción á la vez lancinante y deliciosa, por más que el fin estuviese previsto como una obra de su puñal.

Su horrendo beso cruzaba á veces, sugiriendo tentaciones, por entre aquella tortura de la dignidad y del amor, como un refinamiento del infierno; y eso llevaba diez años, esa perversidad, fortaleciéndose de tiempo y de sombra, como el vino.

Mientras se contuviesen, sentíase vengado por la tortura de su continencia; en caso contrario, era la muerte fatal, aquella muerte *caina* que el canto V del poema rememora, adjetivándola con el nombre del círculo infernal mencionado por el XXXII, como para mejor expresar su amargura única en lo anómalo del epíteto. Así habían pasado diez años.

Ultra heroismos y deberes, el amor hizo al

fin su obra. La misma sencillez de relaciones entre esposa y cuñado, creó una intimidad aun acrecida por la frecuencia de verse.

Paolo se ingeniaba de todos modos para hacer á aquella juventud más llevadera su clausura en castillo tan lóbrego ; y su exquisita cortesía, tanto como su grave ternura, derretían hasta las heces el corazón de aquella mujer, en quien los refinamientos, todavía bizantinos de su ciudad natal, habían profundizado sensibilidades.

No alcanzaba á perder en la ruda prueba su gusto por las sederías suntuosas, por las joyas y el marfil ; y es de creer que en su dulce molicie entrara no poco el espíritu de aquel legendario malvasía, que consolaba la decadencia de los Andrónicos, sus contemporáneos, inmortalizando la ~~sombría~~ ruda pequeñez de la helénica Monembasía. Magias de Bizancio, que el viento conducía á través del Adriático familiar ; filtros de Bizancio diluídos en su sangre antigua ; pompas de Bizancio, aun coetáneas en el lujo y en el arte, predisponíanla ciertamente al amor ; á aquel amor más deseado en lo extremo de su crueldad.

Paolo era diestro en componer enigmas, que el gusto de la época había elevado á un ~~rango~~ pue superior de literatura, empleándolos hasta en la correspondencia secreta y en las divisas del blasón. Su única falta consistía en usar, para los que componía á Francesca, el único doble tema de su hermosura y del amor.

Los primeros pasos fueron tímidos, disimulando la intención en la vaguedad. El pergamino

recuerda uno de aquellos juegos, cuya solución consistente en una palabra que tuviese sentido, recta ó inversamente leída, daba la solución en *legna-angel*.

Cita igualmente uno, al que llama «la cruz de amor,» así dispuesto:

ECATE
NEMEA
AMORE
FURIE
IMENE

O este otro, en palabras angulares, que pueden ser leídas lo mismo de izquierda á derecha, que de arriba á abajo, y en el cual se precisa más el balbuceo del amor:

AMAI
MIME
AMOR
IERI

O este último, del mismo carácter, y que el documento llama un enigma en V:

ANIME
AMARO
CUORE

Pero vengamos á la tragedia.

Habían llegado para Francesca los veintiséis años, la segunda primavera del amor, grave y ardorosa como un estío. Su decenio de padecer, clamaba por una hora de dicha; y en la tristeza

que la juventud trae consigo al definirse, y que es como el adiós amigo á la aturdida adolescencia, habíanla asaltado miedos de morir sin gustar una vez siquiera el ósculo redentor de toda su vida tan injustamente negra.

Aquel otoño habíalos fraternizado más en largas lecturas que eran vidas de santos sangrientas de heroísmos y singularizadas por geografías monstruosas; pero un día, aciago día, el malvado cuyos diez años de goce infernal exigían por fin el desenlace de la sangre, puso al alcance de sus penas la galante colección del *Novellino*.

¿Cuántas leyeron de aquellas cien narraciones halladas por ahí, al azar, en una alacena? Quizá pocas, desde que tanto llegó á turbarlos la de Lanzarote del Lago.

Fué en el balcón que abría sobre el poniente la alcoba de la castellana, durante un crepúsculo cuya divina tenuidad rosa empezaba á espolvorear, como una tibia escarcha, la vislumbre de la luna. Desde aquel piso, que era el segundo, se dominaba todo el paisaje condensado como un borrón de tinta bajo la luz lunar. Las densas cortinas obligábanlos á unirse mucho para aprovechar el escaso vano abierto sobre el cielo. Juntos en el diván, el libro unía sus rodillas y aproximaba sus rostros hasta producir ese rozamiento de cabellos cuya vaguedad eléctrica inicia el vértigo de la tentación. Sus pies casi se tocaban, compartiendo el escabel. Sobre la inmensa chimenea, una licorera bizantina que

acababa de regalarlos con el delicioso licor de Zara, despedía en la sombra de la habitación el florido aroma de las guindas de Dalmacia.

Ya no leían ; y así pasaron muchas horas, con las manos tan heladas sobre el libro, que poco á poco se les fué congelando toda la carne. Sólo allá adentro, con grandes golpes sordos, los corazones seguían viviendo en una sombría intensidad de crimen. Y tantas horas pasaron, que la luna acabó por bañarlos con su luz.

Galeoto fué el libro...—dice el poeta.—Oh, no, Dios mío ! Fué el astro.

Miráronse entonces ; y lo que había en sus ojos no era delicia, sino dolor. Algo tan distante del beso, que en ello cabía la eternidad. El alma de la joven asomábase á sus ojos deshecha en llanto como una blanca nube que se vuelve lluvia al fresco de la tarde. ¡ Y aquellos ojos, oh, aquellos ojos negros como dos golondrinas de la Pasión, qué sacrificios de ternura abismaban en el heroismo de su silencio ! ¡ Ay, vosotros los que sólo en la dicha habéis amado, envidiad la tortura de esos amantes que, en el crepúsculo llorado por las esquilas, gozaban, padeciendo de amor, toda la poesía de las tardes amorosas, difundida en penas de navegantes, de ausentes y de sentimentales peregrinos, como en el canto VIII del Purgatorio :

Era giá l'ora che volge 'l disío
A' naviganti, e'ntenerisce il cuore
Lo di ch' han detto a'dolci amici a Dío;



E che lo nuovo peregrin d'amore
Punge, se ode squilla di lontano
Che paia 'l giorno pianger che si muore.

Pálidos hasta la muerte, la luna aguzaba todavía su palidez con una desoladora convicción de eternidad; y cuando el llanto desbordó en gotas vivas — lo único que vivía en ellos — sobre sus manos, comprendieron que las palabras, los besos, la posesión misma, eran nada cómo afirmación de amor, ante la dicha de haber llorado juntos.

La luna seguía su obra, su obra de blancura y de redención, más allá del deber y de la vida...

Una sombra emergió de la trasalcoba, manchó fugazmente el pavimento de lozas blancas y negras, se escabulló por la puertecilla que daba acceso al piso, y por él á la torre. Era el enano del castillo.

Malatesta se hallaba en la torre por no sé qué consulta de astrología; pero todo lo abandonó, descendiendo la escalera interior hasta la planta donde estaba la alcoba de la castellana; hasta debió correr para llegar á tiempo, pues era la pieza más distante de la torre.

El éxtasis duraba aún; pero los ojos, secos ahora, brillaban como astros de condenación con toda la ponzoña narcótica de la luna. Aquella palidez desencajada tenía el hielo inconmovible de la fatalidad; y una pureza absoluta como la muerte, los aislaba en la excepción de la vida.

Materialmente no habían pecado, pues ni á

tocarse llegaron, ni á hablarse siquiera; pero el esposo *vió* en sus ojos el adulterio con tan vertiginosa claridad, con tal consentimiento de rebelión y de delito, que les partió el corazón sin vacilar un ápice. Y el pergamino le halla razón, á fe mía.

FIN